

periscopio

CARE SANTOS

Care Santos nació en Mataró (Barcelona) en 1970. Estudió Derecho, pero ha trabajado desde muy joven como periodista tanto en medios nacionales como extranjeros. En la actualidad ejerce la crítica literaria en El Cultural de *El Mundo*. Paralelamente ha ido publicando su abundante obra literaria con gran éxito. Mantiene frecuentes contactos con sus lectores mediante foros y charlas, su obra ha sido traducida a diversos idiomas y también ha ido acumulando numerosos reconocimientos y premios, como el Ciudad Alcalá de Henares de Narrativa (1995), el premio Ana María Matute de cuentos (1999), el Ateneo Joven de Sevilla de novela (1999), el Premio EDEBÉ de novela para jóvenes (2003), el Gran Angular (2004), etc.



edebé

www.edebe.com

COLECCIÓN DE LITERATURA JUVENIL

ALUNA.COM

CARE SANTOS

edebé

9.ª EDICIÓN

Novela ganadora del Premio Edebé de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Teresa Colomer, Ana Gasol, José Antonio Montull, Rosa Navarro y Robert Saladrigas.

© Care Santos, 2003

© Edición cast.: edebé 2005
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
Ilustraciones: Mabel Piérola
Fotografía de cubierta: AGE Fotostock

9.^a edición

ISBN 978-84-236-7673-6
Depósito Legal: B. 7899-2011
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Claudia Torres, mi madre,
quien me contó ésta y otras muchas historias.*

*Y para Adrián, mi hijo,
a quien un día se las contaré yo.*

Una escena para empezar

Trabajar sin afán de gloria o de fortuna.
Imaginar que marchó a conquistar la Luna.

EDMOND ROSTAND

... como empezaba a caer la tarde cuando el barón
... y cuando volvió a guiar. Sorprendió una brisa agradable,
... pero el patrón, un hombre muy chistoso en sus
... y cosas cosas, no iba contento del do de sus hombres
... porque de bari por enfermedad y un tercero se aban-
... porque acababa de ser padre. Pero como ese
... se había incorporado, un aprendiz, un producto sin
... experiencia recién caído solo de las aulas que, como to-
... dos los novatos, iba a hacer perder más de tres po a sus
... cosas. Un adolescente a bordo siempre es un peligro:
... ha le dictaba su experiencia, pero una zafra tenía que
... que al todo eso fuera poco, el día estaba siendo de
... poco y no muy buena repunta, y eso le tenía en per-
... manente disgusto con el día, con sus creaciones — que
... no siempre coincidían con lo del resto de las presen-
... — y con el gobierno, que siempre se dividía de lo
... importante para atender lo urgente. Lo que el patrón no
... podía saber era que él iba a tener una gran parte de
... lo que él estaba teniendo. Mucha por...

... Enlanchan la entrada del puerto cuando se repone a
... con el problema: el aprendizaje, que me demostraba que...

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto
... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto
... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto
... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

... de la obra de teatro de Edmond Rostand, *Cyrano de Bergerac*, según el texto

Una escena para empezar

Apenas empezaba a caer la tarde cuando el barco Atunero volvía a puerto. Soplabla una brisa agradable, pero el patrón, un hombre muy curtido en mares y otras cosas, no iba contento: dos de sus hombres estaban de baja por enfermedad y un tercero se ausentaba porque acababa de ser padre. Para colmo ese día se había incorporado un aprendiz, un grumete sin experiencia recién expulsado de las aulas que, como todos los novatos, iba a hacer perder mucho tiempo a los demás. Un adolescente a bordo siempre es un estorbo, le dictaba su experiencia, pero un estorbo necesario. Por si todo eso fuera poco, el año estaba siendo de poca y no muy buena captura, y eso le tenía en permanente disgusto con el mar, con sus creencias —que no siempre coincidían con las del resto de las personas— y con el gobierno, que siempre se olvida de lo importante para atender lo urgente. Lo que el patrón no podía saber era que el día iba a terminar aún peor de lo que él estaba temiendo. Mucho peor.

Enfilaban la entrada del puerto cuando se toparon con el problema: el aprendiz, que iba despistado mi-

rando la espuma que el agua dibujaba entre las boyas de la almadraba, gritó de pronto que un bulto grande se movía en aquella parte, y señalaba hacia la zona donde estaba la capturadora. En efecto: una sombra seguía el compás de las menguadas mareas del atardecer. Tenía un tamaño y una cadencia que al jefe le bastaron para que su humor empeorara más aún. Supo de inmediato que aquel día no llegaría a tiempo para la subasta, ni estaría en casa a la hora de la cena, ni podría besar a su hijo más pequeño antes de que se durmiera. Apenas alumbraba el sol, pero al curtido marinero le bastaba su olfato para reconocer qué era lo que se movía allá abajo, enredado en los cables que sujetaban las redes, y que no era un pez de ninguna clase.

Habría querido decirle muchas cosas al aprendiz. Decirle, por ejemplo, que cuando se divisa un bulto como aquél antes de atracar, se mira hacia otro lado y se olvida de inmediato. Decirle que cuando se llevan varios días de mala pesca, nada importa más que llegar a casa, librarse de los zapatos y mirar a los ojos de tu mujer. Decirle que le da igual lo que sea eso que flota, porque sólo desea cumplir con su trabajo y sacar adelante a los suyos, algo que ya comprenderá cuando crezca un poco y cargue con más responsabilidad sobre sus espaldas aún jóvenes. Pero el patrón calla, porque conoce su mal genio y no quiere espantar al aprendiz. También es verdad que, en el fondo, el jefe sabe que el grumete ha obrado como debía. Aunque a

él le jorobe el final de la jornada, aunque ya no haya posibilidades de sacarle un buen precio al lote que duerme en la bodega, en el fondo sabe —y le fastidia, pero lo sabe— que el chico ha hecho lo que debía.

También él cumple con su obligación: avisa de inmediato por radio a los guardacostas. Les dice lo que cree haber visto, y les da las coordenadas exactas. Conoce al comisario, es tan perro viejo como él, y no es la primera vez que ambos coinciden en una labor como ésta. El mar escupe sus desechos. Los devuelve a la tierra de donde vinieron, como a criaturas extrañas.

Aún no se borran del cielo las huellas del sol sofocante del día cuando llegó hasta allí la patrullera de la guardia civil, bordeando la bocana. Hombres especializados se echaron al agua, sorteando a nado el alambicado esqueleto de cables y redes. El juez llegó algo más tarde, en una Zodiac de las autoridades portuarias. De vez en cuando, algún barco pasaba a su lado muy despacio: eran curiosos dispuestos a gozar de un sórdido espectáculo. Sólo unos pocos hombres, media docena de gaviotas y quién sabe si algún atún capturado en el laberinto submarino presenciaron las maniobras de los expertos: con no poca dificultad rescataron un cuerpo hinchado, azulón pero aún entero, al que sacaron instantáneas desde varios ángulos para después meterlo en una bolsa de plástico negro, cerrada con una cremallera de pies a cabeza. La luz aún era a esas horas suficiente para que todos pudieran apreciar lo que nunca olvidarían: era una chica, al parecer

muy joven, de pelo rubio y largo —el pelo flotaba en el agua como los tentáculos de un calamar enorme—, vestía un diminuto biquini amarillo y llevaba alrededor de la cintura y sobre los muslos una especie de arnés de lona, sujeto con hebillas. Tenía la cabeza destrozada.

El juez, que era nuevo en su plaza y el más joven de su promoción, se mareó mientras observaba las maniobras de los agentes que se llevaron la bolsa al instituto forense. Hizo falta que el patrón le invitara a subir a bordo y le ofreciera un trago de un buen aguardiente para que se repusiera y lograra ordenar sus muchos papeles, intercambiar unas pocas palabras con alguno de los presentes, firmar sus documentos con algo de azoramiento y marcharse con los demás.

Unas horas más tarde, cuando ya todos los vecinos de Barbate conocían el suceso y cuando ya habían llegado los periodistas con su alboroto, sus cámaras y sus preguntas, la autopsia confirmó que el cadáver pertenecía a una joven de unos dieciséis años, de raza blanca, pelo rubio, constitución delgada, alta, con una marca de nacimiento en el antebrazo derecho en forma de gran lunar, cuya descripción correspondía a la perfección con la de Cristina Romano Argüelles. Su desaparición mientras practicaba un deporte náutico en la vecina población de Tarifa había sido denunciada cuatro días atrás por sus compañeras de equipo. Unas compañeras, por cierto, que al conocer la noticia volverían a casa antes de lo previsto.

A una de ellas, Cira —la que acudió a la policía el día que Cris desapareció— le correspondería el peor

trago: consolar a Amador, el novio de la fallecida, mientras el cuerpo de Cris, metido en un ataúd de madera de pino, realizaba de vuelta a casa el último viaje de su vida.

Bandeja de entrada

De: Servicio de noticias Express
Para: lunascrecientes@yahoo.es
Asunto: Boletín informativo
Fecha: 31 de julio de 2002

UNA ADOLESCENTE MADRILEÑA MUERE EN CÁDIZ PRACTICANDO EL *FLY-SURF*

C. R. A., de 16 años, natural de Madrid, fue encontrada muerta a primeras horas del día de ayer por unos atuneros de Barbate, que toparon con sus restos cuando se disponían a revisar el estado de la almadraza situada junto a la bocana del puerto. El cuerpo fue trasladado al madrileño Instituto Anatómico Forense, donde a última hora de la tarde de ayer se le practicó la autopsia, que no sólo confirmó la identidad de la chica sino que reveló que el fallecimiento se produjo a causa de un politraumatismo craneal con pérdida parcial de la masa encefálica, consecuencia de la caída. La desaparición de la muchacha había sido denunciada 72 horas antes por una de sus compañeras.

Los hechos ocurrieron cuando C. R. A., que se había desplazado hasta la población gaditana de Tarifa con un grupo de amigas con la intención de practicar el *fly-surf*, se separó del grupo para realizar sola algunos ejercicios, pese a que el monitor que habían con-

tratado para la ocasión, de la empresa Nadayvuela-Deportes de Agua, le advirtió del peligro que podía correr, dada su escasa experiencia. Ésa fue la última vez que, tanto las amigas como el monitor, vieron con vida a la malograda adolescente. Veinticuatro horas después, una de las integrantes del grupo excursionista denunció su desaparición a la policía local de Tarifa y advirtió de las circunstancias en las que ésta había tenido lugar.

Fuentes de la policía han explicado a esta redacción que la muerte de la muchacha pudo producirse muy cerca del Dique del Sagrado Corazón del puerto de Tarifa, a causa de una caída provocada por un cambio en la dirección del viento. Desde este punto el cuerpo, ya sin vida, habría sido arrastrado por las corrientes marinas hasta la entrada del puerto de Barbate, 25 kilómetros al Suroeste, donde habría quedado atrapado en los intrincados cables de una de las almadrazas allí instaladas por los atuneros de la zona. En el momento de ser rescatado, el cadáver llevaba un salvavidas y restos del arnés que en la práctica del *fly-surf* se utiliza para sujetarse al ala delta.

El *fly-surf*, deporte muy en boga en los últimos tiempos, llegó por primera vez a la Península en 1997, cuando, con un prototipo consistente en una cometa y una tabla de olas, se pretendió batir el récord del mundo de velocidad sobre el agua. En estos pocos años, la práctica se ha ido extendiendo entre la población más joven, que en los meses de verano se concentra en las playas gaditanas y especialmente en Tarifa, donde *windsurfistas* del continente entero se dan cita duran-

te todo el año y tienen lugar numerosas competiciones. No hay que olvidar, sin embargo, de los peligros que entraña esta práctica, y que los monitores advierten una y otra vez: el *fly-surf* no puede practicarse sin supervisión, ya que el ala delta posee suficiente fuerza como para provocar serios problemas al principiante. Los especialistas recomiendan la práctica durante los meses de verano, cuando el clima es más benigno, en playas amplias, carentes de riesgos importantes. Este deporte, que en muchas comunidades ni siquiera dispone de normativa vigente, ha sido prohibido por peligroso en algunas zonas, como por ejemplo en Cataluña, donde un joven falleció también a causa de una caída, a principios de la primavera (información facilitada por Nadayvuela-Deportes de Agua).

Habla Cira

Tengo una relación más bien complicada con mi nariz. Si no me diera pánico, no es nada que un par de horas de quirófano y tres días con la cara como un bollo no puedan resolver, pero no estoy dispuesta a eso. No, yo he nacido para sufrir las consecuencias de mi enorme apéndice nasal: tener una vida amorosa que haría llorar a cualquiera, aguantar los comentarios —con más o menos mala intención— de cuantos me rodean o no soportar mirarme al espejo.

Desarrollando las ideas:

a) ¿Cómo es mi vida amorosa?

Apasionante: en dieciséis años sólo he tenido un novio, o algo que se le parezca, y me duró media hora. Fue en una discoteca y estaba bastante oscuro (he aquí la razón). Él era medio gitano o algo así: un morenazo de ojos verdes con el pelo engominado y un suéter negro ceñido que tumbaba de espaldas. Se fijó en mí porque estaba sola (Irene había ido un momento a una farmacia a comprar tampones para una emergencia), o porque no había más personal disponible o porque ese día los dioses de las relaciones amorosas

o similares decidieron echarme de una vez una mano. El caso es que se acercó, me miró, me invitó a una coca cola y me preguntó cómo podía estar tan sola alguien con unos ojos tan bonitos. Creo que la nariz no la vio, las sombras debían de taparme bastante bien la cara. Por supuesto, no me hice de rogar. Con dieciséis ya se ha vivido lo suficiente para saber qué tipo de oportunidades no se deben dejar escapar. Una frase similar utiliza mi madre cuando va de rebajas, y también ella se lanza como loca sobre su presa. Así que yo, por una vez que se me pone a tiro un tío como aquél, hice lo que debía: acepté su coca cola, le dejé sentarse a mi lado, sonreí cuando me pasó un brazo sobre el hombro y seguí sonriendo cuando mordisqueó el lóbulo de mi oreja. Jugamos a hacernos un lío en el sofá del rincón donde yo estaba sentada. Durante veinticinco minutos todo fue como la seda. Demostró bastante destreza para besarme esquivando mi narizota, me hizo cosquillas correteando por debajo de mi ropa y me susurró alguna cosa bonita al oído, de esas que no son ciertas ni necesarias pero que a todas las chicas nos gustan mucho, y yo no soy una excepción.

Todo iba bien hasta que encendieron los focos. Un sorteo, un pase de bañadores, no sé qué era exactamente lo que pasaba allí, pero en una milésima de segundo pasamos de la oscuridad más deseable a la luz más delatora. Y mi chico, claro, pasó del entusiasmo de no verme al soponcio de toparse cara a cara con la aguafiestas de mi napia.

—Me acabo de dar cuenta de que lo nuestro no pue-

de ser —dijo—. No te lo he dicho, pero tengo novia. Si se entera de esto, me mata.

Así fue cómo todo terminó, media hora después de haber empezado. La relación amorosa más corta de la historia de la humanidad. Cuando Irene regresó con los tampones, me preguntó:

—¿Me he perdido algo en este rato?

No supe cómo explicarle qué se había perdido.

—Nada en absoluto —le dije, optando por la solución fácil.

Y estaréis pensando: ¿ésa es toda tu vida amorosa, Cira? Pues no. Hay otro maravilloso capítulo en mi vida amorosa, mucho más absurdo que el anterior. No recuerdo desde cuándo estoy enamorada de un chaval que no me hace ni caso. Debí de enamorarme de él el mismo día que me salió el primer diente o algo así, porque yo no recuerdo haberle mirado nunca sin sentir esa sensación de cosquillas con ganas de vomitar que te da un buen enamoramiento. Él no me corresponde, por supuesto. Ni siquiera es un tío de esos que te dejan con la boca abierta. No es brillante, ni muy guapo, ni muy alto, ni nada de eso. Me doy cuenta y le quiero de todos modos, soy un caso perdido. Y encima es mi primo. Sí, sí, mi primo hermano, el hijo de mi tía Engracia. Nos hemos criado juntos. Como hermanos, suele decir él.

Bravo por mí.

b) ¿Se puede decir algo de una nariz, que suene un poco inteligente?

Estoy acostumbrada a que todo el mundo se meta

con mi nariz. La gente que me quiere me dice que la tengo helénica, o con mucha personalidad, que la nariz grande suele significar carácter (en el buen sentido). Si alguna vez un tío se ha visto en la obligación (o la necesidad, que es peor) de piropearme, yo soy de ese tipo de chicas de quienes siempre se alaba la inteligencia. Los tíos suelen mentir diciendo que de nosotros valoran, por encima de todo, lo que tenemos dentro del coco, pero eso es sólo cuando las tetas, el culo o la cara (por este orden) no valen la pena. (Aclaración para curiosos: Mi culo es escuchimizado y mis tetas miran hacia los lados, como si estuvieran pensando en otra cosa.) Mamá me llama maniática por lo mucho que la odio (a mi nariz, no a ella), y por lo muy pendiente que estoy siempre de cómo sale (ella, mi nariz, y no yo, ni mamá), en las fotos, pero cuando está de buenas y quiere picarme me llama Naricitas. No sabéis cómo la odio cuando hace eso (a mi madre, además de a mi nariz).

Luego está la gente a quien le caes mal. En mi caso son muchos, porque no soy de ese tipo de personas que se preocupa por lo que los demás piensan de ellos. Es más, a veces pienso que me disgusta hacer amigos. La verdad es que no sé de qué le sirve a la gente tener tantos moscones alrededor. Yo sólo mantengo amistad verdadera —de ésa que a veces se hace incómoda, pero que te suele salvar la vida de vez en cuando— con Irene. Por lo demás, creo que llevar la contraria me produce placer. Y cuando alguien se mete con mi nariz les pego un bofetón y me voy tan tranquila. Más de una pelea he tenido por eso, pero no me importa:

Javier Perceder

tengo la nariz grande y fea, pero reparto mamporros como un boxeador. Son ellos los que ya no se atreven a meterse conmigo. Les mantengo a raya. Y cuando alguien quiere que le pegue ya sabe que sólo tiene que mentarme la nariz. En fin, cada cual tiene sus manías, ¿no?

c) ¿Cómo hace Cira para no acordarse de su apéndice nasal?

Digamos que utilizo varios procedimientos:

1) No me miro al espejo más de lo necesario todos los días. Es decir, sólo para ponerme las lentillas y para quitarme alguna espinilla (qué placeres más al alcance de todos te brinda la vida). Llevo el pelo a lo Cleopatra y en peinarme no invierto mucho tiempo: sólo me preocupa que el flequillo me tape suficiente la nariz. Soy enemiga de maquillajes y todo tipo de cremas y jamás, jamás, jamás los utilizaré. Y cuando me lavo los dientes procuro mirar hacia algún otro lado o no encender la luz del baño.

2) Con las fotos ya es más complicado. Normalmente, no dejo que me retraten. Por alguna extraña razón que desconozco, mi nariz tiene tendencia a parecer todavía mayor de lo que es, así que mi imagen será un misterio para los siglos venideros. Si las fotos las hacen papá o mamá, las censuro, sencillamente. Sí, sí, corto los negativos por allí donde no quiero que se vea mi narizota, y los destruyo. Es más complicado cuando las hacen otros, o cuando tienes que hacerte el *denéi*, o cuando viene el fotógrafo oficial del colegio a hacerte sonreír en esa postura tan extraña de medio la-

do. Entonces no hay forma de sabotear nada, y mi nariz reluce, satisfecha, en un montón de álbumes familiares. Qué asco.

3) Por último, utilizo una técnica infalible que podríamos llamar escapista: dedico el cien por cien de mi tiempo a hacer cosas que me gustan. He descubierto que, de ese modo, no me acuerdo de mis problemas (especialmente de mi nariz). Leo sin parar y por pura diversión, escribo poemas de amor que nunca le doy a nadie (él se lo pierde), historias que me gustaría vivir y obras de teatro que me gustaría representar (de hecho, lo hago) con mi grupo, del que por cierto soy autora, directora, escenógrafa y primera actriz. Ah, y durante las funciones también abro y cierro el telón. Cuando estoy fuera del escenario o miro la Luna (no es una frase hecha, soy especialista en el asunto) o practico todos los deportes de riesgo a mi alcance. Lo último es el *fly-surf*. Lo descubrí hace un año, y ya puedo empezar a considerarme una especialista. Es fantástico sentirse a merced del viento, y volar veinte metros por encima de las olas. Algunos dicen que para practicarlo hacen falta un par de narices. Yo tengo una que vale por dos.

Ésa soy yo, más o menos, en el momento de empezar esta historia. Cuando termine, tal vez ya no seré la misma. Pero así es la vida. Sólo dos cosas te hacen cambiar de verdad: el amor y el dolor. Quien las probó lo sabe.

Ya he hablado de mí, pero sigo sin presentar como es debido a la verdadera protagonista de esta historia, que es ella, la maxinariz, la narigótica, la connarigada narizopa meganariguda, la narígea narizonza... con todos ustedes, tachán tachán, ¡la nunca vista nariz de Ciraaaaaa! (El cañón de luz la ilumina desde el fondo de la sala.)

Hola, señoras y señores.

(Aplausos, vítores, bravos, aullidos. Luego, otra vez una calma llena de la expectación del respetable.)

No soy un efecto óptico, ni una prótesis, ni la consecuencia abultada de un puñetazo. Mido unos tres centímetros más que la nariz más grande que hayáis visto. No soy chata ni respingona, ni tengo ninguna de esas gracias que la gente suele llevar en la nariz. De helénica, ni la hache. Igual que de aguileña, para mi desgracia. La característica más importante de mi personalidad es, precisamente, mi falta de ella. Qué triste. Podríamos decir, eso sí, que soy única en mi especie, que estoy entre nabo y patata, con bultitos, espinillas, dos fosas nasales como bocas de metro y una punta que recuerda las borlas de los gorros de lana, donde les gusta acampar a esos granitos de cabeza blanca que tanta rabia dan. Como veis, soy tan ancha y ajena, y tan larga que de mí se pueden decir muchas cosas sin agotar las ideas. Por eso me enfado de verdad si alguien se limita a llamarme narizotas, sin más. No señor, para hablar de mí hay que demostrar imaginación y refinamiento. He aquí una muestra:

*10 ejemplos para referirse con ingenio
a la archinariz de Cira*

- 1) Un médico: «Opérate eso, niña, y te quedarás con un palmo de narices (menos).»
- 2) Uno que no ve más allá de sus narices: «¿Es una peña? ¿Un peñón? ¿Un peñazo?»
- 3) Un pariente que me tiene hasta las narices: «¿En eso tan grande viven pajaritos?»
- 4) Mamá cuando quiere tocarme las narices: «Mírale el lado bueno, nunca se acatarrará entera.»
- 5) Irene cuando se le hinchan las narices: «Uy, sí, no vayas a caerte de cabeza, con tanto peso ahíiiiiiiii-ííí.»
- 6) Un vecino tonto: «¿Y no podría su hija anunciar pañuelos en la tele?»
- 7) Un monitor de parapente metiendo las narices donde no le llaman: «¿Eso te duele?»
- 8) Mi primo, que es delicado de narices: «Cuando salgas ten cuidado con tu nariz.»
- 9) Cualquiera, cuando le da en la nariz que me ofendo: «Bueno, en realidad no es tan horrorosa.»
- 10) Y yo, cuando me sale de las narices: «Apártate, que si estornuda te inunda.»

¿Alguna vez habéis tenido ocasión de fisgar en el correo electrónico de otro? Yo lo hice hace poco. No me digáis que está mal sin conocer mis motivos. ¿Creéis en el romanticismo del nuevo milenio? ¿Queréis una muestra de que un tío puede ser, además de un bruto con granos que juega al fútbol, un alma sensible? Pues aquí tenéis uno de los correos electrónicos más bonitos (y más tristes) que he leído nunca.

Elementos enviados

De: Amador

Para: lunascrecientes@yahoo.es

Asunto: Sin ti

Fecha: 31 de julio de 2002

Hola Cris. Sí, ya sé que estás muerta, pero eso a mí ahora me importa más bien poco. En realidad, nada. Todavía no me lo creo. No me creo que acabo de llegar a casa asfixiado de calor, que he vaciado los bolsillos de mi chaqueta sobre mi escritorio y me he metido en el baño a darme una larga ducha con agua fría. Necesitaba reaccionar. Ése que hace un momento se reflejaba en la luna del espejo del baño no era yo. La Luna, je, qué absurda me suena ahora esa palabra. Creo que no voy a salir nunca más de noche para no verla.

Por cierto, ¿quieres una imagen graciosa? Yo con mi traje de ejecutivo, de color gris marengo. Sólo me lo he puesto dos veces con ésta. Una para ir a la boda de mi primo Antonio. La otra esta tarde, para acudir a tu entierro. Había mucha gente. Incluso algunos profesores del instituto. Emilio, el de Mates. O el director, sudando la gota gorda y con cara de estar mal de la tripa. Ha hablado un rato con tus padres y se ha ido muy afectado. También estaban las chicas. Eli, Adriana, Meritxell, Irene y Cira, claro. Cira en plan maestra de ceremonias, como todos estos días. No sa-

bía que mi prima fuera tan madura, pero la verdad es que si no llega a ser por ella no sé cómo lo habría hecho, ni sabría qué hacer ahora que las vacaciones se han vuelto una mierda.

A veces pienso que la amistad es como un colchón que en las peores circunstancias te salva la vida. Quiero decir, que tú puedes dejar a tu chica —o tu chica puede dejarte a ti, aunque sea contra su voluntad y de la peor manera— o tus padres pueden divorciarse de repente y decidir que te vas a vivir con ellos a Noruega, pero si te quedan amigos siempre tienes algo a lo que agarrarte. Los amigos están ahí cuando todo falla, o eso es lo que me dijo Cira la otra tarde, cuando salíamos del tanatorio, dándome a entender que siempre puedo contar con ella. Si he de serte sincero, me sorprendió un poco que os hubierais hecho tan buenas amigas. Eso dice mucho de Cira, he de reconocerlo.

Y es que hay algo que tú no sabes y que quería contarte algún día. Lo hago ahora, no sé por qué, supongo que porque esa asignatura quedó pendiente y tengo que resolverla ahora o nunca, aunque ya no puedas escucharme ni contestar ni mirarme con ese par de ojos brillantes y almendrados. Tú sabes que Cira y yo hemos estado siempre muy unidos. Desde que, de niños, pasábamos juntos algunos veranos en aquella casita que sus padres tenían en la provincia de Burgos. La llamaban «La casa rosa» porque estaba pintada de ese color, a qué es gracioso. No había más niños en la familia que Cira y yo. Supongo que por eso nos entreteníamos juntos, aunque ella fuera un poquito más mayor que yo (apenas unos meses, pero entonces aún se no-

taba mucho la diferencia). Creo que de ahí nos viene esa compenetración que hemos tenido siempre. Yo la he visto siempre, no como mi prima, sino como mucho más que eso: casi como una hermana. Le tengo un cariño enorme, y sé que ella también siente por mí algo muy especial. Eso también viene de entonces, ¿sabes?, aunque parezca una tontería. Todavía recuerdo su cara cuando me regañaba, a veces, porque yo me había caído, y traía las palmas de las manos o las rodillas sangrando. Ella jugaba a reñirme y luego me curaba, diciendo: «¿Otra vez, primo? ¿Otro arañazo? ¿Qué voy a hacer contigo?»

Ya sé que todo esto es muy cursi, pero la vida tiene sus cursiladas también, y hay que saber disfrutarlas sin pensar demasiado en ellas, ¿no? Pues ahora agárrate, porque viene el meollo de mi historia.

A principios de curso me fijé en ti. Debo confesar que al principio sólo pensé que estabas muy buena. Te lo digo así porque era exactamente como lo pensaba. No veía más allá de las curvas de tu cuerpo (qué mareo, cuando lo pienso), de tu largo pelo rubio y de tus ojos entre verdes y azules (fíjate, ya no me pueden mirar y yo sigo sin saber de qué extraño color eran). Lo primero que supe de ti era que querías formar parte de la pandilla de locas que capitanea mi prima. Perdona por lo de locas, vosotras erais Las Lokas, así, con mayúscula, vosotras y nada más que vosotras, rompiendo moldes. Un poco zumbadas sí estabais, la verdad. Eso te hubiera molestado, lo sé. Lo retiro. Mejor..., ¿cómo llamaros? ¿Algo alocadas? ¿Temerarias? ¿Insensatas? Llámame soso, pero yo, la verdad, no le he



visto nunca la necesidad a andar por ahí lanzándose en paracaídas, montando en motos de agua o practicando esa locura que se os metió en la cabeza el año pasado, eso del *fly-surf*. Lo del teatro ya es más civilizado, casi un contrasentido, viniendo de vosotras. Mira, mejor me callo, porque si continúo voy a ser peor que tu madre, y creo que ya es demasiado tarde para sermones.

Te decía que me gustaste desde el mismo día de presentación del curso, ¿te acuerdas?, en el salón de actos, cuando el director nos soltó el mismo rollo de todos los septiembres. Por ahí andaba Cira, armando bulla, como de costumbre. Creo que entonces ni siquiera os conocíais. Fui yo quien le habló de ti, aquella misma tarde. La llamé para decirle que me apetecía verla, que tenía algo muy importante que decirle. Conozco bien su forma de ser: es fuerte y decidida, y se atreve con desafíos que a la mayoría de la gente le harían temblar de miedo. Por eso le pedí que me ayudara, como cuando éramos pequeños. Le confesé lo mucho que me gustabas, le expliqué lo que había sabido sobre ti y tus intenciones de unirse a sus aventuras sin nada en la cabeza. Al principio negó que formaras parte del grupo, pero yo le expliqué que eras nueva en el instituto y también en su peña de piradas. De hecho, eras tan nueva que aún no habías oído hablar de Cira. Increíble. Hice que me prometiera que te cuidaría, que velaría por tu integridad y que de algún modo te haría saber que me había fijado en ti. Me siento un poco ridículo al escribir esto. Tal vez hubiera sido más fácil acercarme a ti y decírtelo, sin más: «Tía,

me gustas.» Y punto. Pero es que en cuanto me asomaba a tus ojos entre verdes y azules la voz se me atasca en la garganta, y era como si me hubiera atontado de repente. Justo antes de que se marchara le di la idea: «Dile que me mande un mensaje de correo electrónico.» «¿Ella a ti?», preguntó mi prima, estupefacta. «Dile que me escriba (creo que se lo dije tres o cuatro veces), es que me encanta recibir correos, y si son suyos más todavía, no me lo podré ni creer.»

«¿Por qué te estoy haciendo el trabajo sucio?», preguntó ella. Y añadió algo descabellado: «Las cartas ya no están de moda.»

Qué tontería, pensé yo. «Si precisamente ahora las cartas vuelven a estar más de moda que nunca. ¿O tú no conoces a nadie que se haya enamorado por Internet?» Calló. Me pareció que Cira estaba ya enamorada, pero yo nunca he sabido de quién, y eso que se lo pregunté en alguna ocasión. Tal vez tú si lo sabías, Cris. Tal vez el secreto se haya ido contigo allá donde tú estés.

Ya va siendo hora de ir terminando esta carta, ¿no te parece? Espero que no me odies por haber buscado la colaboración de mi prima para acercarme a ti. Creo que al principio no os caíais muy bien. Ella siempre te pareció demasiado petulante, exagerada y pendenciera. No te diré que no lo sea. A veces me da la sensación de que Cira se lo pasa bien creándose enemigos dondequiera que va. Ya la conoces: le gusta ir contracorriente, no seguir a nada ni a nadie y sospecho que se lo pasa en grande provocando, molestando a los que le caen mal, que son la mayoría. Pero, en su de-

fensa debo decirte que no conozco a nadie tan noble, tan fiel a sus amigos y a sus principios como ella, y eso me parece admirable. Si fuera un poco más guapa, o si no tuviera ese narigón que le desentona tanto con el resto de la cara, los tíos le harían más caso. Ay, los tíos, siempre igual, fijándonos sólo en la apariencia, en el culo, las tetas, las caderas, la longitud del pelo..., como si lo esencial no fuera invisible a los ojos.

Ya sabes lo que te dije el mismo día que sucedió todo, y lo reitero: Perdóname, Cris, por juzgarte sólo por tu aspecto externo. Te quiero por lo que hay dentro de ti, que es mil veces mejor que lo que ven los demás. Eso me hace sentir hoy tan orgulloso como entonces: todos veían que eras una tía preciosa. Sólo yo veía tus sentimientos, aquellas cosas maravillosas que escribías sólo para mí. Por eso me quedo con lo segundo. Era de mi Cris, de la que me escribió todas aquellas cartas, de la que yo estoy enamorado. Desde ahora hasta siempre, aunque conozca a otra, a diez, a cien chicas más.

Y ya termino esta carta. Estoy relajado, pero muy triste. No se debe escribir así. Hasta otro momento. Hasta siempre. Te quiero, ojos bonitos a los que no voy a volver a ver.

Habla Amador

Las tías piensan que sólo buscamos en ellas un culo duro y unas tetas bien puestas. Por eso se hacen las ofendidas, nos miran como a energúmenos sin civilizar y se forjan sus propias ideas (equivocadas) sobre nosotros. Creen, por ejemplo, que sólo buscamos *eso* de ellas (ya me entendéis) y que antes y después de conseguirlo las dejamos de lado para entregarnos a nuestras únicas actividades en la vida: fútbol y cerveza. Claro que nosotros no nos quedamos cortos a la hora de imaginarlas a ellas. Pensamos, por ejemplo, que su estado natural es la bobería, que sólo saben hablar de ropa y de la vida rosa del *insti*, llevan la carpeta rebozada de fotos de tíos que se depilan y marcan abdominales y compran revistas llenas de cantantes guapos que no saben cantar. No tienen ni idea de cómo va la Liga, no distinguen un Lamborghini Diablo de un Smart y a la primera litrona les da llorera y hay que dejarlo todo para llevarlas a casa. Eso, claro, suponiendo que el que está fatal no seas tú y tengan que llevarte ellas, menuda gracia.

Creo que soy un tío raro. No voy a negar que me

Alberto

gusten las tías buenas, que a veces me fijo en lo mismo que todos mis colegas y que ante algunos temas olvido que pertenezco a una especie civilizada. Pero también disfruto con algunas otras cosas que no suelen gustar a mis amigotes, y que me reservo para mí casi como si fueran un secreto. Por ejemplo: he leído el *Quijote* tres veces y, para colmo, cada vez me gusta más. También me gusta el teatro. Mis padres me llevaban a ver representaciones desde antes de lo que puedo recordar y de vez en cuando imagino que soy un director de éxito, saliendo a saludar la noche del estreno ante una platea a rebosar de gente que aplaude puesta en pie. A mi padres les encantaría, pero aún no les digo nada porque no he decidido si eso es lo que quiero hacer, que luego se ponen pesadísimos.

Mi padre también es un bicho raro, y el pobre lo sabe. Es especialista en semiótica teatral. De hecho, es uno de los mejores (si no tenéis la menor idea de qué es eso de la semiótica, o si os suena a tipo de pasta para sopa, tranquilos, sois como la mayoría de la gente que conozco). A mi padre eso le da para impartir clases en la universidad, para dictar conferencias en cualquier parte del mundo y para escribir artículos aquí y allá, siempre sobre el temita de marras (que se subdivide, como podéis imaginar, en varios temitas más, todos imposibles). Es una verdadera autoridad en la materia. Mamá es un poco más normal, pero tampoco demasiado: da clases de paleografía (otra de esas cosas que nadie sabe en qué consiste), y en sus ratos libres, que no son muchos, le gusta cuidar su colección de relojes de bolsillo antiguos. Es capaz de pasarse

más de cinco horas destripando esos cacharros, haciéndoles cosquillas con sus pincelitos especiales y estudiando con lupa sus mecanismos. Cuando les da cuerda a todos a la vez —cada no sé cuánto—, la caja donde los guarda parece una coral de grillos afónicos. Es un ruido que cuando era pequeño me daba miedo.

¿Os habéis fijado cuál es la pregunta más repetida entre los adultos? Pues yo sí. La formulan varias veces al día, cada vez que conocen a alguien, cuando quieren algo o siempre que les interesa otra persona. Es ésta: «¿A qué te dedicas?» (Versión derivada: «¿A qué se dedican tus padres?») Versión derivada dos: «¿Qué te gustaría ser de mayor?») ¿Cuántas veces en la vida de un adulto hay que contestar a esa pregunta, bien sea de palabra o por escrito, al parecer tan fundamental para la existencia propia y ajena, puesto que de ella depende todo, desde cómo te ven los demás hasta qué tipo de nevera puedes comprarte a plazos? He notado que a mis padres les molesta mucho que les hagan esa pregunta, en parte porque nunca se atreven a responder con la verdad, como si se dedicaran a algo vergonzoso. Cuando contestaban con la verdad, muy pocos conseguían imaginar la realidad de sus trabajos. Como le pasa a mi tío Rafa cuando dice: «Soy profesor de Contrapunto y fuga.» Y todavía es peor. Ya hace varios años que mis padres optaron por la fórmula más fácil, y dicen: «Damos clases en la universidad» (cuando quieren impresionar) o «Somos profesores» (casi siempre), y todos cruzamos los dedos para que no les pregunten de qué, porque si lo explican se lían mucho.

Ése es mi ambiente familiar. Papá y mamá no suelen hacer demasiadas cosas como la gente del montón. Por ejemplo, mamá apenas cocina. O comemos cosas hechas por la abuela (qué ricas) o vamos al restaurante de Nando y nos atienden como si fuéramos de la familia, que para algo somos clientes con más de quince años de antigüedad. En la cafetería de la *uni* y bares colindantes somos también caras habituales. Me sé la carta de platos combinados de memoria y ya he perdido la cuenta de las veces que me he comido cada uno de ellos.

Decía que mi padre tiene sus rarezas. No le gusta el fútbol, no sabe jugar al póquer, jamás ha pisado una discoteca o local parecido, nunca ve la tele, nunca va a la playa, no le gusta hacer barbacoas... Son sólo algunos ejemplos. Claro que todo eso tiene también sus comodidades. A mis padres no les da por hacer excursiones los domingos, por ejemplo. O por veranear en cualquier pueblo de la costa, inundado de turistas rosados como langostinos. Nuestra vida es, dicen ellos, ascética, que es una manera como otra de decir que está falta de emociones y sobresaltos. Lo cual no significa que sea aburrida, ni mucho menos.

Yo he de confesar que de todos sus vicios hay uno que se me ha pegado sin yo poder hacer nada por evitarlo: el de la lectura. Y eso tiene sus consecuencias, claro. No creo que sea un pedante si reconozco que he leído libros que muchas personas no llegan a conocer en su vida. Eso me permite saber cosas que la mayoría de la gente ignora. Cosas que se encuentran en los buenos libros y que te hacen más listo, más culto, más

interesante. Ejem. De verdad que no soy ningún cretino. Lo digo así porque así lo pienso, y los libros están al alcance de todos. Probadlo, si os apetece. La única condición es no aburrirse jamás. Si un libro os aburre, lo cerráis y buscáis otro, que para eso hay millones. Y hablar de libros es otra de esas diversiones inconfesables, que poca gente entiende. Me gusta compartir mis libros con quien merece la pena. Con Cira, por ejemplo. La gente que lee suele ser más lista. Y yo no puedo soportar a la gente lela. Por eso no me gustan las chicas tontas.

Conclusión: nunca le haré un asco a un culo duro y a unas tetas bien puestas (después de todo soy tío en esa época difícil que llaman la adolescencia, mis hormonas están en plena revolución y encima estoy rodeado de tentaciones), pero con un culo y un par de tetas no se puede mantener una conversación. De una chica, yo espero además que sepa utilizar su materia gris. Una conversación interesante me resulta mucho más excitante que el más perfecto de los cuerpos. ¿Veis por qué digo que soy un tío rarito?

¿Habéis pensado alguna vez en vuestra chica ideal? ¿En ésa que diseñaríais si existiera el programa de ordenador capaz de hacerlo? Mi chica ideal sería rubia, de pelo largo y lacio, ojos claros, entre delgada y llanita, con una cara guapa, un pecho ni grande ni pequeño y un culo respingón. En el disco duro de mi chica ideal pondría algunos libros que me han gustado. El *Quijote* no podría faltar, pero habría cuatro o cinco más. El resto me gustaría que estuviera ocupado con materias interesantes, pero no soy capaz de de-

cir cuáles. Eso es porque no quiero una chica que piense como yo ni tenga mis mismos gustos. Quiero una persona que discurra por sí misma, que tenga una opinión formada sobre las cosas y también sus preferencias y sus odios. No me importaría que no le gustara el *Quijote*, por poner un ejemplo, si fuera capaz de convencerme de que tiene sus motivos. En resumen, la chica que busco se puede describir en una sola palabra (aunque sea una palabra muy difícil de encontrar y de conseguir): inteligente.

Pues la encontré. Sin previo aviso, como suelen suceder las cosas que nos cambian la vida. Cris llegó nueva al instituto a principios de curso. Su padre es policía, o algo así, y le destinaron a Madrid, creo que desde el País Vasco. Ya en un primer momento me pareció que era una chica muy madura para su edad, muy lista. Suponía que debía de tener una cultura que a más de uno dejaría apabullado nada más oírla hablar y también un gran sentido del humor. Que era más que guapa saltaba a la vista. Sólo que yo no me conformaba con mirarla por fuera. Yo quería saber qué había dentro de su cabecita, en su base de datos.

De las tías como ella, mis amigos suelen decir cosas como: «Para tener a mi lado una tía así mejor me compro una enciclopedia.» O: «No entiendo ese sentido del humor de histérica marisabidilla.» Pero yo soy tío como ellos y los comprendo muy bien: en realidad están asustados. No, mucho más: están cagados en los pantalones. No pueden soportar la idea de salir con una chica que tiene tan bien puesto el cerebro como el culo sin ponerse nerviosísimos y pensar que no van



a estar a su altura. Por eso todos los chavales de mi edad prefieren a las chicas más normalitas. Y por eso las diosas como Cris suelen estar solas, a no ser que encuentren a alguien como yo que acepte jugar a su juego desde el principio. A mí me gustan los juegos, ¿sabéis? Soy campeón regional de ajedrez y, menos cuando juego con mi prima, tengo el orgullo de no haber perdido nunca al Trivial.

He dicho que fue a principio de curso. Ella me miraba desde el otro lado de la platea del salón de actos mientras el director soltaba el discurso aburrido que los directores de todos los colegios del mundo tienen la obligación de soltar a principio de curso, para que sepas que se acabó la buena vida y que aquí se viene a sudar. Un poco más allá estaba Cira, mi prima, metiendo bulla, como en ella es habitual. Si se libró de que la expulsaran fue por un pelo, y porque el profesorado aún está de buenas a esas alturas de septiembre. De vez en cuando miraba a su tutor, me miraba a mí y me hacía muecas burlonas, como si quisiera que yo viera su actuación. Cira actúa dondequiera que va. No puede evitarlo.

Por aquellos días yo no tenía una relación muy estrecha con mi prima. Casi se podría decir que desde que dejamos de compartir los veranos y los juegos infantiles, sólo habíamos coincidido en las comilonas familiares. En esas aburridas ocasiones (¿a alguien le gustan las comilonas familiares?, ¿pues por qué algún partido político no incluye en su programa electoral el prohibirlas para siempre?) Cira y yo intercambiábamos experiencias: ella me contaba sus últimas locuras

(parapente, tabla de esquí, buceo con botellas, salto en paracaídas...) y yo le hablaba de mis viajes a través de los libros. A ella le interesaba el asunto, porque tenía aspiraciones de escritora y, por lo que decían mis padres, que habían leído alguna de sus historias, ya entonces lo hacía bastante bien.

Y en este punto de la historia ha llegado el momento de reconocer algo: soy tímido. Muy tímido. Soy de esos tímidos enfermizos que con tal de no hacer el ridículo nunca le echaría los trastos a una chica. Me muero cuando debo hablar en público. Nunca llamaré a un concurso de la tele. Con las mujeres sigo siendo un caso perdido. Por eso, en cuanto supe que la chica nueva acababa de apuntarse al asunto aquél de la escalada en roca, corrí a pedirle ayuda a Cira. Lo de la escalada en roca también era una brillante idea de mi prima que, no contenta con romperse la crisma ella sola cada vez que se le ocurría gastarse su dinero en alguna de aquellas burradas de riesgo, ahora había colgado un cartelito en la secretaría del *insti* buscando víctimas (¿o era compañeras?) para un fin de semana de montaña y emociones. Y eso que en aquel momento aún no sabía que Cris también se había apuntado al grupo de teatro de Cira. Las Lokas, o algo así, se llamaban. Vaya nombre. Si lo ve mi padre le da algo.

Recurrí al nuevo pero ya tradicional sistema de mandar un mensaje al móvil. Decía algo así como:

«Me muero por hablar contigo. Dime hora y sitio.»

Menos mal que Cira había tenido la precaución de quitarle el sonido al teléfono. La vi llevarse la mano al

bolsillo trasero de sus vaqueros, sacar el aparato y leer mi mensaje con una media sonrisa. Me buscó con la mirada y me guiñó un ojo. No lo vi muy bien, porque era como si toda su cara estuviera detrás de su gran nariz. Luego se puso a teclear la respuesta a gran velocidad:

«En el gimnasio del colegio, a las ocho y cuarto. ¿O es muy tarde?»

No era muy tarde. A las ocho menos diez ya estaba yo sentado sobre el plinto mirando el reloj cada quince segundos. Cira también llegó antes de la hora convenida, con el pelo mojado y la bolsa de deporte colgada del hombro. Me pareció que venía corriendo. Dejó la bolsa en el suelo y acercó el potro adonde yo me encontraba, hasta que quedamos el uno sentado frente al otro, mirándonos a los ojos fijamente, de esa forma que hace tan difíciles las confidencias, especialmente a los tímidos como yo. Menos mal que Cira me ayudó.

—Tenía ganas de verte, primo —dijo, risueña—, y no puedo creer que hayas sido tú quien ha tomado la iniciativa. Ya pensaba que nunca lo harías.

—Todo depende de lo importante que sea lo que quieras decir —dije.

Sonrió. Se le veía una hilera de dientes muy blancos.

—Dime. Soy toda yo un oído. Quiero decir: soy toda oídos.

Creo que fui bastante torpe. Como me costaba entrar en harina, empecé por hablarle de nuestras temporadas en Burgos, de los rastros de los campos y de los carroñeros que por las noches se comían las re-

ses muertas. De la casa rosa y los pasteles de la abuela, de las músicas de mis padres, que leían sin descanso en el salón (los padres de Cira nunca venían porque siempre se estaban divorciando). Ella escuchaba, con los ojos muy abiertos y los brazos sobre el potro, paralelos a su cuerpo. Creo que no entendía por qué le contaba todo aquello. Yo tampoco, la verdad. Cuando terminé con aquella alabanza de la vida estival en nuestra familia, hice una pausa para tomar aire. Me di cuenta de que mi conversación estaba siendo bastante idiota y tomé la decisión de no andarme más por las ramas. Por eso solté:

—Estoy enamorado, Cira. Tenía que decírtelo.

Nunca había visto aquella expresión en su cara. Era como si de pronto le hubiera dado un retortijón.

—Me has dejado sin palabras —balbuceó.

Aquello me dio fuerzas para hablar yo. Cira sin palabras. Increíble.

—Entonces déjame a mí —respondí—. Tengo mucho que contarte.

—Pensaba que nunca iba a oír eso.

—Ya ves. Hasta yo soy capaz de enamorarme.

—Me alegro. Eso significa que por fin has salido de la biblioteca de tus padres.

—Por poco rato, pero sí.

—¿Y qué se siente?

—No lo sé. Mucho miedo, supongo. Debe de ser normal, por lo menos hasta que la otra persona lo sabe.

Cira me miraba como si estuviera en el cine: sin perderse detalle.

—Pues tienes que decírselo lo antes posible —sonrió con picardía.

—Para eso quería verte, prima. Tienes que ayudarme.

—¿A qué no te ayudaría yo a ti?

La verdad, creo que el cariño con el que me hablaba Cira (y que era inédito para mí, hasta ese día) me ayudó a hablar sin tapujos. Aclaración: los más suspicaces habréis entendido ya que Cira era víctima de un lamentable error. Y que yo no estuve muy agudo al no darme cuenta del malentendido al que estaba contribuyendo.

—La persona de quien me he enamorado es muy especial.

—¿De verdad? —dijo ella.

—Una chica decidida, amante de los deportes de riesgo.

—¿Sí?

—Graciosa.

—Qué bien.

—Exigente.

—¡Mucho!

—Culta.

—Por supuesto.

—En fin..., que lo tiene todo.

—¿Todo?

—Y, ¿sabes? Además es guapísima.

De pronto mi prima pareció reaccionar. Se le musitó la sonrisa, cambió la expresión (de la cara de bobalicona que se le iba poniendo según avanzaba la conversación anterior a una solemnidad que tampoco le conocía).

—¿Guapa? —preguntó, más tajante que nunca.

—Muy, muy guapa.

—Vaya —ahora su expresión era muy diferente. Parecía una niña a la que acaban de dejar sin postre.

—Se llama Cristina. Forma parte de tu grupo de suicidas.

Ahora se puso a la defensiva:

—¿De Las Lokas? No, ni hablar. Seguro que no.

—Se apuntó esta mañana, es nueva en el instituto. He visto su nombre en la lista.

—Contra mi voluntad, desde luego.

—Prima, tienes que ayudarme. No sé cómo hacerlo.

—¿Cómo que no? Consigues su dirección de correo electrónico y le mandas un mensaje. Seguro que tienes éxito. Con tu verborrea y tu cultura de ratón de biblioteca...

Hizo ademán de recoger sus cosas para marcharse. La detuve agarrándola de un brazo.

—Por favor, Cira, no me dejes así. Te estoy pidiendo ayuda de verdad. Nunca he hecho esto.

—¿Nunca te has declarado a nadie? Pues ya va siendo hora —me dijo.

En aquel momento, las reacciones de mi prima me desconcertaron, pero yo seguía adelante, sin darme cuenta de nada de lo que estaba pasando. En algún lugar de mis adentros debía de estar pensando lo mismo que la mayoría de mis amigos: que nunca entenderé a las chicas. Ojalá la hubiera entendido entonces.

—Por favor, Cira —le apretaba el brazo con firmeza—, Por favor...

Tal vez se apiadó de mi cara de cachorrito desvalido. El caso es que dejó de nuevo la bolsa en el suelo y con una enorme expresión de cansancio preguntó:

—¿Qué quieres que haga?

—¿Puedes hablar con ella?

—¿Cómo?

—Tantear el terreno. Saber si yo le gusto.

—Pero si no la conozco de nada, ¿cómo voy a preguntarle si tú...?

—Dale a entender que ella me gusta a mí. Que estoy loco por ella, lo que tú quieras. Pero entérate si le gusto.

—Ay, primo, ¿por qué te estoy haciendo el trabajo sucio? ¿No podrías averiguar tú mismo esas...?

—Venga, hazlo por mí, Cira, como cuando éramos pequeños, anda.

Reconozco que me puse de lo más mimoso para conseguir aquel favor. Podríamos decir que actué como solemos decir los chicos que lo hacen las chicas: con las malas artes de su chantaje emocional. Sabía que Cira no podría negarse.

—De acuerdo, lo intentaré. Pero no te aseguro nada. No sé cómo es esa tía.

—Es muy simpática.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—La he visto desde lejos, hablando con otra gente.

—¿Y cómo puedes imaginar que tendrás posibilidades de gustarle?

—He visto cómo me mira.

—Estás peor que algunas de mis amigas más pequeñas, ¿lo sabías?

—¿Me harás un último favor?

Ya tenía esa expresión de resignación de quien lo da todo por perdido.

—Dime. ¿Qué más quieres?

—Dale mi dirección de correo electrónico. Dile que me mande un mensaje.

—¿Ella a ti? ¿No debería ser al revés?

—No sé. A veces darle la vuelta a las cosas resulta divertido, ¿no crees?

—Puede —resopló—. Muy bien, primo, lo haré. Pero no vuelvas a pedirme favores de este tipo.

—No hará falta, Cira, ya lo verás. Cris es mi chica ideal.

—Ya. Qué seguridad más pasmosa.

—Te lo demostraré. Tú hazme ese favor. Dile que me escriba. El resto lo hago yo. Ya lo verás.

—Pero si las cartas ya no están de moda —soltó, la muy pazguata.

—¿Qué no? —salté yo—. Pero, ¿qué dices? Precisamente ahora es cuando más de moda están. ¿O no conoces a nadie que se haya enamorado de otra persona por Internet? Tú ayúdame y te dejaré en paz, ya verás.

Calló. Creo que mi argumentación la había convencido.

—Eso espero, primo, porque habrá ocasiones en que no te podré socorrer.

Le di un abrazo enorme antes de mirar el reloj. Se me había hecho tarde. Le pregunté si se iba a casa y me dijo que no, que pensaba quedarse un rato más en el gimnasio. Prometió mantenerme informado y hacer todo lo posible por ayudarme.

—¡Te quiero mucho, prima, seguimos siendo como cuando éramos un par de críos! —dije.

—Sí, ya me doy cuenta —respondió, devolviéndome el abrazo con algo de frialdad.

Me pareció abatida, pero no pude preguntarle por qué. Era tardísimo y mis padres se enfadan mucho si no cenan a la hora en que opinan que se debe cenar. Llegué a casa media hora tarde, pero valió la pena soportar la bronca. De todos modos, en casa las bullas nunca son muy graves. Después de cenar me encerré en la biblioteca de papá, como de costumbre, y busqué un libro apropiado para la ocasión. *Primer amor*, de Turgueniev. Lo leí de un tirón, sin lograr apartar a Cris ni un momento de mi cabeza.

Bandeja de entrada

De: Cira

Para: Amador

Asunto: Aquí estoy, primo

Fecha: 1 de agosto de 2002

Aquí estoy, primito, dispuesta a hacerte llegar las últimas noticias del verano. Espero que mi correo semanal no desmerezca demasiado en comparación con las cartas a las que estabas acostumbrado.

Hoy empiezo con una coincidencia divertida: ¿Has visto *Armageddon*? ¿Te acuerdas de la forma en que iba a terminarse el mundo? Pues parece que los guionistas acertaron. O eso dicen ahora los científicos americanos, que están un poco pirados pero que lo saben todo siempre, qué asco, puaj. Un meteorito tan grande como Madrid (bueno, igual exagero un poco) viene directo hacia nosotros a una velocidad de vértigo. Y esta vez no podemos enviar a Bruce Willis ni al mazo de Ben Affleck ni ponerle al asunto música de Aerosmith, porque si chocamos se acabó, no hay remedio, así que no vale la pena preocuparse por la reforma educativa ni por entrar en la universidad. Ya sabes: haz todo lo que tengas que hacer antes de cumplir los 32. O, si quieres, me pongo repipi y sabihonda y te digo lo que decían los clásicos: *carpe diem*.

Algunas recomendaciones para llevar a cabo el consejo: pregúntate qué película irías a ver ahora mismo, qué hamburguesa gigante te comerías, en qué

discoteca te quedarías hasta la madrugada, a quién llamarías, qué probarías que no hayas probado. Advierto: si me llamas a mí, cuenta conmigo para alguna o todas las anteriores, no seas tan canalla de ir tú solo.

De la opción «salir de marcha con los amigos», mejor te olvidas. A Irene este *finde* la paró la *poli*, le hizo un control de alcoholemia y le quitó la licencia. Y todo por medio cubata que se le bebió a Roberto. Por cierto, Roberto tiene gastroenteritis y no puede estar más de diez minutos lejos del retrete de su casa. En el QK ya no venden cerveza, ni vodka, ni vino, ni nada. Lo del antibotellón va en serio, a este paso sólo nos quedará la pastelería del Riga para pasárnoslo bomba. Eso a no ser que prohíban también el cabello de ángel o el merengue. El sábado, por cierto, acabamos allí todas Las Lokas y engordamos unos cinco kilos cada una a base de restos de pasta de cruasán. Fue una obra de caridad: si no nos la llegamos a comer se hubiese puesto dura y habría habido que tirarla. Lo del Riga es un vicio, a ver si un día lo practicas. Por ser tú, Las Lokas haríamos una excepción.

Y poca cosa más. Que en la tele sólo sale gente gritando o gente desnuda (a veces las dos cosas a la vez), en el cine no hay más que animalitos digitales y dibujitos para niños tontos, las piscinas municipales están de bote en bote, el calor te asfixia si te quedas en casa, la compañía de teatro está cerrada por vacaciones y ya no tengo ni un céntimo para ir por ahí a tirarme en paracaídas. Cualquier día vuelvo a dar clases de Latín y Matemáticas (increíble pero cierto) y me sacan dos euros para mis caprichos, que en casa no me dan

ni la hora. Además, los ánimos no están muy *p'allá*, que digamos. Mis padres están firmando su quinta tregua tras el divorcio y a mí (por ahora) sólo me queda un consuelo: cuidar del hijo de mi vecina a cinco euros y medio la hora. Eso sí es un deporte de riesgo. Y mirar la Luna a todas horas: de tanto pensar, cualquier día me invento más maneras baratas de ir hasta allí. No sabes lo que daría por pasear un ratito por una playa del Mar de la Tranquilidad. Otro día te lo cuento, por si te apetece venir conmigo.

Me pongo seria (sólo un momento): no hace falta que te diga, primo, que si lo necesitas, hablaremos de Cris. Soy la misma que la de aquella noche en el gimnasio del *insti*, ¿te acuerdas? No hace tanto de eso, fue a principios de curso. Tenías una cara de tontorrón enamorado muy rica. Quiero volver a verte con esa cara, primo, ya verás cómo todo pasa, cómo olvidas el dolor tan intenso de estos días. Fin del momento de seriedad.

Seguiremos informando. Y ahora me agarro a mi capa y salgo volando: ¡Zuuuuuum!

Cira

Bandeja de salida

De: Amador

Para: Cira

Asunto: Hablemos de Cris

Fecha: 2 de agosto de 2002

Me ha pasado una cosa increíble, prima. Ayer entré en mi correo después de varios días de no hacerlo. No había vuelto a entrar desde antes de irme a Tarifa, a buscar a la locuela de tu amiga. ¿Y qué crees que me encontré? El descubrimiento me dejó helado: una carta de Cris. La última carta de Cris, escrita el 26 de julio. Es decir, un día antes del accidente. El mismo día que yo me presenté por sorpresa en el campamento. ¿Qué te parece? ¿A que es para helarle la sangre a cualquiera?

Es, además, una carta preciosa, divertida (como todas las tuyas), en la que me cuenta lo enamorada que está y lo que le gusta escribirme. En fin, no quiero develar los detalles de su carta porque creo que ella se sentiría traicionada si te lo contara. Por eso sólo te diré que era una carta preciosa en la que me contaba lo que sentía por mí, muy parecida a las otras que me escribió mientras estabais en Tarifa.

¿Sabes? Nunca me había escrito tanto como entonces. A veces me mandaba dos o tres correos al día, todos maravillosos. Me tenía enganchado al ordenador. Y cada carta suya que recibía pensaba lo mismo: «Voy a verla.» Sentí varias veces el deseo de escaparme, pe-

Cristian

ro tardé un poco en decidirme porque sabía que en el grupo sois sólo chicas, y yo no quería ser un estorbo, ni parecer un idiota. Además, cuando las tías os juntáis os ponéis insoportables, y yo huyo de esas reuniones femeninas como del granizo. Pero al final no pude aguantar más y aparecí por allí. Seguro que todos estos días te has estado preguntando el porqué de mi actitud. Yo también llevo demasiado tiempo intentando agradecerte lo que hiciste por mí: en ese momento ni siquiera me di cuenta de que me estabas cediendo tu cama (o tu colchoneta, que para el caso es lo mismo) y si las cosas hubieran salido mejor habría sido el primer lugar donde Cris y yo hubiéramos podido estar verdaderamente solos y tranquilos. Si las cosas hubieran salido mejor... Qué pena que no fuera así.

Y te preguntarás: ¿y de todo eso tienen la culpa unas simples cartas? Pues sí. De todo eso tienen la culpa todas esas palabras que me escribía tu amiga. Ya ves, para que luego digan aquella estupidez de que una imagen vale más que no sé cuántas palabras. Ahora, nada más enviarte este mensaje, voy a volver a leer el de ella, el último, el que me envió el 26 de julio, horas antes de..., horas antes de que todo terminara de una manera absurda. ¿Me contarás tú qué pasó aquella tarde? Irene me dijo que os había visto hablar muy animadas (o muy acaloradas, no sé). ¿Me lo contarás? Quiero saber todo lo que pasó antes de mi llegada. Todo, con todos los detalles. Cada cosa que me cuentes es un dato nuevo que me hará estar otra vez cerca de mi Cris. Me extrañó que tú no me hubieras dicho nada de esa conversación, pero seguro que tendrás tus

razones. No pienso que me estés escondiendo algo, prima, pero si es así, quiero saberlo, sea lo que sea. Aunque no me guste (si es que es el caso, porque no se me ocurre otra razón por la cual no me lo hayas dicho). Espero tus correos.

Amador

Bandeja de entrada

De: lunascrecientes@yahoo.es

Para: Amador

Asunto: Cuestionario

Fecha: 26 de julio de 2002

Esto es un examen con autoevaluación para aficionados al Trivial a distancia. A ver qué nota sacas. Ya me dirás, y sin mentiras.

Preguntas

- 1) ¿Qué es lo que he hecho mil veces cada minuto entre ayer y hoy?

- 2) Si me dieran a elegir entre visitar la Luna con todos los gastos pagados o dar una vuelta completa a tu ombligo, ¿qué crees que elegiría?

- 3) ¿Cuál es la actividad que, realizada desde los 16 a los 116 años ininterrumpidamente, no llega a cansar jamás?

- 4) ¿Cuál es la palabra de seis letras que significa a la vez ganas de muchas cosas que no he hecho (comerte a besos, charlar durante horas, hacerte cosquillas en la espalda) y ganas de repetir cosas que ya he hecho (escuchar tu voz en la penumbra, escribirte mensajes) y mil cosas más?

Respuestas

- 1) Pensar en ti.
- 2) Por supuesto, tu ombligo, que después de todo también es redondo y también esconde cosas.
- 3) Cualquier cosa que se haga a tu lado, desde comer pipas sin sal a recorrer Calcuta durante un día de lluvia.
- 4) Amador. Y además vale para todos los idiomas.

Hasta el correo de mañana. O tal vez de más tarde. Igual no puedo aguantar y te escribo ahora mismo, en cuanto envíe éste. Te quiero.

C.

Habla Irene

A veces resulta muy difícil ser la mejor amiga de Cira. Menos mal que yo soy de las que piensan que para querer a alguien no hay que entender todo lo que hace, y mucho menos juzgarle. Otra cosa es que de vez en cuando le tengas que decir alguna verdad. Yo, por ejemplo, estuve meses preguntándole a Cira qué conseguía pasándose la vida refunfuñando, o buscándose enemigos. No creo que exagere si digo que, a principios del curso pasado, nadie podía ni verla. Se le había puesto un carácter de lo más insoportable. Y después del encontronazo con su primo fue peor aún. ¿Y sabéis quién fue la guapa que tuvo que aguantarla/defenderla/ayudarla/consolarla/hacerle de mamá? Habéis acertado: yo, claro. ¿Para qué estamos las amigas, sino para todo eso y mucho más?

Además, he aprendido que las personas no cambian. Que, o las aceptas como son, o más vale que te busques otras. Yo le insistí mucho a Cira para que dulcificara un poco su manera de ser. Me ponía enferma esa forma suya de ir por la vida de dura, de impertinente y de lunática, granjeándose la enemistad de la

mayoría, cayendo mal a todo el mundo. A ella eso de lunática le hacía gracia. Está obsesionada con la Luna. Lleva la carpeta forrada de fotos de planetas, galaxias, satélites y demás cosas que flotan en el espacio exterior, y es toda una experta en montañas, cráteres, mares, expediciones, lados oscuros y todo lo que afecta a esa cosa redonda y blancuzca que da vueltas tontamente a nuestro alrededor desde hace no sé cuantos millones de años. En fin, cada cual tiene sus gustos.

Creo que si sumáramos todas las horas que Cira y yo nos hemos pasado hablando, descubriríamos que uno o dos años de nuestras vidas han transcurrido de una conversación a otra. Hablemos de lo que hablemos, siempre nos lo pasamos bien. Eso es genial. También nos reímos mucho. De todo, incluso de nosotras mismas. Más genial todavía. Y de vez en cuando discutimos, sí, casi siempre por el mismo motivo: yo le digo lo que no le gusta escuchar y ella refunfuña de la peor manera (y cuando se lo propone tiene muy, pero que muy mal genio). Todo eso llegó a su momento culminante a principios del curso pasado. Ella estaba algo despistada, algo dispersa. Desde el comienzo me pareció que se había enamorado, pero eso en alguien tan independiente como ella no dejó de parecerme imposible. Qué ingenuidad por mi parte.

Confirmé mis sospechas poco después de la presentación del curso, justo cuando el director, con su voz nasal, nos dijo que podíamos irnos a casa (después de habernos soltado su discurso horrible de todos los años) y que volviéramos al día siguiente, dispuestos a ganarnos un lugar en la orla de honor del

colegio. (Abro un paréntesis: del director hay dos cosas que no soporto. La primera son sus imágenes seudopoéticas cuando se quiere poner trascendental y no logra pasar de penoso. La segunda es que jamás, ni por casualidad ni por error, se dirige a las chicas como si fuéramos seres autónomos o con entidad propia. Dice, por ejemplo: «Damos la bienvenida a todos los nuevos alumnos.» Y es como si todos fueran del género masculino. O como si a las chicas nadie nos diera la bienvenida. Cira, yo y el resto de Las Lokas hemos decidido no darnos por aludidas hasta que se dirija a nosotras. Así, cuando el director diga: «Mañana los alumnos tienen que llegar al centro una hora antes», nosotras llegaremos a la misma hora de siempre, ya que nadie ha dicho que *las alumnas* debamos hacer otra cosa. Y cierro ya el paréntesis, uf.)

En cuanto salimos del salón de actos noté a Cira muy alterada. Insistía en pasarse por un cibercafé. Quería escribir una carta (creo), y parecía que era muy urgente. Yo no tenía nada mejor que hacer en ese momento, de modo que decidí acompañarla. Por el camino traté de averiguar qué nueva ocurrencia bullía en su cabecita. (Abro otro paréntesis. Normalmente, cuando Cira sentía esa urgente necesidad de conectarse a Internet era para buscar páginas de su última chifladura o para encontrar datos nuevos de su chifladura más antigua. Lo normal, pues, era encontrarla consultando sitios web sobre todo tipo de diversiones arriesgadas o sobre cuestiones de interés fundamental para cualquier ser humano de dieciséis años, del tipo: ¿Por qué casi todos los mares de la Luna están en el lado

oculto? ¿A qué esperan todos los países para mandar una mujer a pasear por el satélite? ¿Quién fue primero, la Tierra o la Luna y por qué y cuándo y de qué manera? En fin, que a Cira se la puede considerar una lunática por méritos propios. Si hasta su primera obra de teatro, que estrenamos con nuestro grupo, hablaba sobre el satélite de marras. Ella tiene su particular teoría sobre a qué se debe esa obsesión suya, pero yo no me voy a detener ahora en ese punto. Y ya, ya cierrro el paréntesis, que luego diréis que divago.)

Aquel día llegamos temprano a nuestro cibercafé. Uno que se llama —oh, qué casualidad— *Laluna.com*. Cira se sentó ante una pantalla y se puso a aporrear frenéticamente el teclado. Viendo que no me hacía ningún caso le pregunté si quería beber algo.

—Una horchata, gracias —dijo, asomada al abismo de la red, con la mano derecha aferrada al ratón y el ceño fruncido.

Cuando regresé con las bebidas me pareció que le molestaba que estuviera viendo sus cosas. Había abierto una dirección de correo en la red y se disponía a crearse un buzón.

—A ver si te gusta el nombre que me voy a poner —dijo, empezando a teclear algo a toda velocidad.

—Lunascrecientes —leí.

—Ajá. ¿Te gusta?

—No está mal. Típico de ti.

—Ahora la contraseña —meditó unos instantes—:

Ya lo tengo. *Roxanne*. ¿Te gusta?

—¿*Roxanne*? ¿Como la canción?

—Exacto. ¿No te gusta?

Me encanta esa canción de Sting —o de Police— y me recuerda muchas cosas. Hace poco alguien me grabó un *cedé* con ocho versiones diferentes de *Roxanne*, casi todas magníficas.

Parpadeaban los colores de las páginas en la pantalla.

—Pues ya está. Aquí tienes mi nueva dirección: lunascrecientes@yahoo.es. Cuando quieras, me escribes. Ahora voy a estrenarla.

Me maravilla la gente que se desenvuelve con naturalidad ante los ordenadores. Yo soy bastante torpe para estas cosas (las maquinitas, en general; no entiendo bien ni a mi despertador). Estaba claro que Cira era el caso contrario. En un abrir y cerrar de ojos tenía frente a sí una pantalla en blanco. No escribió ningún nombre en el destinatario y la guardó en la carpeta de borrador. La primera línea se le ocurrió sin pensar, como si llevara mucho tiempo almacenada en su cerebro, deseando salir. Decía algo así como: «Te escribo a ciegas, guiada sólo por una corazonada que espero que esta vez no me falle.»

Se detuvo a contemplar la línea que acababa de escribir y se volvió hacia mí.

—Me pongo nerviosa cuando alguien mira desde atrás lo que estoy escribiendo —dijo, en un tono que no me pareció muy amigable.

—Perdona. No lo sabía —me disculpé—. Intentaré navegar un poco desde otro ordenador, así te dejo en paz.

La verdad, si Cira siempre fuera así de borde, habría dejado hace mucho tiempo de ser su amiga. Ante mis

palabras, esperaba que me dijera algo así como «no me estorbas, Irene, es sólo que necesito concentrarme» o «en paz también estoy contigo, Irene, quédate». Pero no, sólo murmuró, sin mirarme:

—Genial —antes de proseguir con la escritura rapidísima de su carta sin destinatario.

Estaba tan entusiasmada que los usuarios de su alrededor se volvían a mirarla. Ella continuaba con sus muecas, sus suspiros, sus pequeños estallidos de alegría cuando le salía una buena frase. Entendí en seguida: nadie se comporta así a no ser que esté enamorado.

¿Cira, enamorada? Si en aquel momento alguien me hubiera dicho que Nirvana acababa de grabar un directo para celebrar la resurrección de Kurt Cobain me hubiera parecido menos raro que aquello que tenía ante mis ojos. ¿Mi amiga, la enemiga del romanticismo, la solitaria por naturaleza, enamorada? No podía ser verdad. Tenía que averiguarlo. Y, ¿qué mejor manera que preguntando directamente a la interesada?

—Oye, Cira, ¿no estarás...?

—Sí, me gusta un tío, qué pasa —se puso a la defensiva de inmediato.

Claro, era evidente. Ahora me faltaba saber el nombre del afortunado. Me moría de ganas. Menuda bomba.

—¿Y se puede saber quién es?

Creo que Cira estaba deseando que se lo preguntara. En cualquier otra ocasión no habría querido hablar de ello, pero ese día estaba eufórica, y pronto me iba a contar por qué: el tío que le gustaba desde hacía más



de diez años acababa de pedirle que hablaran como si le fuera en ello la vida. La cosa olía a declaración.

—¿Diez años? —aquello era toda una sorpresa. Una Sorpresa, con mayúsculas—. ¿Y cómo no me lo has dicho hasta ahora? Se supone que soy tu mejor amiga. Hace mil años que te gusta un chaval y yo no tengo ni idea...

—Me daba mucha vergüenza, Irene. Es por culpa de mi maldita nariz, lo sé, como siempre. Siempre he pensado que yo no puedo gustarle a nadie, y menos a Amador, que está como un queso. No soportaría que se riera de mí en mis narices, ¿sabes? —lo dijo con una mueca de tristeza.

—¿Amador?

—Sí, mi primo.

No tenía ni idea. Ni la más pequeña, diminuta, minúscula, esmirriada sospecha. Por supuesto, yo intenté convencerla de que sus argumentos eran muy débiles: cuando te enamoras de alguien no estás pendiente de cuántos centímetros le mide la nariz. Te enamoras y punto, y pobre de ti si sólo te fijas en el físico. Es como querer comprarse un *cedé* sólo por la portada, sin saber cómo suena ni si te va a gustar o no.

—Y ya que hablamos de lo que hay dentro —le dije—, hace tiempo que quiero decirte que me preocupa tu actitud con la gente. Estás insoportable. Vas a conseguir que nadie te dirija la palabra.

Se encogió de hombros.

—Creo que me gusta disgustar —dijo— y, además, estoy muy orgullosa de ello, así que no me vengas aho-

ra con discursitos. Soy así y a quien no le guste que no me salude.

Conozco a mi amiga: sé que cuando se pone farruca no hay quien hable con ella. Por eso decidí dejarla por imposible y marcharme a casa a comer, que ya iba siendo hora.

—Si te cansas de ir por ahí hecha una furia y necesitas hablar con alguien, ya sabes dónde estoy —le dije.

En realidad, yo no podía saber lo muy pronto que ella iba a necesitararme.

La verdad, no sabría qué decir si alguien me pidiera que describiera a Cira en una sola palabra. ¿Única? ¿Insólita? A ella le gustaría que dijera lunática, seguro. Algunas personas dicen que es rara. Al resto, les cae fatal. Sólo Las Lokas sabemos cómo es en realidad: leal, sensible, divertida, valiente, buena compañera, una directora inteligente que sabe lo que quiere (como actriz ya deja más que desear), una tía excepcional... Y un poco locuela, también, pero eso forma parte de sus encantos.

Nunca he conocido a ninguna chica que se defienda a tortazo limpio. No es un decir: cuando alguien le dice lo que no le gusta (que suele ser algo relacionado con la forma o el tamaño de su nariz) Cira no duda en atizarle un buen mamporrazo. Da igual que sea chica, chico, profesor o el camarero del bar de la esquina. Todos los que la conocemos sabemos que ese tema es tabú a no ser que queramos acabar con una bolsa de hielo sobre un ojo (o sobre los dos).

No sé cuántas veces habré visto a mi amiga como una fiera porque alguien ha osado decir algo insultante acerca de su apéndice nasal. No hace falta gran cosa. La última vez fue con uno de tercero que osó llamarla «elefanta narigona» delante de nosotras y no tardó ni treinta segundos en retirar todo lo dicho, pedir disculpas muy respetuosamente y marcharse a toda velocidad y con la mano de Cira marcada en la mejilla. Pero Cira, como su querida Luna, también tiene dos lados. Su otra cara es la amable, tierna y divertida que conocemos sus amigas y amigos, los de verdad. Por ejemplo el Riga, que es de esos con quien todo el mundo se atreve: un poquita cosa, algo apocado, vergonzoso, canijito... En realidad eso de Riga es un invento de Cira, porque de su verdadero apellido todo el mundo sacaba mofa. Creo que es Rigau o algo así, que en catalán debe de significar algo, pero aquí en Madrid suena un rato mal. Los compañeros le llamaban el *esmirriau*, o el *riauriau*, o muchas otras cosas que ahora no vienen a cuento. Si no fuera porque Cira le defendió como una leona desde el primer momento, creo que habrían conseguido que no viniera más a clase. Pero desde que todos saben que meterse con él es aspirar a los guantazos de la peleona del *insti*, las cosas son muy distintas.

Cuántas veces le habré dicho a Cira que ésa no es manera de ir por la vida. Ya ni me acuerdo. De las más célebres habrá sido aquella vez de la obra de teatro, que yo recuerde. Fue descomunal. Se puso como una furia y no hubo forma de calmarla, y todo porque el director del colegio creía que su obra era demasiado lar-

ga y que la representación duraría demasiado. Le pidió que recortara veinte minutos la función para adaptarse mejor al programa de las fiestas.

—¿Verdad que si representáramos, por ejemplo, un entremés de Cervantes, no te atreverías a sugerir que hay que quitar veinte minutos? Pues a mí me pasa lo mismo.

—No me atrevería porque Cervantes está muerto —argumentó el director— y, además, ¿te estás comparando con Cervantes?

—Pues sí. Él también tuvo mi edad, ¿no? Ya veremos qué escribo yo con más de sesenta años. Por ahora, no pienso quitar ni una coma.

—Si te pones tozuda, tendré que buscar un director más razonable.

Cira, claro, siguió poniéndose tozuda (hasta diría que se puso más tozuda y más desagradable, porque llegó a llamar al director «dictador sexista»). La gota que colmó el vaso. Fue obligada a presentar la dimisión de su cargo y sustituida por una pavisosa de otro cuarto que no tenía ni idea de teatro ni de nada, pero que quitó media hora del texto con una facilidad pasmosa. A raíz de eso, Cira se negó a aparecer en los carteles como autora de la obra, y el asunto siguió así trayendo cola durante más de un curso. Pero tal vez no sea ésta la ocasión para contar ese conflicto.

Creo que todos tenemos nuestro papel en la historia, aunque sea un papel más que secundario. El mío consiste en ser la voz de la conciencia de la bruta de mi mejor amiga, que todavía no ha aprendido que nada es blanco ni negro y no se conforma con ser gris a los

ojos de todo el mundo. Ya lo dice ella, con ese puntito de orgullo que tanta rabia le da a la gente que la conoce: «Soy una exagerada y exagero.»

En el fondo, creo que a Cira le pasa algo que padecemos la mayoría de los adolescentes: tenemos la impresión de que se nos acaba el tiempo, o de que la juventud es el único momento para pasárnoslo genial, y por eso vamos siempre deprisa, demasiado deprisa, y llevamos nuestras actitudes hasta el límite de lo tolerable. No sé, no soy psicóloga ni aspiro a serlo.

Estaba hablando del día que empezó aquel curso. No sé qué hizo Cira esa tarde, pero seguro que nada bueno, a juzgar por el estado de nervios en el que se encontraba. Había dejado la carta que le había escrito con tanto entusiasmo a su amadísimo Amador en la carpeta de borradores de su nueva cuenta de correo, lista para enviarla en cuanto fuera necesario. Creo que esperaba a que él se declarara para hacerlo. Porque, pese a todos sus miedos, sus complejos y sus inseguridades, en el fondo Cira pensaba que esa tarde Amador iba a decirle que estaba colgado de ella. No fue así, precisamente. El muy torpe —¿hay alguien que imparta cursillos de psicología femenina para chicos? Todos los que conozco necesitan uno, a poder ser intensivo— lo que quería era buscar la ayuda de su prima con el fin de declararse (o algo parecido) a la chica nueva. Casi nada.

Y ahora viene lo mejor. Resulta que la chica nueva, además de estar buena y ser más o menos inteligente, resultó ser tan temeraria como la propia Cira. Vamos, que en cuanto se enteró de que se para practicar con no-

sotras la escalada en roca necesitaba la aprobación de la capitana del equipo, se puso hecha un basilisco (explicación para no iniciados en zoología medieval: el basilisco era un simpático animalito capaz de asesinar con la mirada). Cris decidió enfrentarse directamente a la mandona del grupo y lo hizo del modo en que todos le habían dicho que no debía hacerlo: nombrando a La Innombrable.

—¿Metes tus narices donde no te llaman sólo porque las tienes inmensas? —le preguntó, como aperitivo, a modo de saludo.

La verdad, temí lo peor. Ya estaba imaginando a Cris en la enfermería con los dos ojos hinchados cuando Cira tuvo una reacción sorprendente:

—A ver, bonita, ¿a ti te gusta Amador?

Ese tonillo de *metieneshastalasnarices* con *quémevasacantar* es eso que los que no son de aquí (y los de aquí también, pero sólo en casos extremos) llaman chulería madrileña. A Cris, que acababa de llegar de Bilbao y aún no tenía mucha experiencia en estas lides, le costó un poco reaccionar:

—¿Qué Amador? —preguntó.

—¿Conoces a muchos? No es un nombre muy frecuente, que digamos.

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Te gusta o no?

Era evidente que a Cris la pregunta no le dejaba indiferente.

—Ya veo que sí —terció Cira—. Pues que sepas que es mi primo. Él dice que es como si fuera mi hermano.

—¿Tu primo? —en décimas de segundo, la actitud

de Cris cambió como de la noche al día—. Perdona, tía, no tenía ni idea. ¿Te he molestado?

—Un poco, pero eso ahora da igual. Ya hablaremos de mi nariz en otro momento. Te aseguro que la cuestión da para mucho.

—Oye, perdona, de verdad que no tenía ni idea...

Increíble. Cris iba a salir entera de aquel encuentro.

—Me ha hablado de ti —soltó Cira, como si fuera un bofetón.

—¿En serio? —la cara de la nueva se iluminó unos instantes.

—No te lo diría si no fuera muy cierto, te lo aseguro. No estoy de acuerdo, pero creo que le gustas.

Cris parecía petrificada. Tardó aún unos segundos en reaccionar.

—Joder, no me lo puedo creer. Oye, de verdad que puedo ser menos desagradable. ¿Eso te lo ha dicho él?

—Más o menos. No se explica muy bien.

—¿Y por qué no me lo dice a mí?

—Esa es una buena pregunta. Se la podrías formular tú misma, si te apetece. Te doy su correo electrónico y le escribes algo. Está deseando que lo hagas.

—¿Él te ha dicho que me lo des?

—Así es. Y que te pida que le escribas.

—¿Va a estar esperando una carta mía?

—Exacto.

Se llevó las manos a la cara.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Que odio escribir cartas. No se me da bien, no

me sale nada, me suena rarísimo y además soy un desastre con la ortografía. Un tío como él se asustaría con sólo leer la primera frase.

—¿En serio? ¿Y si le escribes una más corta?

—Como mucho puedo escribirle un mensaje al móvil. De verdad no me mires así, todo el mundo tiene sus limitaciones.

En ese momento fue cuando a mi amiga, viendo la cara de preocupación de Cris, se le ocurrió la idea más descabellada de su vida. Se le pusieron los ojos brillantes como debían de ser los de los basiliscos antes de decir:

—Pues hagamos un frente común.

—¿Cómo? —preguntó Cris, desconcertada.

—Tú pones las te... —carraspeó—, digo, tu cara y tu cuerpo y yo pongo la imaginación y las palabras. Será como un juego.

—¿Qué quieres decir?

—Que te ayudaré a escribirle todas las cartas que necesites. Un tío como él necesita algo un poco especial.

—¿Me vas a ayudar? ¿Pero por qué?

—Le escribiré cartas que tú sólo tendrás que firmar. Me lo pasaré en grande. Será emocionante.

—¿Y de dónde vas a sacar la inspiración?

Cira adoptó un aire muy autosuficiente para afirmar:

—Las escritoras sabemos mucho de estas cosas, y estamos hartas de escribir cartas de amor a tíos imaginarios.

—¿Y le irán bien tus cartas imaginarias a Amador?

—Le irán como un guante.
—No sé... ¿Tú crees que está bien?
—Será divertido, míralo así. Yo sólo pongo las palabras. Tú haces todo lo demás.
—No está mal. Escribir me da una pereza...
—Pues no se hable más, Cris. Cerremos el trato.
—¿Y el primer mensaje, ése que está esperando?
—Ya está escrito. Sólo debes añadirle tu firma y enviarlo. Necesitamos un ordenador. Vamos al cibercafé. Lo puedes enviar ya mismo.

Cris, claro, estuvo de acuerdo. Así fue como Cira y la chica nueva del instituto se aliaron en la tarea más descabellada de todas. Y menudas consecuencias tuvo su pacto.

Bandeja de entrada

De: Cira

Para: Amador

Asunto: Seis maneras baratas de llegar a la Luna

Fecha: 5 de agosto de 2002

No te he escrito antes porque estaba enfadada contigo.

Mentira. No te he escrito antes porque estaba cuidando al hijo de mi vecina, que es un ogro pero tiene la varicela.

Otra verdad: no te he escrito antes porque estaba depurando mis técnicas para viajar a la Luna. Buenas, bonitas, baratas y muy muy, pero que muy fiables. ¿Quieres conocerlas? Son de lo que trata *La Obra De Teatro Que Nunca Se Estrenará Con Mi Nombre*. Helas aquí:

Seis técnicas económicas y ergonómicas de viajar a la Luna sin billete de vuelta

(Por tu prima)

PRIMERA: Vacías unos cien botellines de cocacola y los rellenas de agua destilada. Te haces con ellos un vestido de diseño ultramoderno. Cuando el agua se evapora puede que te eleve poco a poco.

SEGUNDA: Me meto en una caja de madera con una lupa gigante y caliento el aire... No sé, no sé.

TERCERA: La mujer-bala. ¿Por qué el hombre bala siempre tiene que ser un tío? A mí me gustaría meterme en el cañón. Igual si enfocaran muy alto, de noche, y dispararan fuerte... Yo me pondría gafas de sol y un traje de neopreno, por si hace frío allá afuera.

CUARTA: Un globo propulsado por el humo del tabaco que fuman mis padres en una semana. Qué asco.

QUINTA: Me subo a mi bicicleta vieja y lanzo al cielo un imán grande. La bici se echará contra el imán y quedará suspendida en el aire. Entonces lanzo el imán de nuevo, más lejos. Tal vez sea demasiado cansado.

SEXTA: Si todas las anteriores fallan, siempre me queda secuestrar un avión y lanzarlo contra los cráteres de la Luna, pero es un recurso muy visto. Además, ¿qué iban a hacer allí todos los pasajeros? El Mar de la Tranquilidad parecería Torremolinos. Horror.

Y una de propina: Tal vez cuando colisione el asteroide ese todo salta en pedacitos. Yo quiero ser un pedacito que salte hasta la Luna. Siempre me pondría en la parte creciente.

Habla Cira

El 20 de julio de 1969 un hombre llamado Neil Armstrong salió a dar una vuelta por la Luna. Si no fuera porque le estaban mirando los ojos alucinados de millones de espectadores de todo el mundo, se podría decir que se comportó como un turista típico, haciéndose fotos aquí y allá y llevándose algún recuerdo para que los suyos vieran dónde había estado.

Exactamente diecisiete años después —el mismo día, con pocas horas de diferencia—, mi madre se puso de parto de su, hasta hoy —y espero que siga siendo así—, única hija. Astrológicamente, pues, soy Cáncer, el signo regido por la Luna. Por si eso fuera poco, nací a las cinco y diez de la mañana, lo cual supone una carambola preciosa: Cáncer al cuadrado. O, lo que es lo mismo: Cáncer con ascendente Cáncer. Lunática por partida doble, mira qué bien. Siempre he pensado que todo eso no puede ser una casualidad, y menos aún si tenemos en cuenta la efeméride que se conmemora el día de mi cumpleaños. Yo estaba predestinada a tener algo que ver con la Luna, aunque sólo fuese en sueños.

Así que no es una coincidencia que nuestro satélite me vuelva loca y que lleve toda mi vida interesándome por cualquier cosa que se refiera a él, por pequeña que sea. Podéis preguntarme lo que queráis. Lo sé casi todo, y sigo aprendiendo. Algún día seré la investigadora lunar más famosa y lunática de la galaxia. Por ahora me tengo que conformar con observar desde aquí, a veces con un telescopio de la asociación astronómica, y con marear a mis amigas con preguntas capciosas que nunca saben responder. ¿Queréis un ejemplo? Pues allá va mi difícilísimo e insuperable...

Test lunático

Diez preguntas para saber al instante cuánto sabes de la Luna

(Los resultados, al final, para que nadie haga trampas)

1. ¿Cómo se formó la Luna?
 - a. A partir del polvillo acumulado tras el big bang (el chupinazo que formó el espacio, vamos).
 - b. De un pedazo de la Tierra que se desprendió a causa del porrazo de un meteorito, hace muuuuuucho tiempo.
 - c. Pasaba por allí y la Tierra la capturó con la atracción de su encanto y su gravedad.
 - d. Cada una de las tres anteriores tiene sus partidarios y sus detractores. En realidad, se ignora cómo fue.

2. ¿Qué es el regolito?
 - a. Un bichito (monocelulítico) que vive en el hielo lunar.
 - b. El polvillo fino que cubre toda la superficie de la Luna.
 - c. Nada, me lo acabo de inventar.
3. ¿Cuántas mujeres han estado en la Luna?
 - a. Ninguna.
 - b. Doce.
 - c. Nadie se preocupó de contarlas.
4. ¿Qué es el Polo Sur-Aitken? (esta pregunta está tirada)
 - a. Un lago de la Luna, visible desde la Tierra.
 - b. El segundo proyecto de la NASA de exploración lunar, que se realizó entre 1971 y 1973.
 - c. Un cráter de la Luna, de 2.250 km. de diámetro y 12 de profundidad.
 - d. El polo sur lunar, donde se encontraron grandes bloques de hielo.
5. ¿Qué dijo Armstrong cuando puso el pie (fue el izquierdo, he visto el vídeo) en la Luna?
 - a. Éste es un pequeño paso para el hombre pero un gran paso para la humanidad.
 - b. Buena suerte, señor Gorsky.
 - c. Coño, qué frío hace aquí.
 - d. ¿Dónde está el mostrador de las palomitas?
6. ¿Cuánto rato duró el paseíto de Armstrong por la superficie lunar?
 - a. Nueve minutos y medio.

- b. 19 días y 500 noches.
 - c. 2 horas y 10 minutos.
7. ¿Qué no tiene la Luna?
- a. Gravedad.
 - b. Atmósfera.
 - c. Hielo.
 - d. Vergüenza.
8. ¿Qué se llevaron a casa los astronautas?
- a. 20 kilos de hielo, piedras y otras porquerías.
 - b. Plantas y helechos para decorar el salón.
 - c. Es un misterio sin desvelar.
9. ¿Qué hay en la cara oculta?
- a. No se sabe porque allí no hay luz.
 - b. Grandes cráteres que se llaman Apolo, Gagarin, Korolev... y terreno agreste.
 - c. Los restos de un poblado de una cultura muy antigua que nadie identifica.
10. ¿Qué es el Proyecto Artemisa?
- a. La ciudad de la Luna donde los lunaflicos vamos a vivir felices a partir de que la NASA se decida a llevarnos allí.
 - b. El nombre de un nuevo parque temático centrado en temas espaciales y selenitas.
 - c. Un caso abierto del FBI que trata de averiguar si Aristóteles pudo haber tenido relación con ovnis.

Fin del *preguntorio*. A otra cosa.

Hablemos de asuntos serios. Los idiotas esos que opinan que lo de la llegada a la Luna fue un montaje. Que Estados Unidos sólo quiso adelantarse a Rusia en la carrera espacial y montó una gran farsa para impresionar a la peña. Es curioso: eso mismo decía mi abuela, quien nunca creyó que el cohete no fuera de papel Albal ni que el vehículo que utilizaron no fuera un seiscientos con el techo serrado.

—Y si ése fue el primer señor que pisó la Luna —decía ella, con cara de suspicaz que piensa en todo—, ¿quién hizo las fotos? ¿Quién puso ahí la cámara? Y si eso es la Luna y detrás está el firmamento, ¿por qué no se ve ni una mala estrella? ¿Por qué está todo más negro que la culpa, eh, eh?

Sí, es triste pero cierto: los partidarios de las famosas Teorías de la Conspiración, que en Estados Unidos se cuentan por miles, defienden posturas muy parecidas a las de mi abuelita, la pobre, que murió analfabeta y con noventa y siete años cumplidos. Lo primero que deberían hacer es un cursillo de cultura general. Después, deberían revisar su sentido del ridículo, porque para decir cosas de un modo tan categórico lo primero que se debe hacer es saber de qué se habla, digo yo.

Nada me daría más placer que ser un día muy famosa para poder desmentir en un programa de televisión todo lo que dicen esos inútiles. Ya me veo, sentada con mis medias y mi media melena en un plató de televisión, y a una presentadora cursi con traje de chaqueta preguntándome, muy redicha:

—¿Qué opina usted, profesora Cira, de la Teoría de la Conspiración?

Y ahora, peña, aquí tenéis, en absoluta primicia y en exclusiva, las declaraciones de la (en un futuro) famosísima Cira acerca del tema que más le escuece:

—Pues para empezar, que sí llegamos a la Luna. Los que defienden que no es que nunca han visto a través de un telescopio los restos de las cosas que allí dejaron nuestros astronautas. Y ahora rebatiré todas las afirmaciones de esa gente, punto por punto: ¿No se ven estrellas? Claro, la luz cegadora del sol las hizo desaparecer de las fotos. ¿Quién filmaba a Neil Armstrong? Qué vergüenza, no saber eso es desconocer lo que pasa después de alunizar (en este caso) y disponerse a bajar de la nave. Si lo primero que llega al lugar es una cámara que lo fotografía todo... (Y así una por una...) Yo, sinceramente, creo que muchas de las fotos que se hicieron allá arriba se clasificaron como secretas. No porque la cosa fuera un montaje, sino porque la gente es muy miedosa, y seguramente en algunas se ven cosillas poco apropiadas para cagados: ovnis o restos arqueológicos desconocidos y cosas así. Sólo las mentes superiores estamos preparadas para ciertas verdades, hay que asumirlo. Y sólo los idiotas son capaces de destruir la ilusión de tantos millones de personas. Aunque sólo sea porque merece la pena creerlo, hay que pensar que estuvimos en la Luna. Y punto.

Tercer tema del orden del día: a la pregunta fundamental de los adultos («¿Qué quieres ser de mayor?») yo contestaría:

—Cualquier cosa dentro del Proyecto Artemisa.

Es decir, que en mi caso no es tan importante *qué* quiero ser de mayor como *dónde* quiero estar de mayor. Los que sepáis qué es el Proyecto Artemisa ya sabéis, pues, que de mayor quiero vivir en la Luna. Sí, sí, en la Luna, mirando los mares de la Tierra desde mi ventana y siendo más feliz que una anchoa intergaláctica. Para aquellos que no sepáis de qué hablo os contaré que hace ya como veinte años que se empezó a hablar en serio de construir una estación permanente en la Luna. Es decir, una colonia de personas que vivieran y trabajaran allí, como alternativa a la vida en la Tierra a la que estamos acostumbrados. El problema es que el proyecto lleva ya varias décadas de retraso, y que últimamente a los del Programa Espacial de Estados Unidos (que son quienes siempre lo deciden todo, porque los rusos ya no tienen ni para escafandras) parece que les ha dado por enviar cosas a Marte. Y cuando terminen con Marte (es un decir) igual les da por Plutón, y la Luna sigue igual de olvidada que hasta ahora, y los lunáticos como yo tan fastidiados como siempre.

Y ahora voy a reformularme para todos vosotros esa pregunta crucial en la vida: «¿Qué tres cosas te llevarías a una isla desierta?»

(¿Imagináis un desierto mayor que ese globo blanco que cuelga ahí arriba?) Pues éstas son las tres cosas que yo me llevaría a la Luna:

1. Un libro. ¿Cuál? El *Quijote*, por supuesto.

2. Un ordenador conectado a Internet.
3. A Amador (conste: la calificación de «cosa» sólo obedece al enunciado de la pregunta)

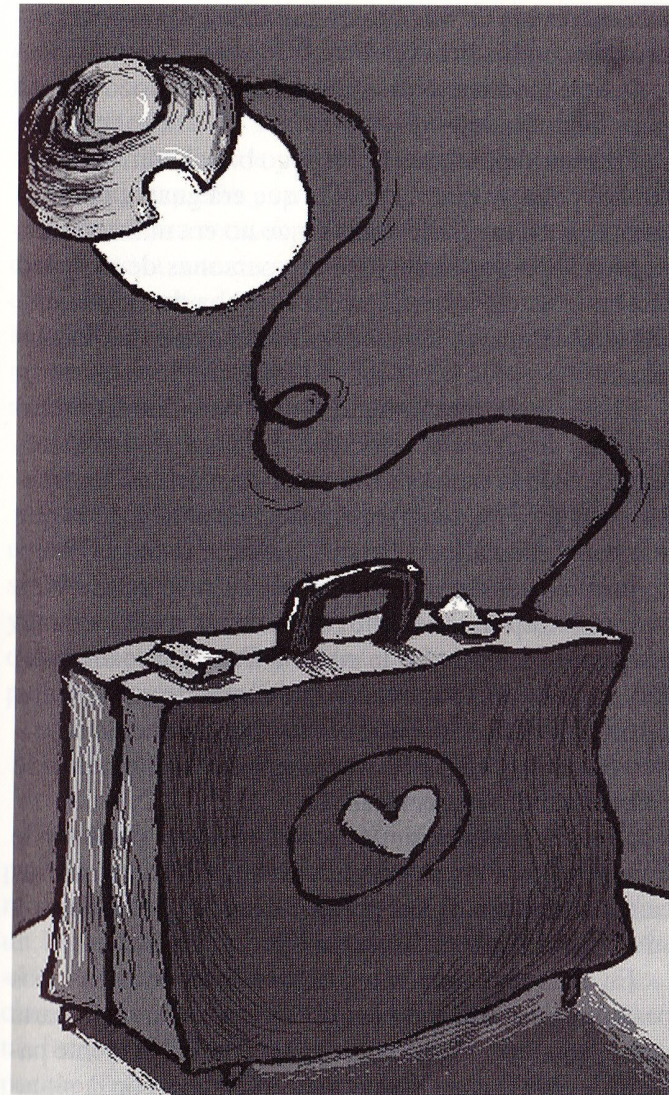
La verdad, no tengo muchas esperanzas de conseguirlo, así que pondré los pies en el suelo (en el de la Tierra) para contaros un nuevo capítulo de la apasionante historia de mi vida. Se titula...

De cómo Cira ayudó a otra a conquistar al amor de su vida

Llamadme idiota. Yo misma me lo digo veinte veces cada segundo. Pero después de eso, pensad que tuve mis razones: Amador estaba enamorado de aquella insípida de Cris y no demostraba mucha más destreza que el resto de tíos que conozco en comprender mis reacciones. Quiero decir, que nunca se dio cuenta de que yo le quería, y creo que no se habría enterado ni aunque yo me lo hubiera escrito en la frente antes de aquella conversación del gimnasio. De modo que Cira la práctica pensó: «¿Qué prefieres, colega, poco o nada?» Y me quedé con la primera opción.

Cuando Cris leyó mi carta, la que yo le había escrito a su adorado Amador, y que había guardado en mi carpeta de borradores, se quedó pálida de envidia. Fue sincera y reconoció que a ella nunca se le ocurriría algo así. La firmó sin pensarlo dos veces y la envió.

—¿Y esto de lunascrecientes? —preguntó, refiriéndose al nombre de mi correo (no sabía que era tam-



bién el nombre de mi obra de teatro, la que no debía estrenarse con mi firma).

—Soy lunática —dije, abreviando un poco lo que ya os he contado.

Ella se rió de un modo un poco bobalicón, pero encantador. Había que reconocer que era guapa, por mucho que a mí me molestara. Y que no era una cobarde, como suelen ser la mayoría de personas de mi edad con las que tropiezo. El juego acababa de empezar, y ella también parecía muy dispuesta a continuar la partida.

El siguiente movimiento fue de Amador. Contestó al correo de Cris a la velocidad de la luz. Le envió tres renglones más o menos bien escritos (demasiado académicos para mi gusto) en los que le hablaba de lo que le agradaba de ella, de lo que buscaba en una chica y de lo muy enamorado que estaba. Lo sé así de bien porque lo espí. De hecho, espí todas y cada una de las cartas que Amador le envió a Cris (y que en realidad, sin saberlo, me enviaba a mí) antes de que Cris me autorizara a hacerlo. Después de todo, la cuenta de correo era mía, y a aquella mema enamorada nunca se le ocurrió cambiar la contraseña.

¡Ah! Olvidaba decir que, en el palmarés de cosas de Cris que gustaban a Amador, dicho por él mismo, las cartas ocupaban el tercer lugar después de sus ojos y su forma de sonreír. Todo un éxito, ¿verdad?

En este intercambio un poco tontorrón de cartitas nos pasamos casi un mes, para mi disfrute. Carta va, carta viene, aquellos dos no se atrevían a dar el siguiente paso. Cris, porque estaba un poco ofendida por la situa-

ción: era la primera vez que un chico no pretendía sólo meterle mano, y eso la desorientaba mucho y disparaba todas sus alarmas. Él, porque pertenece a esa extraña subcategoría del sexo masculino que afirma buscar una mujer inteligente y resulta (eureka) que es verdad.

Cuando aquello ya empezó a volverse tan repetitivo y monótono como la discografía completa de Maná, de repente la cosa dio un giro hacia la acción. Un buen día, en el correo esperaba un mensaje de Amador titulado «Ven a casa» que lo puso todo patas arriba. Un momento, voy a buscarlo en mi disco duro y a tratar de recomponerlo. Decía más o menos así:

Cristina, Cristi, Cris...

Es alucinante verte todos los días en el *insti* sin dirigirte la palabra, sabiendo que me escribes esas cosas tan maravillosas. Tienes mucho talento, de verdad, y por eso quiero disfrutarlo en vivo y en directo. ¿Por qué no vienes a casa y te enseño la biblioteca de mis padres? Te gustará. Y a mí verte.

Amador

«Qué lamentable», pensé yo. La biblioteca de sus padres. Desde luego, mis tíos tienen un buen patrimonio en libros, pero no sé qué de romántico puede tener un lugar así para una primera cita. ¿Os imagináis?: «Ven, cariño, vamos a ponernos aquí, mirando a los clásicos grecolatinos. ¿O quizá prefieres los surrealistas franceses?» La propuesta surtió el efecto deseado, porque Cris se puso muy nerviosa, le envió un mensaje

diciendo que sí de todas las formas que se le ocurrieron y luego empezó a hablar de lo que iba a ponerse, como si las dos cosas tuvieran una relación más que lógica. Yo, naturalmente, estaba mucho más tranquila. Lamentaba un poco cómo iban las cosas porque pensaba (erróneamente, como se verá) que aquello iba a terminar con el juegucito de las cartas. Sólo estaba esperando a que Cris me preguntara qué debía decirle a Amador, cómo iba a hacer para repetirle mis palabras, tan bonitas e ingeniosas como las que contenían todas mis cartas. A mí ya se me había ocurrido cómo: el teléfono móvil. Soy muy rápida escribiendo mensajes. No sería lo mismo, pero por lo menos Cris no se iba a quedar completamente sola.

Pero, cuál fue mi sorpresa cuando Cris, que estaba entre histérica, eufórica y esdrújula, va y me dice (muy seria) que ya no me necesita, que Amador ya está en el bote y que ella sabe de sobra lo que tiene que decirle y hacerle (más de lo segundo que de lo primero, puntualizó) y que, por tanto, prefiere ir sin mí a su cita nocturna.

Me hice la ofendida, naturalmente. ¿Qué otra cosa podía hacer? Con mucha dignidad repliqué:

—Muy bien. Ya me contarás cómo te ha ido en tu gran noche.

Tuve el tiempo justo de llegar a casa, darme una ducha rápida y abrir una investigación en la cocina para ver qué tenía para cenar. No había llegado aún a ningún resultado concreto cuando sonó mi móvil en algún lugar remoto de mi cuarto (el móvil, por definición, nunca está donde debe) que resultó ser el bol-

sillo de mis vaqueros, ahora hechos un nudo y arrojados (a veces le digo a mi madre «guardados») bajo la cama.

Por prisa que me di, no logré evitar que la llamada de Cris se perdiera. Estuve preguntándome durante un par de minutos si la llamaba o no. Si quería pedirme socorro, tal vez estaría mejor espabilándose sola. Si pretendía contarme sus triunfos sin mí, prefería no tener noticia de ellos. Pero entonces me acordé de Amador y corrí al teléfono. Le devolví la llamada y se puso al aparato la versión más desesperada de Cris:

—Te necesito, Cira, ¿puedes venir ahora mismo?

—¿Dónde estás?

—En casa de Amador. Mejor dicho: en su portal. Me ha echado.

—¿Te ha echado? ¿Tan mal lo has hecho?

—Encima no te cachondees. ¿Puedes venir o me busco la vida? —me pareció que sonaba realmente desesperada.

Yo seguía pensando en Amador y en mis cartas.

—Tardo un cuarto de hora —respondí.

La cena tendría que esperar. Caso temporalmente cerrado.

La encontré sentada como una gata sin dueño en un escalón de la calle, frente a la entrada del bloque donde viven mis tíos.

—Le he dicho que está bueno como un bollito y me ha echado —me explicó.

—¿Así, sin más?

—No. Primero me ha preguntado qué me gustaba de él y yo le he dicho que su nuez.

Debí dirigirle una mirada fulminante porque se apresuró a aclarar:

—No se me ha ocurrido nada más, así, a bote pronto. Además, es verdad. La nuez de los tíos me parece lo más sexy que tienen.

Iba a decirle: «Tía, tú eres idiota o qué», pero me abstuve. Puse cara de póquer (es decir, cara de nada en absoluto; esa cara que se te queda cuando te dicen que tu rendimiento escolar debe mejorar o que hoy no puedes quedarte a ver tu programa favorito) y seguí interesándome por lo que había pasado.

—Él me ha pedido que le dijera cosas menos tópicas, de esas que yo sé decir —contaba Cris, y yo sonreía para mis adentros pensando en el éxito sin precedentes que habían tenido mis cartas—, pero yo me he quedado en blanco, tía. No sabía qué contestar. Y él venga pedirme que le dijera esas cosas que le he escrito tantas veces y que me hacen tan especial. Y yo allí, mirándole como un pez en un acuario.

No pude evitar reírme en sus narices.

—Es una situación horrorosa, no te rías —dijo ella.

—Perdona —se me escapaba la risa por las comisuras de los labios.

—Entonces le he dicho que su culo también es precioso. Que es cuadrado y duro, como a mí me gustan.

—¿Y bien?

—Ha dicho que lo que yo necesito es un tío más mediocre.

Reí por debajo de la nariz. (Jujuju, algo así.) Le palmeé la espalda:

—Todo un éxito tu vuelo en solitario, compañera.

—¿No vas a echarme una mano?

Si no hubiera pretendido echarle una mano ya no me hubiera tomado la molestia de ir. Amador se lo merecía. Y tal vez yo también.

—No sé, no sé...

Me di el gustazo de no ceder a la primera. Hacerse de rogar a veces puede resultar muy gratificante. Al final, acepté.

—Muy bien, pero lo haremos a mi manera —ordené.

Cris no estaba esa noche para negarme nada, como habréis imaginado. Accedió a jugar con mis reglas.

—Llama al telefonillo —le ordené—, yo te iré dictando lo que debes decirle.

—¿Tú crees? ¿Y si se da cuenta?

—Muy bien, entonces me voy.

—No, no, espera; espera. Lo haremos a tu manera, de acuerdo.

—Llama al telefonillo.

Ella se colocó delante del aparato y pulsó el botón del piso de mis tíos. Contestó Amador.

—Soy Cristina —dijo.

—¿Se te han aclarado un poco las ideas? —preguntó mi primo, en un tono más de tristeza que de enfado.

—A mis ideas les viene bien de vez en cuando apartarse de ti —susurré casi al oído de Cris.

Ella me miró con extrañeza. Yo inquirí:

—Venga, pasmada, repítelo.

—A mis ideas les viene bien de vez en cuando alejarse de ti —dijo ella.

—Te he dicho apartarse, idiota —protesté—. A ver si prestas atención.

Cris asintió con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Amador.

—Porque a veces en tu presencia se aturullan y quieren salir todas de golpe. Y lo que pasa entonces es que no sale ninguna —susurré.

—Porque en tu presencia se... se... —se volvió hacia mí—, ¿se qué?

—A-tu-ru-llan —silabeé.

—...se *aturullan* y quieren salir todas de golpe. Y...

—Cris me miraba con cara de haber olvidado la lección.

—Y lo que pasa es que se quedan todas dentro y me duelen más —dije.

—¡Antes no has dicho eso! —se quejó ella.

—Tú repite y punto.

—Me estás haciendo un lío.

¿Tenéis una idea de lo muy difícil que es discutir sin levantar la voz? Y más cuando se tienen las ganas de gritar que yo tenía. No hubiera sido para decirle a Cris ningún piropo, precisamente.

—¿Qué te pasa? Te oigo la voz entrecortada, ¿estás bien?

—Es por la oscuridad. Hace que las palabras se dispersen —susurré.

—Pero tú me oyes bien claro.

—Es que las palabras suelen bajar mucho más rápido de lo que suben, ¿no lo sabías?

—Suben mejor desde hace un segundo.

Hasta aquí Cris repetía sin demasiadas complicaciones. Premio.



—Tengo que pedirte perdón por lo de antes —terció él—. No soporto escuchar según qué cosas. No de ti. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dicté, ya cada vez más despacio.

Cris fue capaz de repetir estas dos palabras sin mayores sobresaltos. Continué:

—Es sólo que no sé encontrar la forma de hacerte olvidar lo que ha pasado antes.

—Es sólo que no sé olvidar la forma de hacerte encontrar lo que ha pasado antes.

Lancé a Cris otra mirada asesina.

—Vas a estropearme el discurso —gruñí.

—Vas a estro... —le tapé la boca.

Menos mal que reaccioné a tiempo.

—Esto te lo decía a ti, merluza —la reñí.

Cris rió por lo bajo.

—Va a salir mal, pero nos lo estamos pasando teta —dijo.

—¿Qué dices? ¿Qué va a salir mal? —preguntó Amador a través del aparato, cada vez más desconcertado.

—Lo que me digo es todo lo contrario —seguí dictando—, nada puede salir mal estando aquí, tan cerca de ti.

Cris se disponía a repetirlo, con cara de gran esfuerzo retentivo, cuando Amador contestó:

—Seguro que no, mi niña, porque vuelves a ser tú la que me habla.

Por un momento no supe qué hacer. Amador acababa de contestarme directamente a mí. Tal vez levanté demasiado la voz, no lo recuerdo. El caso es que me

oyó, y ahora quienes estábamos hablando éramos él y yo. Aparté a Cris de su puesto frente al telefonillo y ocupé su lugar.

—¿Ah sí? —pregunté, para ir ganando tiempo, mientras pensaba qué decirle.

Aquello era totalmente nuevo para mí. Cris me hacía gestos para que la dejara responder. Yo le indicaba que permaneciera en silencio. Era mi gran oportunidad y tenía que aprovecharla.

—Antes estabas como trabada —siguió mi primo—, como si no te salieran las palabras o como si yo ya no te gustara.

—Siempre me trabo cuando estoy contigo. Precisamente porque me gustas cien gramos más cada hora. Por eso a veces no me salen las palabras.

—¿Quieres que baje?

—¡No!

—Pues sube, por favor. Tengo ganas de verte.

Cris ya se frotaba las manos pero conseguí retenerla un poco y salirme con la mía.

—Espera un poco, por favor. Aprovechemos esta ocasión que tenemos de hablarnos sin vernos. ¿No te gusta?

—Sí, pero es un poco raro hablar por aquí.

—Tal vez, y sin embargo es la primera vez que te hablo de verdad. Hasta hoy lo hacía a través de...

Por poco meto la pata. Cris me devolvió la mirada tumefacta.

—¿A través de qué? —preguntó Amador.

Menos mal que tengo los reflejos en perfecto estado de revista.

—A través de mi timidez. Y a veces del correo electrónico. Pero como soy una lunática sin remisión, la noche me sienta bien.

—Es verdad... lunas crecientes, ¿en qué cuarto está hoy la Luna?

—¿No la ves?

—Ahora no.

—Crece y crece.

—¿Sabes? Hasta me parece que tu voz es distinta.

—Y yo me siento distinta también. Por primera vez aquí, en la oscuridad, sólo tú y yo... Llevo toda la vida soñando con este momento. Si tú supieras cuántos años, cuántas noches caben en tantos años, y cuántas cartas te he escrito que nunca me atreví a mandarte, y cuántas veces al mirarte me moría de pena, y de rabia, y de vergüenza, y de lo mucho que me gustabas, de lo mucho que te quería...

—Nunca me habías hablado tan claro.

—Es verdad. Y pensaba que nunca tendría la ocasión de hacerlo. Ahora que ya tengo todo lo que quería sólo pido...

Se adelantó Cris, que escuchaba emboscada en las sombras (como se dice en las novelas malas) y que saltó más rápida que una liebre:

—¡Un beso!

Amador no se hizo rogar, creo que la propuesta le pareció bien.

—Claro que sí. No puedo negarte nada. Sube ahora mismo. Me muero por besarte.

Intenté retomar el hilo donde lo había dejado, pero ya las cosas sucedían demasiado deprisa.

—Sube, Cris, por favor. Sube lo más rápido que puedas —sonó el zumbido de la puerta, al abrirse.

Comprendí que no tenía nada que hacer. Mi tiempo había acabado.

—Sube, anda —le dije a Cris, con resignación.

Ella se coló en el portal a la velocidad del rayo. Yo me quedé sola abajo, imaginando qué cataclismo habrían provocado mis palabras y qué habría sentido yo si Amador me hubiese abrazado a mí y no a ella. Es el sino de mi vida: quedarme abajo mientras otros suben.

Me acordé de la cena y decidí volver a casa. Con el estómago lleno se sobrelleva mucho mejor el mal de amores.

Resultados del test lunático

(lo prometido es deuda):

Respuestas correctas:

1.d / 2.b / 3.a / 4.c / 5.a / 6.c / 7.b / 8.a / 9.b / 10.a

Evaluación:

De 8 a 10 aciertos: Tu cultura lunar es fabulosa. Felicidades. Podemos quedar un día y hablamos sobre ello.

De 4 a 7 aciertos: Lo tuyo no es grave. Algo has oído, algo has visto en la tele, pero en general la Luna y sus cosas no te interesan demasiado. Preocúpate sólo en caso de que te pase lo mismo con todo.

Menos de 4 aciertos: Alerta roja, chaval. O pasas de todo o no te enteras de nada. Te hace falta salir de casa, culturizarte, conocer gente y volver a hacer el test dentro de treinta días.

Bandeja de entrada

De: lunascrescientes@yahoo.es

Para: Amador

Asunto: Palabras encadenadas

Fecha: 10 de abril de 2002

Voy a matar el tiempo con las palabras encadenadas. ¿Tú sabes jugar? Se trata de construir una palabra con la última sílaba de la anterior. Pierde el primero que repita palabra.

Empiezo yo. Escojo una cualquiera...

Luna. Navegante. Telefonillo. Lógico.

(Bueno, me cargo un poco las reglas del juego, que para algo no me ve nadie.)

Copiar. Artemisa. Satélite. Te quiero.

(Huy, otra vez. Bueno, buscaré otra opción. A ver.)

Telaraña.

(Muy difícil.)

Tesón. Soniquete. Tele. Leal. Alegría. Amador.

(He llegado a donde quería. Tú. Volvamos a empezar.)

Dormitorio. Río. Ornitorrinco. Colorines. Nescafé. Festín. Tintín. Tintineo. Neonato. Tonto. Tozudo. Dolores. Reposo. Soportal. Tal cual (je, je). Cualquiera. Raspa. Paspartú. Tú.

(Otra vez estoy donde quería. ¡Al principio se ha dicho!)

Turbante. Telescopio. Pionero. Romántico. Corazones. Néstor. Torta. Tablero. Roto. Todo. Domingo.

Gominola. Lavanda. Damisela. Lastre. Trébol. Voltereta (¿me la pasas, *porfa?*). Tarima. Mano. Noche. Chesterton. Tongo. Gollete. Te quiero.

(Sí, sí, ya sé que lo he dicho, pero... Bueno, finge que no lo has leído. Lo retiro.)

Terrible. Bledo. Dote. Temor. Mortaja. Jarama. Manía. Amador.

(He repetido palabra. Has ganado. Como siempre.)

Habla Irene

Hay dos tipos de personas: las que se atreven y las que no. Las que se pasan la vida con los dos pies pegados al suelo y las que preferimos variar de vez en cuando. Hay tanto donde escoger que lo imperdonable es aburrirse: *snorkel*, parapente, *rafting*, *surf*, ala delta, paracaidismo, vuelo libre, escalada en roca, *fly-surf*, *snowboard*, paramotor, *puenting*, buceo con (o sin) botellas, esquí fuera de pista, *hidrospeed*, barranquismo, motos de agua... Todo es cuestión de tener un par de lo que hay que tener y un grupo de gente dispuesta a acompañarte hasta el fin del mundo. Yo tengo las dos cosas y soy, dejando al margen a Cira, la más lanzada de Las Lokas. Quiero decir, del grupo excursionista Todas a una, que es como nos hacemos llamar oficialmente. Nuestro lema es «Vivan Las Lokas ke kedan pokas». Somos solidarias, defensoras de la naturaleza, cultas y feministas. Todo chicas, por supuesto (porque los tíos suelen estropearlo siempre todo). Cualquiera que no cumpla uno de los cuatro requisitos indispensables (o que sea chico, claro) no resulta admitida. No sólo nos gusta la naturaleza, las principa-

les del grupo hacemos también teatro: Compañía Las Lokas. Somos una peña abierta a cualquiera que se atreva a seguirnos, y la capitana es —por méritos propios y por consenso— Cira. No hay nadie más loka que ella.

Ya conocéis, supongo, la postura de los adultos ante el tipo de actividades que a nosotras nos divierte practicar. Lo viven con ese sufrimiento remilgado que tan bien les caracteriza, pero que no les impide, cada vez que tienen ocasión, soltar puyazos del tipo:

—En lugar de hacer el cabra por ahí podrías ayudar más a tu madre.

(Advertencia: La segunda parte del enunciado es intercambiable por otros sintagmas verbales frecuentes, como: «estudiar más», «estar más en casa», «arreglar tu habitación más a menudo», o hasta «cortarte el pelo».)

El caso es que los adultos no suelen entender este tipo de deportes. Mi particular teoría es que con el paso de los años se van dislocando las neuronas, hasta que poco a poco dejan de hacer contacto y empiezan a ir cada cual a su bola. En esa fase están la mayoría de padres que conozco: han dejado de entender a sus hijos y al mundo en general y, en consecuencia, ni sus hijos ni, en general, el mundo, les comprende a ellos. Le llaman ley de vida, pero es un asco. (Problema para la ciencia: ¿La paternidad/maternidad conllevará algún trastorno hormonal que degenera en deficiencia mental?)

Ellos no tienen ni idea, por ejemplo, de lo que podríamos considerar conceptos básicos de los deportes

de aventura. No entienden que escojamos precisamente estos deportes, con lo arriesgados que son, la de peligros que encierran, lo lejos que hay que ir a practicarlos y bla bla bla y no se paran a pensar que los escogemos *precisamente* porque son arriesgados, encierran peligros y hay que ir a practicarlos a sitios lejanos y rarísimos donde ellos nunca pondrían los pies. Si quisiéramos seguridad jugaríamos al ajedrez. Si quisiéramos estar cerca de ellos sacaríamos partido a las bonitas instalaciones deportivas del barrio. No saben por qué te mezclas con esas temerarias suicidas a quienes siempre considerarán una mala influencia, y no imaginan que ése es exactamente el concepto que de mí tienen los padres de mis amigas, y que yo soy la más temeraria y suicida de todas ellas. Que todo eso es un decir, claro, porque para lograr un buen subidón de adrenalina está muy bien tirarse de un puente, por ejemplo, pero estrellarse en un peñasco allá abajo es algo que no le sube la adrenalina a nadie. Quiero decir: el peligro forma parte de ello como de la vida misma, pero no es el objetivo en sí mismo. Hay que resignarse: explicarle todo esto a alguien que nunca te entenderá es realmente agotador.

Y, claro, la verdad les aterra. Les da tanto miedo que ni siquiera te dejan acabar la frase. Sí, sí, me estoy refiriendo a *esa* frase, la que todos los jóvenes hemos pronunciado alguna vez, casi siempre con resultados catastróficos: «Mi vida es mía y hago con ella lo que quiero». Y es que los padres consideran que somos suyos, que pueden gobernarnos a su antojo y que nuestro papel en la vida es obedecer sin rechistar, ha-

cer siempre las cosas «por nuestro bien» (buf) y ser modélicos, disciplinados, horteras, aburridos, casi robots. Pues no. Yo me niego a hacer las cosas sólo porque alguien me lo dice. Si quieren convencerme de algo, estoy dispuesta a razonar. Si no, les soltaré tantas veces como sea necesario mi mejor arma: la frasecita que tanto les fastidia porque es verdad. La verdad es insoportable, ya lo dicen los guionistas grandilocuentes.

Entierro el hacha de guerra. ¡Ah, colegas!, antes de que estéis peligrosamente de acuerdo conmigo os recuerdo una cosa: nosotras también seremos madres. Y estos chavales con buen culo a los que exigimos que se depilen antes de salir con ellos serán padres de nuestros hijos. Y nuestros hijos también nos encontrarán (a ellos y a nosotras) aburridos, anticuados e irracionales, por mentira que os parezca. A ver cómo lo haremos entonces.

Me estoy yendo por las ramas.

Cualquiera que haya oído hablar alguna vez de deportes de agua sabrá que Tarifa es algo así como una de las capitales mundiales del *surf*, el *fly-surf* y todo lo relacionado con las olas y el viento. A Cira se le ocurrió aquella excursión como a principios de febrero. Queríamos ir en Semana Santa, pero se nos complicó la cosa y tuvimos que buscar una alternativa rápida. Hay que aprender que en este tipo de deportes las alternativas rápidas nunca funcionan. Al final, terminamos escalando en Huesca, como siempre, durmiendo

en un albergue juvenil que por no tener no tenía ni conexión a Internet y aguantando un tiempo horrible que terminó aguantándonos la fiesta. Cris no pudo venir con nosotras porque tuvo que irse con su familia a Estambul. Y no fue la única ausencia. Corrijo: en realidad sólo fuimos Cira y yo (menudo equipo), y regresamos hartas de ver la tele en el albergue y de no poder hacer nada por evitarlo.

Para que no se repitiera la historia empezamos a montar lo de Tarifa con mucho tiempo. Hablamos con todo el mundo, lo planeamos al milímetro: en cuanto terminaran las clases nos montaríamos en un *bus*. Dormiríamos en un *cámping* maravilloso, con piscina y sauna, entre otros lujos. Todo un sueño hecho realidad. Tendríamos a nuestra disposición un monitor morenazo (vimos su foto en la red) que nos daría dos horas y media de clase diarias para que aprendiéramos a controlar la cometa, el arnés, las abrazaderas y todo aquel arsenal de artilugios que se necesitan para volar en una tabla por encima del mar. Y todo eso durante doce fabulosos días. Lejos de los padres, de las obligaciones, de los estudios y de todo el mundo civilizado conocido hasta el momento. Libres, qué maravillosa palabra.

Por una vez hicimos las cosas bien y fuimos de absolutamente legales, con carné de campistas y todo. Cira reservó las plazas para las clases. Habíamos conseguido un grupo de trece personas. Alguien hubo que dijo:

—Mal número. Pasaré algo.

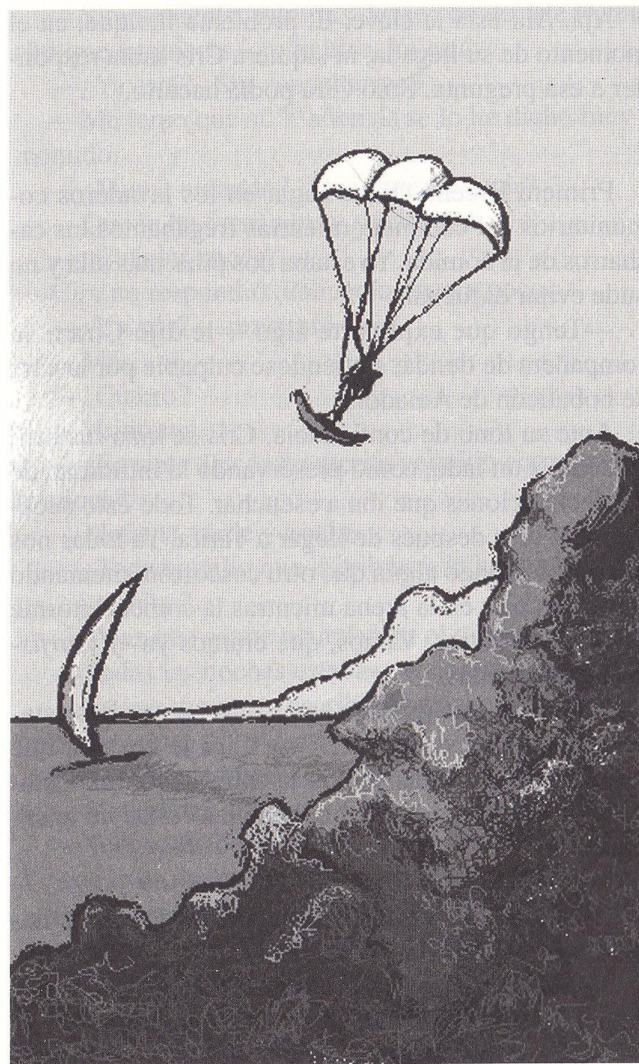
Pero, claro, no le hicimos caso. Estábamos dema-

siado eufóricas para pensar en que nada se torciera. De ningún modo podíamos imaginar que nuestra aventura terminaría tan mal.

He dicho que el riesgo forma parte de los muchos alicientes de los deportes extremos. Lo que no he dicho es que para practicarlos hay que ser muy responsable. Mucho más responsable de lo que eres cuando sales a la calle todos los días, o cuando ejerces de canguro del vecinito del segundo, o cuando estudias aunque no tengas ganas porque tú conoces los motivos que tienes para hacerlo. Mucho más que todo eso. Cris no lo fue. Se comportó como una cría. Y pagó un precio altísimo.

Nuestras normas (las de Las Lokas) son muy claras con respecto a los chicos: no pueden venir y punto. No queremos especímenes del sexo masculino en nuestro campamento. Jamás. Bajo ningún concepto.

El primer error de Cris fue contravenir esa norma, que nadie nunca había violado. Amador llegó a nuestro campamento, echó a Cira de su tienda (la compartía con Cris. Tres, me temo, hubieran sido multitud) y decidió instalar allí a Amador por la cara. Menos mal que la cosa no prosperó y en seguida hubo broncas, porque tolerarle aquello hubiera sido peor. Pero en seguida llegamos a esa parte de la historia. Antes debemos responder a la pregunta (fundamental, en este caso): ¿por qué motivo Amador, que es poco aficionado a los viajes, dejó sus cosas y se presentó en Tarifa por las buenas?



Ajá. Ahí está la clave. El problema fue que, en el momento de su llegada, ni siquiera Cris sabía responder a esa pregunta. Sólo Cira podía hacerlo.

Primera Escena. Tiene lugar en los lavaderos comunitarios del camping, mientras fregábamos los cacharros de la comida. Yo estaba dos pilas más allá y no pude evitar escuchar.

—Tengo que explicarte algo —le dijo Cira a su compañera de tienda, sintiéndose culpable por la cara de bobalicón de Amador.

Ante su tono de confianza, Cris se hizo instintivamente a un lado, como preservando la intimidad de las declaraciones que iba a escuchar. Todo esto sucedía siete días después de llegar a Tarifa. Ya todas nos habíamos pegado algún que otro coscorrón intentando clavar los pies en la arena mientras la cometa enorme tiraba de nosotras. Vamos, que éramos ya «*flysurfistas*» consumadas.

—Resulta que durante estos días en que has estado separada de tu chico... —a Cira le costaba que salieran las palabras y Cris la miraba con expectación—. Vamos, que si te habla de las cartas no te extrañes.

—¿Qué?

—Que no metas la pata diciéndole que no le has escrito.

—¿Le he escrito?

—Le has escrito. Más de lo que imaginas.

—¿Cómo?

—Simplemente, intuí tus deseos de decirle lo mucho que le quieres... y lo hice. Ya está.

—¿Ya está? ¿Sin consultarme?

—Me temo que sí. Y además se lo he dicho muy a menudo.

—¿Muy a menudo? ¿Qué quieres decir?

—Que le he escrito muy seguido.

—¿Cuántas veces?

Cira no respondió. Palidecía poco a poco.

—¿Un par? —preguntó Cris.

—Más.

—¿Cuatro?

—Veintiuna.

—¿En siete días le he escrito veintiún correos electrónicos?

—Mañana, tarde y noche...

—¿Todo aquello que escribías a la luz de la linterna, en tu bloc?

—Y las que se me ocurrían en el cibercafé.

—Todas las noches estabas escribiéndole...

—Es que me gusta escribir de noche antes de dormir.

—Ya. ¿Y por qué?

—Me aburro, si no.

—Venga, tía, no me digas eso. No se lo traga nadie. Y ¿qué le he dicho en tantas cartas? Si se puede saber.

—Un poco de todo. Básicamente, que le quieres. De todas las maneras que puedas imaginar. Si quieres te dejo ver el bloc.

Cris tenía la mirada fija en un punto lejano del horizonte. Cira continuó:

—También le he contado cosas del campamento, de nuestro cursillo, de esta ciudad. Ya te digo, un poco de todo.

—Ya te digo —repitió Cris, antes de preguntar—: Oye, Cira, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Tú en realidad le quieres, ¿verdad?

—¿A quién?

—A quién va a ser. A tu primo. A Amador. Dime la verdad.

—Menuda tontería. ¿Por qué lo preguntas?

—Dime sólo sí o no. ¿Le quieres?

—Eso no es lo importante. Lo importante es que él te quiere a ti, y eso no va a cambiar, así que sería estúpido por mi parte hacerme ilusiones. Estúpido y poco realista.

—Si no le quisieras no te habrías tomado tantas molestias.

—Qué va, pero si ahora tengo un lector. Y no un lector cualquiera, sino uno muy interesado. Es lo único que buscamos quienes escribimos.

En ese momento llegó Amador.

—No le digas nada —le pidió Cira—, aprovecha la situación.

No hubo tiempo para continuar la charla. Lo que sigue, que es la Segunda Escena, lo escuché, con premeditación y alevosía, después de fingir que me iba y colarme por el otro lado de las piletas, sólo para espiar. (Comprenderéis que yo tenía que saber en qué

quedaba todo aquello. Lo digo como disculpa, claro está.)

A juzgar por su tono de voz, Amador parecía muy emocionado.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Cris, a bocajarro—. No lo entiendo.

—¿Cómo que no lo entiendes? Quería verte. Verte y hablar contigo cara a cara. El correo no era suficiente. No para esto.

—¿Sólo eso?

—Y pedirte perdón.

—¿Pedirme perdón? ¿Por qué?

—No podía quedarme en casa después de leer tus correos. ¿Los has contado? Son muchísimos. Y qué cosas dices. No podía estar separado de ti ni un día más. Me he gastado los ahorros en un billete de avión. Quería darte una sorpresa.

—¿Y todo eso por unas simples cartas de amor?

—¿Simples? ¿Qué dices? Tus cartas son fantásticas. No digas que son simples. Son lo más bonito que he leído nunca. Y da la casualidad de que son para mí. Y que se nota que las ha escrito una persona que me quiere de verdad. Nunca me había sentido así. Es genial.

—¿Así, cómo?

—Querido.

—¿Tanto se nota?

Cris sonaba cada vez más apagada y Amador cada vez más eufórico. El contraste resultaba un poco extraño.

—Se nota con sólo empezar a leerlas. De eso no

hay duda. Es el mismo tono que el de aquella noche, cuando me hablabas por el telefonillo, ¿te acuerdas?

—Claro.

—Pues es por eso por lo que quería pedirte perdón, Cris. Por haberme fijado en ti, al principio, sólo por tu físico. Me gustas mucho más por dentro. Me gusta más tu alma.

—¿Qué significa? ¿Qué me querrías aunque no fuera guapa?

—Por supuesto que te querría.

—¿Aunque fuera horrorosa?

—Aunque diera miedo mirarte. Yo vería más allá de lo que ven los demás.

Cris calló unos segundos. Luego dijo un lacónico:

—Comprendo.

Y creo que se fue de allí, dejando a Amador un poco perplejo por el efecto que su sorpresa y su parrafanda habían causado en su novia.

TERCERA ESCENA. (Nota: de ésta tengo noticias por Cira, de modo que lo que aquí vais a leer es una especie de transcripción / reconstrucción / seudoinvención. Bueno, la realidad no debió de ser muy diferente, estoy segura.)

Pasó en la tienda de Cris, donde (se suponía) que dormían Cris y Cira. Era una de éstas tipo iglú pero más grande, como para cuatro personas. Da igual, esas tiendas son para liliputienses. Seguro que nunca se había visto hasta ese momento una conversación más importante en un sitio más pequeño. Las que hablan son Cris y Cira.

—No me quiere —le dijo Cris.

—¿Qué dices?

—Te quiere a ti. De verdad.

—Eso no puede ser.

—Quiere a mi alma. Por lo tanto, te quiere a ti.

—¿En serio?

—Me lo ha dicho él. Creo que debes declararte.

—No.

—No seas tonta. Declárate.

—No puedo, ¿no me has visto?

—Me querría igual si fuera fea.

—¿Te lo ha dicho?

—Si fuera espantosa, horrible, también. Eso ha dicho.

—Te ha dicho...

—Sí.

—Venga, eso son bobadas típicas de tíos. Seguro que si mañana te volvieras fea se enfadaría conmigo.

—Lo veremos. Tienes que decírselo.

—¿Decirle qué?

—Que le quieres. Que escoja entre tú y yo. Es la única manera.

—No puedo decírselo.

—Estoy harta de esto. Tienes que atreverte. Quiero que me quiera por mí misma o que no me quiera en absoluto.

—Te has vuelto loca. Vas a romper el juego.

—Ya no quiero jugar a esto. Voy a llamarle.

—Piénsalo.

—Lo he pensado muy bien —salió de la tienda, echó un vistazo, levantó la voz—: Amador, ven un momento.

Amador se acercó.

—Tu prima tiene que decirte algo muy importante.

—¿Ah sí? Qué misterio, ¿qué es?

—Pasa, está ahí dentro.

Y Amador pasó.

Cris se detuvo un momento mirando hacia el iglú. Luego desapareció. Así, sin más. De pronto nadie sabía dónde estaba, nadie recordaba haberse despedido de ella, nadie la había visto marchar.

Bandeja de entrada

De: lunascrecientes@yahoo.es

Para: Amador

Asunto: Primera noche en el fin del mundo

Fecha: 21 de julio de 2002

Ya hemos instalado las tiendas. El *cámping* tiene algunos lujos pero en el fondo es tan aburrido como todos los *cámpings*. No entiendo a esta gente que se pasa horas tomando el fresco a la entrada de su tienda, como si la contemplación del paisaje les hubiera hipnotizado. Tampoco entiendo a éstos que se traen la cocina, las ollas, la bombona de butano y hasta los cucharones y se ponen a cocinar aquí como si estuvieran en sus casas. Para eso que no salgan de allí y se ahorrarán muchas molestias. Yo creo que, en realidad, odio el *cámping*. «¡Jojojójó, ¿y entonces qué haces aquí, Bubu?», preguntaría el oso Yogui. Pues muy sencillo: Estoy aquí sólo porque no puedo pagarme un hotel de cinco estrellas, que es para lo que de verdad he nacido. A mí lo que me van son los *jacuzzis*, los baños con bidé, las camas extragrandes, el mini-bar y el teléfono al lado del váter, para hablar al mismo tiempo que llenas la naturaleza de residuos biodegradables. Ya sé que la escatología no es lo tuyo, pero a mí eso de tener que recorrer medio campamento para encontrar un baño me pone enferma. ¿Soy muy señorita? Sí, dime que sí. Ya lo sé.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que me ha toca-

do de compañera de cuarto a la pesada de Cira, que cuando se cansa de dar órdenes se tumba a leer y no hay quien le dirija la palabra. Es como si se encerrara en una burbuja de cristal. A veces creo que nadie la soporta, pero que le siguen la corriente porque tiene empuje (eso que llaman dotes de mando) y es divertida. No sé, tal vez te molesta que hable así de ella. Después de todo, aunque no os vea muy unidos y nunca me digas lo que piensas de ella, es tu prima, ¿no? Me gustaría conocer tu opinión al respecto.

Bueno, y ahora el plan para estos días. ¿Me echas de menos? Voy a recetarte un remedio contra la nostalgia: tres correos al día, uno después de cada comida, y tus dolencias pasarán como si tal cosa (si no pasaran, me avisas, y doblaremos la dosis). Menos los domingos, en que el café Internet abre más tarde, te escribiré puntualmente. Tú con que respondas a una de mis cartas de vez en cuando es suficiente. Ya sabes que nunca me canso de escribirte. Ni de hablarte, pero parece que es más fácil sin mirarte a los ojos. No sé, locuras mías. Cualquiera día te soltaré un discurso sobre lo complicadas que son las relaciones y con lo poco que algunas personas son capaces de conformarse. Ahora no viene a cuento. Ahora me voy a volar, como Ícaro, que nunca recuerdo si es hijo o padre de Teseo. Espero tener más suerte que él, en cualquier caso. Ya te contaré.

Hasta dentro de un rato.

C.

Post Scriptum (qué pedante): Se recomienda digerir esta carta despacito, releerla como máximo dos veces antes de echarla a la papelera, no tratar de encontrarle sentido (ni a ella ni a mí), pensar que me gustas más que los Donuts de chocolate, los plátanos con pan, la leche merengada, la tortilla con azúcar, la doble hamburguesa picante con extra de queso... ¡Buf!, me callo para no engordar más.

Bandeja de salida

De: Amador

Para: lunascrescientes@yahoo.es

Asunto: Cira, Ícaro y yo

Fecha: 21 de julio de 2002

Me río con tus mensajes. Me encantan. Es sorprendente: escribiendo tienes otra personalidad. De hecho, pareces otra persona. Quien jamás haya leído un mensaje tuyo y sólo te conozca de verte por ahí puede pensar que eres una chica apocada, tímida, incluso del montón. Quiero decir vulgar. Seguro que Cira, por ejemplo, se pregunta qué es lo que me atrae tanto de ti. Lo digo como un cumplido, aunque creo que me estoy liando. Quiero decir que me gusta ser el único que conoce esa faceta tuya, me hace sentir especial. Todo esto te lo digo para animarte a que me escribas todo lo que quieras. Tomaré mi medicina para la nostalgia, doctora, pero no le aseguro que me cure en absoluto. Al contrario: corro el riesgo de estar más nostálgico cuantas más cartas reciba. Avisada quedas, luego no te sorprendas de las consecuencias.

Servicio de aclaración de dudas mitológicas: Me temo que tienes un pequeño lío con el parentesco de Ícaro (no me extraña, la verdad, lo de los mitos griegos es como un culebrón antiguo). Ícaro, el de las alas de cera (hay que ser burro), que quiso volar demasiado alto para sus posibilidades, era hijo de Dédalo. Dédalo era arquitecto, o escultor, o no se sabe muy

bien qué, porque tanto hacía vacas como laberintos. El caso es que fabricó en Minos, que es una ciudad de Creta, un laberinto para el Minotauro, un bicho muy malo que todos los años se tenía que comer a no sé cuántos jóvenes de la ciudad (vaya una gracia: «Señora, venimos a informarle de que su hijo mayor va a ser mañana el primer plato del bicho»). El laberinto era famoso porque estaba formado por un conjunto de galerías de las que, una vez dentro, no se podía salir (más o menos lo mismo pasa hoy día con los macrocentros comerciales) y lo único en común que tuvieron Ícaro y Teseo a lo largo de su vida fue el haber estado alguna vez en ese interesante lugar. Teseo, hay que decirlo, mató al bichejo (pero eso ya lo sabe todo el mundo).

Nota: ¿Te he contado que un amigo de mi padre le puso Ícaro a su hijo y Artemisa a su hija? Como detalle curioso, el perro de la familia —un caniche gigante negro— se llama María Asunción.

Servicio de aclaración de dudas familiares: No me molesta que me hables de Cira. Es mi prima y le tengo mucho cariño. De hecho, tengo que confesarte un secreto: antes de que os marcharais a Tarifa le pedí que cuidara de ti. Sé que eres, por este orden: a) una cabeza loca y b) una principiante, y ambas cualidades aunadas en la misma persona (que además, casualmente, es mi chica) me daban pánico. Así que si Cira duerme en tu misma tienda es porque yo le pedí por favor que se comportara contigo como tu hermana mayor. No te lo digo para que te sientas mal, sino para que pongas a cada una en su sitio. A veces un pequeño detalle di-

ce mucho más de una persona que una gran acción. No conozco a mucha gente como ella.

Por otra parte, estoy de acuerdo contigo en que las «grandes acciones» de Cira son propias de una temeraria, indiscreta, exagerada y hasta antipática persona que cada vez tiene menos amigos. Dicho con palabras menos complicadas: Cira está como una cabra. Y creo que ya no tiene remedio.

Pero, ¿qué hacemos hablando de Cira?

Prométeme varias cosas.

Primera: Que te esforzarás por llegar todos los días a hacer pipí en el váter (no vale hacerlo en árboles, detrás de los coches o en un matorral donde nadie te vea). Por favor, no pierdas tus sanas costumbres de niña pija, por lo que más quieras. Algún día nos meteremos juntos en el *jacuzzi* de la *suite* nupcial de algún hotel de cien estrellas.

Segunda: Que dejarás que Cira te cuide. Esto incluye no hacer como Ícaro para no terminar como los chavales que servían de aperitivo al bicho cretense.

Tercera: Que seguirás escribiendo tanto y tan bien. ¿Conoces algún modo de desintoxicarme de la adicción a ti que me está entrando? Soy un *cristinómano*.

No me despido porque no me voy. Estaré por aquí.

Amador

Habla Cira

—Tu prima tiene que decirte algo muy importante —había dicho Cris antes de irse.

Sentí como si el Polo Norte estuviera en mis manos y como si acabaran de implantarme un estropajo en la garganta. Amador entró en el iglú con la misma cara que los jóvenes de Creta debían de entrar en el laberinto. La verdad es que en aquel momento yo también me sentía un poco Minotauro. Se sentó sobre mi colchón hinchable y preguntó:

—¿De qué va esto?

Ajá, pensé yo. Ésa es una muy buena pregunta. ¿De qué va esto? Ojalá pudiera decírselo, pero era incapaz. Nunca había sido tan incapaz de responder a un planteamiento tan corto. Nunca una pregunta tan sencilla había necesitado una explicación más larga.

Decidí ahorrarme frases de ésas que siempre utilizan en las películas, del estilo de: «No sé por dónde empezar», «Es una larga historia», «Todo comenzó cuando...», etcétera. También descarté decírselo de

sopetón, como si quisiera darle un susto para quitarle el hipo. Por ejemplo: «Las cartas las he escrito yo porque estoy enamorada de ti desde niña.» Tampoco me pareció apropiado empezar con una moraleja de las que suelen soltar los padres cuando van a contar algo desagradable. Hubiera sido algo así: «Tú que has leído tanto sabrás que lo esencial es invisible a los ojos, ¿verdad? Pues bien...» Por último, no me pareció bien que la conversación tratara primero de algunos temas sin importancia, para luego ir adentrándose en los que sí nos interesaban: «Qué tiempo más bueno tenemos, ¿eh?» o «Hay que ver qué calor hace» o «¿Es la primera vez que vienes a Tarifa?». De modo que, de tanto descartar unas opciones y otras, allí estaba Cira, muda y pasmada como una cabina telefónica (de las de antes, porque ahora ya casi no se ven cabinas telefónicas, por lo menos en Madrid) y allí estaba Amador, mudo y pasmado como otra cabina telefónica.

Imaginaos la escena: Yo miraba a Amador con cara de angustia (¡socorro, no sé cómo empezar!, debían de decir mis ojos) y Amador me miraba a mí con cara de preguntarse qué sería aquello tan grave que iba a comunicarle. De hecho, no estaba equivocado: lo que iba a comunicarle tendría efectos devastadores. Eso también me daba miedo: su reacción. ¿Qué haría?

Analicemos este punto más detalladamente.

De entre las posibles reacciones de Amador yo barajaba, digámoslo así, dos grandes grupos:

- a) Las racionales.
- b) Las descabelladas.

Entre las primeras no imaginaba grandes sorpresas. Si la cosa hubiera ido por ahí, Amador podría:

- 1) Haberme creído.
- 2) No haberme creído.
- 3) Haberme mandado a freír espárragos.
- 4) No haberme mandado a freír espárragos.
- 5) Haberse enfadado/disgustado.
- 6) No haberse enfadado/disgustado.
- 7) Otras reacciones (inimaginables en este momento).
- 8) Cualquier combinación de las anteriores que podáis inventar.

Las reacciones descabelladas ya son más difíciles de prever, pero si intento ser sistemática puedo suponer un par de grandes subgrupos:

- 1) Huir de mí (sin decir nada, insultándome, yéndose a hacer *fly-surf* con Cris, desintegrándose, volviéndose invisible, después de asesinarme).
- 2) Quedarse conmigo (besándome, abrazándome, proponiéndome matrimonio, agarrándome de la mano, jurándome que me quería, mordisqueándome el lóbulo de la oreja, rascándome la espalda... Hummmm, qué sinfín de posibilidades tan genial. Y también —por qué no— estrangulándome, aporreándome, vaciándome un ojo, vaciándome los dos ojos, rompiéndome las piernas, asesinándome, cortándome en pedacitos...).

No sé si alguna vez habéis estudiado el cálculo de probabilidades. Es algo así como una especialidad

de las Matemáticas que se centra en calcular cosas que no pueden calcularse, como por ejemplo, cuántas veces puede una gota de lluvia salpicar un mismo punto de un cristal durante una tormenta o (más visto) cuántas veces puede salir un mismo número al tirar una pareja de dados (es imprescindible que no estén trucados).

En aquel momento, mientras estaba con Amador, el cálculo de probabilidades llenaba toda mi cabeza, se dilataba hacia el cuello y empezaba a invadir la raíz del pelo, rezumaba por mis orejas, asomaba a mis fosas nasales y hasta podía sentir su regusto dulzón en el paladar. Cálculo de probabilidades en ebullición, intentando descifrar qué de todo aquello sería lo que haría Amador cuando yo le confesara lo que iba a confesarle.

Pero regresemos a nuestra escena: Amador me mira; yo miro a Amador. El cálculo de probabilidades bulle en mi cabeza y en la suya vete a saber qué bulle, algo así como: «¿Por qué me habrá tocado una prima tan idiota?»

En éstas, Cira rompe el silencio para preguntar qué le ha dicho Cristina.

Él no medita su respuesta. Dice:

—Que tenías algo importante que decirme. ¿Qué es?

Yo intento esquivar el golpe con vaguedades: que ya la conoces, que Cris siempre le da a todo más importancia de la que tiene, que es muy suya... Él no parece muy convencido.

—Creo que no me cree —dice.

Yo le pregunto a qué se refiere. Él explica:

—Le he dicho que la querría incluso si fuera fea, pero no sé... ¿Crees que puede estar enfadada por eso? A mí me parece un cumplido.

Le hago repetir lo que acaba de decirme. Lo hace:

—Sí, incluso si fuera fea.

Le pregunto qué pasaría si fuera horrorosa.

—También la querría si fuera horrorosa.

Le pregunto si fuera atroz.

Dice él, muy seguro de su respuesta:

—Incluso desfigurada.

Me hago la incrédula. Corrección: no me lo puedo creer. Estoy incrédula perdida. Él se mantiene en sus trece:

—La verdad. No me importa cómo sea.

Le pregunto qué pasaría si con sólo verla la gente se riera. Responde:

—A mí nunca me daría risa.

Pregunto si la querría igual.

—Un poquito más cada día. ¿Tan raro te parece?

Le contesto que no puede ser. Bueno, tal vez lo digo para mis adentros, pero en voz alta. Puede que se me escape, pero no hay para menos: estoy atónita, patidifusa. Amador contesta:

—¿Qué es lo que no puede ser?

Le pregunto qué pasaría si tuviera una nariz ridícula.

—Que sí, prima, que sí. También. ¿Qué quieres que te diga?

Le digo que nada. Es la verdad. Ya no puede añadir nada. Estoy tan sorprendida que no sé qué contestar. No tengo ni idea de cuál es la siguiente frase que

debo pronunciar. Me siento como la primera vez que descendí con una cuerda por una pared de roca. El instinto te dice que te sujetes con las manos, pero si lo haces sueltas la cuerda que te sostiene y caes. Tu razón tiene que ganarle a tus impulsos, y eso no es fácil. Lo normal es que te quedes paralizado, completamente incapaz de mover ni un músculo. En este momento me pasa a mí exactamente igual frente a Amador, frente al amor de mi vida, intentando encontrar la frase que me dicta el instinto a la vez que esquivo las órdenes de mi razón, nada acostumbrada a este tipo de argumentos. Me he quedado muda. Completamente en blanco.

—¿Qué te pasa, prima? Me estás asustando —pregunta él.

Al final lo logro. Reúno el coraje suficiente. Inspiro, lleno de aire los pulmones, y consigo empezar a hablarle de las cartas. Le pregunto si se acuerda de la noche del telefonillo y si recuerda alguna de las cartas de Cris. Quiero demostrarle de quién era la voz extraña que oyó aquella noche.

—Claro que me acuerdo. De aquella noche y de las cartas. Incluso me sé alguna de memoria.

Le pregunto si realmente las cartas valen tanto la pena y su respuesta me deja con la boca abierta:

—Mucho más. Te las enseñaría si no fueran tan privadas... Pero mejor no, no quiero que la escritora que llevas dentro se muera de envidia.

Le prometo que no me moriré de envidia y le pido que me recite alguna de las cartas que se sabe de memoria. Me encantaría que lo hiciera.



—Que no. Hay cosas que son sólo de dos y no pueden compartirse —dice.

Pienso que si él supiera hasta qué punto ha compartido Cris sus maravillosas cartas se quedaría de una pieza. Mientras tanto, sigo buscando el modo de decirle lo que tengo que decirle. No es nada fácil.

Voy a hacer una confesión. Las que no somos guapas (y aquí entra toda la gama, desde las patosillas a los espantajos, pasando por las feúchas, las poco agraciadas, las desaliñadas, las imperfectas, las desfiguradas, las horrendas, las repulsivas, las mamarrachas, las bicharracas o las cara de cuadro de Picasso) no estamos muy acostumbradas a que nos echen los trastos. Es más, la sola idea de que alguien pueda querer algo de nosotras nos pone muy nerviosas. Lo mismo nos sucede cuando quienes abordamos somos nosotras. La falta de práctica hace que seamos lentas y más bien torpes, que no encontremos ni la palabra ni el momento oportunos y que fracasemos casi siempre, lo cual nos vuelve más inseguras y más torpes todavía.

Habéis adivinado: aquella tarde fracasé en mis propósitos con Amador, pero juro que no fue por mi culpa. No sólo por mi culpa, por lo menos.

Simplemente, pasó lo que no sucede jamás en ningún camping (o sólo muy de tarde en tarde): hubo una amenaza de bomba. Desde el principio me pareció una falsa alarma, pero cualquiera se atreve a comprobarlo. La orden de la policía fue desalojar las tiendas lo más deprisa posible. La alarma nos interrumpió la conversación en el punto en que la hemos dejado, nos echó del iglú y nos obligó a recoger las tres cosas in-

dispensables o de valor antes de seguir a los que salían del camping. La gente se desperdigó a gran velocidad: algunos acudieron a la policía en busca de información. Las Lokas preferimos quedarnos por allí, merodeando por si pasaba algo divertido, y elegimos el bar Manolo's, especialidad en calamares y pulpos, para tomarnos unas cañas y charlar del tiempo. Amador no vino porque prefirió ir en busca de Cris, que había desaparecido sin dejar rastro. Tampoco de mi conversación quedaron huellas. Ni de mis ánimos para volver a intentarlo, si soy sincera. Llamadme tonta, si os parece, pero las feúchas somos así.

Fue una tarde extraña. Sobre las nueve de la noche se nos comunicó que podíamos regresar a las tiendas, que ni había ninguna bomba ni se había identificado a los autores de la llamada, que lo más probable era que todo fuera una broma de muy mal gusto de algún gracioso estival que no tenía mejores asuntos en los que matar su tiempo. Teníamos hambre y estábamos cansadas de no hacer nada (parece una contradicción, pero sé que entenderéis de qué tipo de cansancio espeso estoy hablando). Algunas habían decidido irse al cine. Amador había regresado con las manos vacías. Cris seguía sin aparecer y empezamos a hablar en serio de la posibilidad de organizar un equipo para ir en su busca. Y de la conversación que habíamos dejado a medias, Amador ni se acordaba. Yo sí, pero estoy demasiado acostumbrada a perder como para no resignarme a que esa vez no fuera una excepción.

Aquella noche fue muy larga. Formamos grupos de búsqueda. Fuimos a la playa, al pueblo, a los sitios donde solíamos comprar, echamos varios vistazos a las tiendas de alrededor, por si había por allí algún secuestrador en potencia. Pero nada. Cris no aparecía. Cuando ya lo habíamos dado todo por perdido y el último grupo regresaba de barrer por enésima vez las playas, vimos una sombra gris que se acercaba al iglú por el camino de gravilla. Ni siquiera dio las buenas noches. Se metió en la tienda, se acostó sobre su colchoneta de espaldas al mundo y cerró los ojos como quien echa las persianas.

Fuera nos quedamos todas las demás con cara de idiotas y el perplejo Amador, preguntándonos qué mosca le habría picado a Cris para volver a las cinco de la mañana, y en ese estado. Un estado, por cierto, que nadie llegaba a saber muy bien en qué consistía, además de en que no tenía ganas de charlar con nosotros.

Sólo yo lo sospechaba. Por eso cuando amaneció me apresuré a explicarle a la autista de Cris que no le había dicho nada a Amador de las cartas.

—Y a qué esperas para decírselo. No pierdas más tiempo —dijo.

Era inútil explicarle nada. Me limité a prometerle que lo intentaría esa misma tarde. Salíamos hacia nuestro cursillo de *fly-surf*. Cris y su novio no habían intercambiado ni dos frases, y él tenía el mismo aspecto que un perrito recién abandonado. No sabía qué hacer para ganarse la atención y el afecto de una Cris que estaba más esquiva que nunca, pero nada le daba resultado.

Llegamos a la playa con puntualidad. Nos esperaba el monitor con los equipos preparados. Todavía no estábamos listas para vuelos arriesgados. Nos informó de que aquel día el viento era traicionero y nos indicó las zonas que debíamos evitar. Luego empezamos las prácticas.

Y Cris decidió repetir la experiencia de la noche anterior, pero esta vez con cometa y tabla de surf. Una hora más tarde el monitor preguntó por ella. Cris se había propuesto desafiar al viento y a su inexperiencia. Cuando al cabo de un par de días se nos preguntó, ninguna de nosotras recordaba dónde estaba la última vez que la vimos viva.

Fue todo muy triste. Yo no volví a hablar con Amador hasta mucho, mucho tiempo después.

Carpeta: Borrador

De: Cira

Para: Amador

Asunto: Para nadie

Fecha: 3 de agosto de 2002

Este correo no es para nadie. Corrijo: este correo es para alguien que no va a leerlo. Sería más correcto decir: para alguien a quien no le voy a dejar que lo lea. Para alguien que ni siquiera lo va a recibir. Para alguien que, si lo recibiera, no lo contestaría (esto es de mi cosecha). O que si lo contestara, no diría lo que quiero oír de él (también es de mi cosecha). Me estoy liando.

Voy a empezar de nuevo.

Este correo es para ti, Amador, primo, amor de mi vida. Aunque esto último suene cursi, es la pura verdad, lamento si a alguien no le gusta. Es para ti y a la vez no es para nadie, porque no lo pienso enviar. Voy a guardarlo en mi carpeta de borradores hasta que un día me canse de verlo ahí y decida tirarlo a la papelería. Ya está, así de fácil. O así de triste, porque no sé qué sentido tiene escribir para nadie. Pero es que si no escribo, hoy exploto.

A ratos pienso cómo me hubiese gustado que siguiera nuestra conversación, aquella que terminó antes de comenzar porque un gracioso llamó al camping hablando de una bomba. Qué cosas tiene la ley de probabilidades, ¿verdad? Me gusta volver a aquel mo-

mento: tú, yo, los dos metidos con calzador en el iglú, sentados con las rodillas dobladas sobre los colchones, la lona de la puerta echada y movida por el aire, mirándonos fijamente a los ojos, como si tuviéramos algo importante que decirnos. ¿Recuerdas? Eso te dijo Cris: Cira tiene algo importante que decirte.

Me gusta imaginar qué hubiera pasado si llego a encontrar la manera de darte la noticia. Que me miras un momento como si no me vieras, intentando digerir los cambios que va a traer a tu vida conocer la verdad (siempre es así, la verdad tiene consecuencias que nos cambian), y que luego empiezas a hacer preguntas: «Entonces, ¿la noche del telefonillo...?, ¿la primera carta?, ¿las referencias a ti que había en las que me envió, o me enviaste, desde Tarifa?» Y me imagino contestándote a todas las preguntas con una seguridad llena de miedos.

La primera vez que me llamaste después de la muerte de Cris me hice ilusiones tontas. Creí que te habrías dado cuenta, después del dolor y del tiempo de asimilación, de que teníamos una conversación pendiente. Sin embargo, en seguida descubrí que tú no recordabas nada. Nada que no hiciera referencia a ella, quiero decir. Bueno, lo asumí también. Ya ves que soy buena encajadora, pero es que en parte yo sentía que esa dependencia tuya de Cris era un triunfo mío, un triunfo de las palabras que te escribí en las cartas.

De todo lo que me dijiste, lo único que me dio rabia fue aquello de que te iba a costar mucho acostumbrarte a vivir sin sus cartas. Me hubiera gustado tener el valor de decírtelo entonces, pero no quise desenga-

ñarte, ni traicionarla a ella después de muerta. Nunca fue amiga mía, pero estaba enamorada de ti, aunque me fastidie reconocerlo, y era sincera. Luego me pediste que te ayudara, que hiciera contigo de hermanita mayor, como cuando éramos unos críos, que te consolara, te divirtiera, y te contagiara mi empuje. Accedí, claro. A ti no voy a negarte nada, pero a ratos me siento ridícula en mi papel de animadora. Ridícula y muy triste. Más triste que nunca.

Alarma: peligro de inundación. Si la archinariz, la vicensapia, el rinopastiche se pone a echar mocos, va a inundar el café Internet donde estamos las dos y algunos ciudadanos más (todos de la Unión Europea, a juzgar por sus acentos). Por cierto, los de al lado me miran con cara de *aéstaquélepasa*.

Las penas tienen dos fases: la primera es la de no ver a nadie, no querer escuchar nada, sentirse sola en el universo y más desdichada que ninguna otra persona en la historia del mundo moderno. A algunos les da por beber, pero a mí sólo me gustan el agua con gas y la coca-cola. La segunda fase es la sentimental: llantos, mucha música, mucho cantar a voz en grito pensando que por fin alguien comprende lo que te pasa y luego darse cuenta de que todo era pasajero y poner el punto final. Yo aún estoy en la primera fase, pero noto que me acerco peligrosamente a la segunda.

Quien dijo que un correo electrónico nunca podría contener la mancha de una lágrima estaba, por fortuna, en lo cierto. Por suerte para mí, para la pantalla del ordenador y para los ciudadanos de la Unión Europea que me miran alarmados. Quienes teman por mi esta-

do mental no tienen de qué preocuparse: la Luna está llena. Luego, yo no soy del todo yo, o vivo sin vivir en mí o me ensimismo en mi mismidad o no me importa nada.

Basta, Cira. Cierra el correo, la carpeta, paga la media hora de navegar sin rumbo y vete a casa. Por una vez, creo que me doy la razón.

Un epílogo antes del final

Antes que nada me presento: soy la narradora de esta historia. Casi no me conocéis, porque mi papel se ha limitado a encauzar la acción, a buscar un arranque (Barbate, ¿recordáis?) y a ceder la palabra a los personajes para que cuenten sus cosas. Por eso nada de lo que os cuente sobre mí resulta importante. No hubiera vuelto a aparecer si ellos (los personajes) hubieran seguido contando, pero parece que ninguno se atreve a escribir el final de la historia. No me extraña: los desenlaces son muy complicados si se quiere ser un poco original y no caer en una de las dos soluciones más habituales. Boda o muerte. Y ninguna de las dos apetece mucho en este momento, la verdad.

Así que a mí me toca el desagradable cometido de rematar esto de alguna forma. Al contrario de lo que podáis pensar, yo no soy una de esas narradoras con afán de protagonismo, que nunca desaparecen del todo de lo que escriben. No. A mí me gusta pasar inadvertida, estar más allá de un segundo plano, como si la historia nada tuviera que ver conmigo, y decidirme a intervenir sólo cuando resulto imprescindible. Como

ahora, en que si no llego a aparecer os quedáis sin final. Eso sería tan terrible como dejar a alguien sin postre después de una comilona estupenda.

De manera que algo tendremos que hacer. Digo yo.

La única historia similar a ésta de la que tengo noticia terminó bastante mal. Les ocurrió no hace tanto a dos soldados franceses enamorados de la misma chica, que decidieron conquistarla de común acuerdo. Uno de ellos era muy guapo y el otro sabía escribir muy bien. Ella se llamaba como la protagonista de una canción de Police, pero me consta que Sting no pensó en ella cuando la compuso. El guapo murió en la guerra y el otro siguió rondando a la chica durante quince años, hasta que también murió. Eso sí: antes de morir logró que ella supiera su secreto y que le dijera que le quería mirándole a los ojos, lo cual fue mucho más de lo que él se atrevía a soñar. Así que murió después de haber cumplido lo que soñaba (lo cual es mucho, si lo pensáis bien). No sé por qué me impresionó tanto esta historia desde la primera vez que la oí. Tal vez porque era muy triste, o porque era muy bonita. O porque quien me la contaba lo hacía muy bien, con la intensidad con que sólo unos pocos saben narrar historias (aprendida a fuerza de contar y oír contar) y que a veces puede transmitirse de una generación a otra. La verdad, espero que así sea, porque esa narradora fabulosa se llama Claudia y es mi madre.

Os confieso que, después de conocer ese cuento, en algunas ocasiones en que me sentía un poco patito feo, me identificaba mucho con ese hombre que era inteligente pero poco agraciado. Yo misma fui, hace algunos

años, una Cira casi perfecta (aunque mucho más patosa y cobarde que ella) y ya me había resignado a eso cuando alguien me enseñó que la belleza no está en nosotros sino en los ojos de quien nos ve (también me fui quitando de encima algunos complejos, pero eso sucede con la resignación y el paso del tiempo). No hay mejor modo de dejar de sentirse patito feo que conocer a alguien que ve en nosotros a un cisne. Si me pasó a mí, le puede pasar también a Cira.

Lo único que tengo claro es que esta historia no puede terminar tan mal como aquella de la que os hablo. Desde luego, no va a morir más gente. Espero que estéis conformes, aunque los que hayáis pensado otra cosa debéis saber que nunca llueve a gusto de todos (y que eso está bien). También tengo claro que a veces las narradoras (y los narradores) tenemos tendencia a hacer que nuestras historias le enmienden la plana a la vida. Si la vida es insulsa, escribamos otra. Si la vida es triste, inventemos historias que no lo sean. Historias, a poder ser, divertidas. Para que, llegado el caso, también nosotros podamos morirnos tan satisfechos como aquel soldado francés quien, por cierto, se llamaba Cyrano-Sabino-Hércules y era de Bergerac.

Además de estos pequeños detalles que tengo claros acerca del desenlace de este lío, todo lo demás se me aparece como en una nebulosa. Es grave que esto le pase a quien cuenta la historia, aunque no conozco ningún narrador (ni narradora) que no se haya sentido perdido en algún momento. Por eso se me ha ocurrido sacar la nariz al mundo en el que estáis vosotros, y desde el que os asomáis al mío por la ventanita abier-

ta de este libro, y consultaros. Preguntaros qué hay que hacer ahora con estos chicos en apuros. ¿Tiene que reaccionar Amador? ¿Tiene que seguir Cira tan recontraenamorada?

Si estuviéramos en un aula, o en cualquier otro lugar grande y frío, como un salón de actos, puedo imaginar a la perfección vuestras expresiones de *connigonova-pregúntalealdeallado*. Sé cómo funcionan estas cosas. Al cabo de unos segundos de enorme tensión —similares a éstos que transcurren en la tele cuando el presentador se queda colgado porque no entran las imágenes y que siempre se resuelven diciendo: «Bien, parece que tenemos algunos problemas técnicos...»—, entonces alguien se atrevería a tomar la palabra:

—Un final culminante —diría alguien—, con la máxima intensidad, sería Amador yendo a buscar a Cira en la noche, diciéndole algo corto que demostrara que significa mucho para él, como: «¿Por qué no me lo dijiste?». Y cuando Cira se dispone a responder, él le tapa la boca y le dice: «No digas nada», y la besa. Le da un largo beso en los labios. Y como banda sonora de fondo: *Serenade*, de Dover. Al menos no sería un final triste, que la vida ya lo es bastante como para que también lo sea un mundo inventado.

Otra mano levantada:

—Después de la muerte de Cris, la relación entre Amador y Cira se ha estrechado hasta el punto que Amador termina enamorándose de ella. No sabe si es correspondido o no hasta que una noche en que salen de juerga, Amador coge el micro en un karaoke y le dedica a Cira su canción favorita. Es otra opción.

Y otra más:

—Cira y Amador quedan para hablar sobre cómo se sienten después de la muerte de Cris y, en la emoción del momento, Cira le confiesa lo que siente por él. A Amador le incomoda la situación y se marcha precipitadamente.

Hemos de entender que ése sería un final abierto. O cerrado y triste. Tras unos segundos incómodos, otra voz toma la palabra:

—Amador comienza a ver poco a poco en Cira algo más que una prima, pero se niega a sí mismo esos sentimientos, porque piensa que con ellos está traicionando la memoria de Cris. Por su parte, Cira ya no aguanta más ese amor secreto y decide empezar una nueva vida lejos de él, aceptando un trabajo en otra ciudad. Al enterarse él correrá a su encuentro (hasta su casa, a la estación, al aeropuerto, no sé) y le declarará sus sentimientos («No podía dejarte marchar sin decirte...»). Es un poco peliculero, pero creo que los personajes se merecen un final feliz: ya han sufrido bastante.

Y todavía otra propuesta, la más rocambolesca y elaborada de todas:

—Cira quiere que Amador lo sepa de una vez por todas, pero no se atreve a decírselo a la cara. Se le ocurre escribirle un correo. Lo hace intentando que cada palabra sea la correcta. Se lo cuenta todo: cómo se siente después de la muerte de Cris, el tiempo que hace que le quiere... escribe un mensaje de amor verdadero, suspira y pulsa la opción «enviar»... Mensaje enviado a... ¡Noooooo! Se da cuenta de que no cam-

bió la última dirección que había escrito, la de su profesor de Matemáticas, a quien le había preguntado unas dudas. La vergüenza la consume. No sabe si enviar otro mensaje disculpándose. No, mejor no. Al día siguiente le llega la respuesta del profesor: a las cinco en su despacho (si es verano, en el club social del campus, o del *insti*). Aparece sin palabras, sin saber cómo explicarse, pero él empieza a hablar: «Hacía mucho tiempo que esperaba a que te decidieras. Pasa, pasa...». Ella alucina. Cuando entra encuentra allí a Amador y empieza a comprender. El profesor celestina les deja solos. Se lo explican todo. Amador quería a Cris, pero también a ella (creo que se pueden querer a dos personas al mismo tiempo) y bueno... se besan y tal.

Regresemos a la realidad.

No estoy con vosotros y me es imposible salir de estas páginas. Eso significa que tengo que espabilarme sola («¡Pues para eso eres la narradora, guapa!», pensaréis más de uno y más de una. Y tal vez tendréis razón.) Así que voy a ver si me las apañó.

Por ahora, haré mutis. A ver si ellos, los importantes, recuperan las ganas de hablar. Perdonad la introducción. Estaré por aquí, como si fuera el apuntador.

Habla Irene

Y pasó el tiempo. No mucho. O bastante, según se mire. Pasaron quince meses: unos 450 días, casi once mil horas, seiscientos cincuenta mil minutos y casi treinta y nueve millones de segundos. A Cira y a mí durante ese tiempo nos sucedieron cosas: tuvimos broncas en casa, avanzamos un curso más, engordamos en Navidad, el fin de año fue un fiasco, maduramos un poco, nos creció el pelo unos quince centímetros, nos encaprichamos de un grupo nuevo que al cabo de un mes ya no nos gustaba, planeamos excursiones diferentes a sitios alucinantes, nos cortamos las uñas unas treinta veces, tuvimos quince veces la regla, nos dimos unas cuatrocientas cincuenta duchas, fuimos a la piscina en seis ocasiones (grosso modo, sólo en verano), escribimos unos cientos de correos electrónicos (Cira muchos más) y hasta sucedieron cosas poco habituales, como por ejemplo, que yo me eché un novio chino y me aficioné al wan-tun (es una especie de empanadilla, no seáis malpensados). Pero eso es otra historia y merece ser contada en otra ocasión.

En las sesenta y cuatro semanas que caben en quin-

ce meses, Cira no faltó ni una vez a su cita con Amador. Cada siete días, siempre en lunes o en martes, le escribía su correo electrónico contándole mil cosas que le hicieran reír. A veces era lo que leía en las revistas de su madre, otras la anécdota del instituto que traía de cabeza a toda la clase y de vez en cuando el argumento de una película que la había dejado patidifusa. Para ella, escribir ese correo era ya algo normal, tanto como cepillarse los dientes después de comer o tomarse el colacao de por la mañana. Quienes no conozcan a Cira no pueden hacerse una idea de lo que estoy diciendo. Para ella una obligación es sagrada. Lo es hasta el punto de que al final una no sabe si lo que hace lo hace porque le gusta o porque cree que debe hacerlo. En ese sentido, es la persona más responsable que conozco.

En aquellas cartas nunca le dijo a Amador que le quería. Nunca le contó nada de los correos de Cris. Yo le insistía en que lo hiciera, en que fuera sincera. Incluso me ofrecí una vez para ir a hablar con Amador y ejercer de celestina oficial. Se puso hecha una furia:

—Ni se te ocurra. Si haces eso no vuelvo a dirigirte la palabra.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué puedes perder?

—Las tías con una nariz como la mía no deberíamos enamorarnos —decía, antes de pasar del asunto.

Tenía miedo. Así de fácil (o de complicado). Sentía pánico a que Amador la rechazara. En el fondo, su papel de prima, paño de lágrimas y hermanita de la caridad, todo en uno le resultaba más cómodo. Lo cierto es que Amador tampoco se lo ponía fácil. Con el tiem-

po, la muerte de Cris había acarreado algunos efectos (la muerte siempre los tiene). Él había cambiado. Se había vuelto más huraño, más introvertido. Apenas salía y no se le veía jamás con ninguna chica. Con chicos tampoco. Fuera del horario de clase no se le veía jamás. Podríamos decir que se retiró del mundanal ruido. Y Cira lo hizo también. No tanto por el desengaño que suponía el encierro de Amador, sino por la certeza de que él nunca iba a dejar de pensar en Cris, por muy muerta que estuviera. Se había resignado a eso, creo, y también al hecho de que Amador, además de su primo, nunca iba a ser otra cosa más que su amigo. Sólo un amigo especial. Y también un poco miope a la hora de interpretar las reacciones de alguien a quien tenía tan cerca y a quien, sin embargo, no entendía en absoluto. No es que me extrañe: la mayoría de los chicos que he conocido sufren una miopía, si no idéntica, muy parecida. A ninguno de ellos se les curó jamás. Por lo menos en eso, Amador fue una excepción.

Aunque parezca mentira, la única vez en todo ese tiempo que Amador se dejó ver fuera de su habitación o de la biblioteca de su padre fue cuando por fin estrenamos la obra de Cira. Bueno, aquí cabría puntualizar un poco, porque el nombre de Cira no aparecía por ninguna parte por expreso deseo de su autora, que seguía muy cabreada con el hecho de que alguien hubiera tocado su texto. También Las Lokas, por solidaridad y por justicia, lo estábamos. La obra se iba a representar un domingo, durante el maravilloso día de puertas abiertas que nuestro colegio celebra todos los años durante las fiestas anuales. Un día repugnante, os

podéis imaginar, en que los padres fisgan entre los pupitres, inspeccionan la limpieza de las aulas y almuerzan en el comedor de estudiantes fingiendo que el contenido de su plato es comestible y que están encantados con ese encuentro de hermandad.

Nuestra representación estaba prevista ese día para después del café, tal vez como un modo de dejar que los padres digirieran la comida tranquilamente aposentados en las butacas de nuestro teatro-salón de actos-sitio para todo. Lo que no esperaban era que a alguno se le cortara la digestión del susto.

Con los cortes de la pavisosa el montaje duraba una hora y cuarto. Inmediatamente después debía celebrarse, en mitad del patio, coronado por las canastas de baloncesto, el discurso triunfal del señor director, que cada año jugaba ante nuestros mayores a ser político en plena campaña electoral. Lo teníamos todo organizado al dedillo. Las Lokas éramos excepcionales organizando locuras (lógico), y llevábamos muchas horas de ensayos para hacer lo que nos habíamos propuesto. Ensayos a escondidas, claro.

Para que nuestro plan saliera perfecto teníamos que cuadrar algunos detalles: reservar un par de butacas en la primera fila, comprar un gran ramo de flores y pedirle ayuda al autista de Amador para que arrastrase a Cira hasta el teatro. Esa última parte era la más difícil.

Primero tuve que convencerle a él. Le expliqué todo el plan. Le pedí que llamara a su prima, o ~~le~~ ^{le} escribiera, que se las apañara como le diera la gana con tal de que ella apareciera por allí a eso de las cinco y diez, cuando ya la representación estuviera empezada y el direc-

tor no pudiera reparar en su presencia. Yo sabía que, una vez Amador estuviera de acuerdo en ayudarnos (y no podía negarse), lo demás sería pan comido: Cira no iba a desperdiciar una oportunidad de salir un poco con su querido, amado, adorado y loado primo. Eso él no lo sabía, claro, pero era mejor así. Si lo hubiera sabido todo, habría resultado mucho más difícil (¡uf!, ¿por qué han de ser tan complicadas las relaciones humanas?).

Salió todo perfecto. Amador nos ayudó. El mismo domingo, mientras Cira estaba en casa intentando olvidar que su obra mutilada se estaba representando sin ella, frente a todos los papás y mamás (incluidos los suyos, por cierto), Amador la telefoneó para preguntarle si le apetecía salir un rato a dar una vuelta. Imagino que a Cira nada le apetecía más. Le dijo que sí sin meditarlo, y al cabo de unos veinte minutos se saludaban con dos besitos de primos frente al bar que hay junto al *insti*. Tomaron allí una cocacola, se rieron un rato, hablaron de Cris, de un libro de cuentos muy divertido de un escritor de Villafranca del Bierzo que Cira acababa de leer, quedaron para prestárselo y hasta se retaron a una partida de Trivial. Amador miraba el reloj cada veinte segundos. Tanto, que Cira le preguntó si tenía prisa. Él tuvo que improvisar rápido para que no sospechara nada, pero al final logró llevarla hasta el instituto sin despertar sus sospechas. Ya en la puerta, le propuso entrar a dar un vistazo al salón de actos.

—Yo ahí no entro —dijo ella, tajante.

—Anda, prima, tengo motivos para pedírtelo, por favor —la empujó ligeramente y la tomó de la mano para arrastrarla hasta la representación.

Según Amador, debió de estar muy convincente, porque Cira le siguió sin protestar más, como un perro que sigue a su amo.

Según mis propias teorías, Cira se emocionó tanto cuando Amador le agarró la mano que se quedó sin habla. Le hubiera seguido al infierno, si la hubiera llevado hasta allí.

El caso es que entró. Entraron. Amador la acompañó hasta la primera fila y le pidió que se sentara en una de las dos butacas reservadas. En la otra se quedó él, según el plan establecido.

Bingo.

En ese preciso momento comenzó nuestra pequeña gran insurrección. Las Lokas en pleno (es decir, todo el elenco de nuestro grupo de teatro) volvió al texto original de nuestra ultrajada autora y directora. Es decir, no hicimos ningún caso al recorte que nos había impuesto la pavisosa. Tampoco hicimos caso de las señas, saltos, signos, aspavientos, gritos y hasta lloriqueos que la pavisosa estaba profiriendo entre bambalinas, al ver que toda la compañía pasaba olímpicamente del texto que ella había dado por bueno para complacer al director. Nos limitamos a acompañarla fuera, darle una aspirina para que se calmara y pedirle que no se metiera porque no le iba a servir de nada. Nos amenazó un poco con las represalias del director cuando ella se lo contara, como la buena alumna que era, pero no le hicimos ningún caso. La obra continuó sin mayores sobresaltos.

Bueno, la frase anterior no es del todo cierta: Cira tenía una sonrisa de oreja a oreja. Creo que no le recuerdo haber visto jamás mayor cara de satisfacción

que la de ese día. La cara de rabia del director, en cambio, era inversamente proporcional a la de mi amiga. Veía que el tiempo de su discurso triunfal menguaba a medida que nosotros recuperábamos las escenas suprimidas, y no encontraba el modo de evitarlo, porque el público parecía muy interesado en la obra. Quiso subir al escenario por la puerta lateral, pero alguna de nosotras había echado el pestillo por dentro. Un descuido lamentable. Qué pena.

Lunas crecientes fue todo un éxito. Los padres aplaudieron fascinados preguntando quién era el autor y yo misma salí al escenario a aclarar aquella duda tan injusta: llamé a Cira para que subiera a saludar, le entregué aquel ramazo de flores (nos había costado una pasta) y me detuve a aplaudirla un momento. Estaba más emocionada que nunca. Nos miraba a todos, miraba a Amador y parecía que los ojos iban a saltarle de las órbitas. Cuando echamos el telón nos abrazamos, emocionadas, y empezamos a temblar por las consecuencias que aquello acarrearía en nuestros historiales académicos. (Las terribles consecuencias que lo del teatro acarreó a nuestros historiales académicos se podrían resumir en: una larga y aburrida charla con el director en su despacho lleno de cuadros horribles, un par de castigos más o menos soportables, un comentario en el siguiente boletín de evaluación y la prohibición rotunda a participar —ninguna de nosotras— en otra representación teatral escolar durante ese curso. No fue tan grave.)

Ahora me interesa más remarcar que aquella vela no sólo sirvió para reparar una injusticia (la pavisosa

de cuarto nos odia para siempre jamás) sino para que la historia de Amador y Cira avanzara un paso de gigante. Ella se lució frente a sus ojos y él se sintió orgulloso de estar sentado a su lado. Cuando pasó el terremoto todas las chicas de la compañía nos retiramos a un bar, a reírnos, cotillear y disfrutar de nuestro triunfo. Ellos nos acompañaron, como si fueran una parejita felizmente liada.

Y esa noche sucedió que las cosas cambiaron. ¿Cómo? Por casualidad. Cira recibió una llamada de sus padres y tuvo que irse a toda prisa, como Cenicienta, y como en el cuento, ella también olvidó algo. Su bolsa vaquera, atiborrada de cosas en un completo desorden. Amador no tardó demasiado en marcharse también. Al hacerlo tropezó con algo en el suelo: la bolsa. Preguntó de quién era. Le dije que de Cira.

—Me la llevo. Tengo que verla mañana —decidió, antes de irse a casa con todos los secretos de mi amiga en la mano.

Seguro que aquella noche, solo en su cuarto, o har-to de hurgar en la biblioteca de su padre, Amador se preguntó qué demonios debía de llevar Cira en la bolsa. Es fascinante hurgar en las cosas de otros, ¿nunca lo habéis hecho?

Hurgar entre los objetos personales de alguien puede deparar más de una sorpresa. Y si no, que se lo digan a Amador.

Habla Amador

¿Qué pesa 5.500 billones de billones de toneladas? ¿Qué músculo del cuerpo humano tiene el nombre más largo? ¿Qué pata de pollo es más tierna, la izquierda o la derecha? ¿Qué le cortó Dalila a Sansón para hacerle perder la fuerza? ¿Qué lleva una adolescente, aficionada al teatro y los deportes de riesgo, dentro del bolso? A las cuatro primeras podría responder incluso en sueños y sin alterar el orden: La Tierra, el esternocleidomastoideo, la izquierda (¡de toda la vida!), el pelo (el de la cabeza, eh). Soy, aunque me esté mal decirlo, todo un campeón de Trivial Pursuit. Si hubiera campeonatos del mundo, me presentaría y le daría una paliza a más de uno. La única pregunta que me veo incapaz de responder es la última. Tal vez por eso me despiertan tanta curiosidad los bolsos de las chicas. Y puede que fuera el motivo de que no lograra resistirme a fisgar en el de Cira. Sí, ya sé que no podéis imaginar a alguien con mi carácter hurgando en las cosas de otra persona, pero ya veis: todo el mundo tiene sus bajezas.

Primero lo abrí despacito, como mirándolo de reo-



jo, como miraría alguien que no quisiera mirar. Fue el día del teatro, después de cenar. No tenía ganas de leer y en la tele daban los rollos habituales. La bolsa de mi prima me miraba con la boca abierta desde encima de una silla, como bostezando de aburrimiento, igual que yo. Dentro se adivinaban algunas cosillas más o menos típicas: un paquete de pañuelos de celulosa, un bote pequeño de colonia, un par de lápices. Tal vez fue eso lo que despertó mi curiosidad: Cira no es una chica como las otras. Estaba seguro de que su bolso no podía estar lleno de sombras de ojos de colorines, revistas de tíos tontos o preservativos. Por eso la pregunta zumbaba en mi cabeza sin descanso —siempre he sido muy aficionado a los grandes misterios cósmicos—: ¿qué llevaba Cira en el bolso?

A primera vista, el bolso de Cira parecía tan vulgar como tantos otros. Como el de mi madre, por ejemplo. Una decepción (si después de hacer algo que no está bien no encuentras nada que merezca la pena es bastante decepcionante, ¿no?): Bolígrafos y lápices como para escribir otra vez el *Quijote*, tampones, entradas de cine desteñidas y rotas —«*El hijo de la novia*, *La caja 507*, *El experimento...*», hummm, buen gusto cinematográfico, algún día deberíamos ir juntos al cine», pensé—, varios sobres de azúcar hechos un gurrño y hasta un paquete de galletas de chocolate (y sin abrir, qué tentación).

Todo iba más o menos bien, dentro del aburrimiento, hasta que encontré el cuaderno. Tapas rojas y duras, papel sin cuadrícula ni rayas (si yo escribiera en un papel completamente en blanco, seguro que mis

renglones se torcían más que la Torre de Pisa), lleno de la primera a la última página de una letra menuda, apretada y azul: la letra de mi prima. La reconocí en seguida.

No sé si alguna vez ha caído en vuestras manos un cuaderno escrito por otra persona. Es de las cosas más irresistibles que existen. Conocer a quien lo ha escrito es lo de menos. Sé de una que encontró en una playa un cuaderno escrito en alemán. Era tanta su curiosidad que pagó a un traductor para que lo describiera. Pero si, además, resulta que conoces al autor, existen muchos más alicientes. En mí existían una pila de preguntas: ¿de qué tendrá tanto que escribir una chica como mi prima, que parece tan poco dada a perder el tiempo en cosas que puedan hacerse a solas y sin sobresaltos? ¿Qué esconderá en esa cabeza de chorlito que necesite tanto espacio para expresarse?

Me formulaba ese tipo de preguntas mientras el cuaderno rojo me reclamaba desde el interior de su bolsa. Y yo me debatía entre hacer lo que estaba bien y no leerlo o ser un poquito malo y descubrir las respuestas a todas las preguntas que martilleaban en mi sesera. Sea como sea, tenga o no justificación lo que hice, el caso es que lo hice. Vencí mi aburrimiento y mi curiosidad a la vez. Caí en la tentación. Me tumbé en la cama con el cuaderno entre las manos, me puse un par de almohadones bajo la nuca y dejé que sonara mi emisora de radio favorita antes de abrirlo y empezar a leer, como quien empieza el último libro, recién comprado, de su autor favorito.

No tuve que avanzar mucho en la lectura para dar-

me cuenta. Eran borradores de cartas. Algunas habían sido enviadas por correo electrónico y otras no. Fue uno de esos descubrimientos que te rompen todos los esquemas, que te cambian la vida de arriba abajo (y no creáis que es una frase hecha). Durante un buen rato estuve leyendo aquellos textos, muchos de ellos tan familiares que me producían escalofríos.

Cuando cerré el cuaderno mi corazón latía con más fuerza que nunca. Me sentía fatal por haber metido las narices en los secretos de Cira y ahora no sabía cómo arreglarlo, ni cómo reaccionar ante lo que había descubierto. Con sinceridad: pensaba encontrar de todo menos aquello. Mientras cerraba los ojos y asimilaba las cosas creo que de mi garganta salieron unas palabras que escuché como si fueran de otro:

—Dios mío.

Bandeja de salida

De: Amador

Para: lunascrecientes@yahoo.es

Asunto: ¿Y ahora qué?

Fecha: 23 de noviembre de 2004

He hecho dos cosas horribles. La primera es no darme cuenta de nada, ser un inmaduro, un torpe, un tonto y todos los adjetivos que se te ocurran que signifiquen idiota. La segunda, haber revuelto en tu bolsa, la que olvidaste, la que me llevé a mi casa porque te la quería devolver mañana. He encontrado tu cuaderno (eso está mal, lo sé) y lo he leído (eso está fatal). Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento y mil veces lo siento. No quiero que pienses mal de mí. Me siento muy mal por haber revuelto en tus cosas, pero a la vez me alegro de haberlo hecho. No sé, es como si de pronto, de hoy a mañana, hubiera descubierto lo que hay en la cara oculta de la Luna. O peor: como si además hubiera descubierto que la cara oculta nunca estuvo oculta, era sólo que yo no me había parado a mirarla.

¿Y ahora qué?

No sé, me gustaría saber contestar a esta pregunta. Me entran ganas de ir a verte pero no me atrevo. No se me ocurre nada que decir después de todo lo que acabo de leer. Sólo tengo una extraña sensación: he querido a una sola chica pero creo que la he perdido dos veces. La primera, por un accidente horrible. La segunda, por inútil, porque no he sabido darme cuenta de

nada. En el primer caso, ya no tiene arreglo. En el segundo, no lo sé. Desde que he acabado el cuaderno no hago más que formularme la misma pregunta: ¿y ahora qué?, ¿y ahora qué?, ¿y ahora qué?

También me he dedicado a atar cabos. La lectura, el teatro, el cine, el Trivial... De pronto me he dado cuenta de la cantidad de cosas en común que tenemos, de los temas de conversación que podríamos tratar de agotar, tal vez sin conseguirlo. Ha sido como si de pronto se encendiera en mi cerebro una ristra de luces, parecida a éstas que ponen en las verbenas de pueblo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Sólo se me ocurre una solución, y seguro que acierto: porque soy idiota. ¿A que estás de acuerdo?

No sé si leerás esta misma noche tu correo. No creo, porque lo tuyo son los cafés Internet, ¿no? Creo que tu madre monopoliza el ordenador con sus traducciones, aunque tal vez a estas horas ya esté durmiendo. Puede que también tú estés ya en la cama. O te pase como a mí, que estés mirando al cielo, hacia esa Luna llena preciosa que se ve desde aquí, y a la que he leído que vamos a mandar una nave llena de personas. Sé que te gustaría ser una de ellas. Ojalá me dejaras ocupar un asiento a tu lado. Tengo muy claro que lo último que se agotaría sería nuestra conversación, aunque nos pasáramos el resto de la eternidad dando vueltas y más vueltas a la Tierra, como si fuéramos otro satélite. Pero eso llegará (o no) dentro de un tiempo. Por ahora, esta noche, en este momento, la pregunta sigue siendo la misma, la preocupante, la imposible de contestar: ¿y ahora qué?

Espero que tú, que siempre tienes recursos para todo, sepas ayudarme también ahora. Siempre me has ganado al Trivial. Esta vez también ganarás.

Perdóname. Creo que me gustas. ¿Podríamos ir un día al cine juntos?

Necesito pensar mucho en todo esto.

Amador

Habla Cira

Creo que aún no os he dicho que odio mi nombre. Parece una marca de tomate enlatado, o una de máquinas tragaperras. Mi padre, que siempre ha sido aficionado a los libros de historia, y fan de un señor que se llama Herodoto, lo sacó de un ensayo sobre la fundación del imperio persa. El pobrecito que lo montó (el imperio) se llamaba Cirus (eso todavía es peor que lo mío, bien pensado) y la primera Cira de la historia (que no está documentada) se lo debió llamar en su honor, igual que me pasa a mí. Extraño honor, éste de llamarse como alguien que no sabes qué hizo ni cómo ni cuándo ni por qué.

Una vez intenté cambiarme el nombre. Barajaba dos opciones. Por un lado, me quería llamar Marta. Tal vez porque estaba deseando tener un nombre normal y corriente, que no necesitara mil explicaciones cada vez que me apunto a algo o se lo digo a alguien. Yo deseaba un nombre que cualquiera fuese capaz de escribir, del que no me preguntaran si era diminutivo o qué; un nombre que, igual que yo, llevaran cientos de miles de personas en el mundo. Pero,

a la vez, me hubiera gustado llamarme algo todavía más extraño. Kure, por ejemplo, no estaba mal. Y eso que es la traducción euskera de mi mismo nombre horrible y hubiera sido muy fácil. Da igual, porque no pude. Bueno, legalmente sí era posible, o eso me dijeron en el registro civil, a donde acudí con mi carné de identidad en la mano, dispuesta a cambiarlo para siempre. El problema fue cuando llegué a casa y di la noticia de que iba a cambiarme de nombre y que estaba pensando cuál ponerme en lugar de esa cosa rara que ellos habían elegido para mí. Nada más oírme, a mi padre se le trasfiguró la cara. Acabó de cenar y se fue a ver la tele como si todo fuera normal o como si no me hubiera oído. Luego me lo explicó mamá: no era que no estuviera de acuerdo, yo ya soy mayor para hacer lo que crea más conveniente y, por supuesto, lo que más me guste y bla bla bla... Era más bien que papá había puesto mucha ilusión en que yo me llamara así, tenía pensado mi nombre desde muchos años antes de casarse con ella y ahora le costaba aceptar que a su hija no le gustara, era como una especie de desilusión, un jarro de agua fría. Sólo eso, en realidad los dos sabían que no debían intervenir en mi decisión final.

Me lo dijo con un tono pedagógico muy raro. No sé si me entendéis, demasiado serena, nada de echarme la bronca, de reprocharme la tristeza de papá ni nada de eso que mi madre, como todas las madres del mundo, suelen hacer cuando necesitan sacarse ases de la manga. Cuando mamá se pone así me dispara todas las alarmas. Algo trama, seguro. Y a la vez, y ella lo sabe,

me tiene en el bote. Por las buenas soy capaz de razonar casi cualquier cosa.

Al final, claro, cambié de idea respecto a lo de ponerme otro nombre. Creo que fue por papá. Estaba tan descorazonado que daba pena verle. Pero, a la vez, no trataba de imponer su criterio, ni me prohibía volver al registro civil, ni me imponía ningún otro nombre. Nada de nada. Se portó tan bien que decidí premiarle con la única decisión que sabía le iba a gustar: dejar las cosas como estaban. Seguir llamándome Cira por los siglos de los siglos. Después de todo, a mí también me molesta que alguien quiera cambiar algo, lo que sea, de lo que escribo. Y los hijos, en cierta manera, somos la mejor obra de los padres. Todo fuera por el mío y por el conquistador de Persia.

Os he contado esta anécdota porque de todas las personas que he conocido hasta ahora, sólo ha habido una que estaba enterada del origen de mi nombre antes de que yo se lo dijera. Y no podía ser otro que Amador, claro, mi ratón de biblioteca favorito. Y por fin hemos llegado a la escena más sorprendente pero no por ello menos esperada de este sainete. Primero le pondremos título. Vamos allá.

Escena casi final. En la que el ratón de biblioteca Amador abandona por una vez sus libros y se adentra en la espesura de la noche en pos de su prima, que ni le espera ni tiene la menor idea de qué le pasa, para decirle cosas increíbles incluso para sí mismo que cambiarán el curso de los acontecimientos y harán que por fin termine esta historia,

para regocijo de los que estén cansados de ella y gran pena de los que quieran más.

(Bueno, el título me ha salido un poco largo pero a estas alturas ya sabréis que no pienso cambiarlo.)

La escena tiene lugar en el rellano del tercero izquierda, justo frente a la puerta donde vive Cira y toda su familia. La luz de la escalera se apaga cada minuto y medio y alguno de los dos tiene que pulsar de nuevo el botón para que vuelva a encenderse. Como se puede imaginar, estos apagones acaban siendo muy propicios a la situación. Cira va en camiseta (su camiseta de dormir, una de los Apoptygma Berzerk) y pantalón de chándal. Amador viste como de costumbre: vaqueros y sudadera. Todo está en ese silencio que reina en el mundo cuando la gente duerme. En la escalera los ruidos resuenan como si se hablara desde dentro de una tinaja. Por eso los dos tratan, siempre que las emociones les dejan, de hablar bajito.

(Os voy a ahorrar los detalles que no vienen al caso y voy a pasar directamente a la conversación.)

CIRA (*muy sorprendida*): ¿Qué haces aquí? ¿Sabes qué hora es?

(Frase peliculera de la que tienen la culpa los guionistas a los que nunca se les ocurre nada original.)

AMADOR (*cansado. Es decir: resoplando*): Perdona, pero tenía que verte. No has respondido a mi correo.

CIRA: ¿Qué correo?

AMADOR: Uno que te he mandado hace (*consultando el reloj*) unos veinte minutos.

CIRA: ¿Y cómo quieres que conteste el correo sin ordenador?

AMADOR: ¿Y el de tu madre?

CIRA: Lo vendió. Ya le eché la bronca en su momento. No me consultó.

AMADOR: No lo sabía.

CIRA: Hasta mañana no podré leerlo. ¿Es algo importante?

AMADOR: Sí. Bueno, supongo. (*Una pausa.*) Me gusta tu camiseta.

CIRA: Gracias.

AMADOR: Yo también duermo en camiseta.

CIRA: Mira tú.

AMADOR: Y tengo un pantalón de chándal parecido.

CIRA: Oye, primo..., ¿has venido hasta aquí para hablar de mi vestuario nocturno?

AMADOR (*enrojeciendo*): Pues no.

(Otra intromisión de la pesada de Cira: Nunca había visto enrojecer a mi primo. En ese momento empecé a sospechar que algo muy grave estaba pasando. O muy bueno. También empecé a temer que sucediera lo que sucedió más tarde, ya os explicaré por qué. Y también retumbó en mi cabeza la letra de la canción que estaba oyendo cinco minutos antes de que Amador me llamara al móvil para decirme que estaba en el portal: *And if it's going to be my destiny / I don't want to wait till it come to me.*)

CIRA: ¿Qué pasa?

AMADOR: Si hubieras leído el correo, sería más fácil. Ya sabes que me cuesta...

CIRA: Déjame adivinar. Se trata de otra tía.

AMADOR: Qué lista.

CIRA: ¿Te has vuelto a enamorarse?

AMADOR: Aún no lo sé. Podría ser.

CIRA: Eso es un sí. Lo sabes, ¿verdad?

(Hola. Otra vez yo: Como bien estáis imaginando, en esta escena se repite el equívoco que ya tuvo lugar durante aquella otra conversación entre Amador y yo en el gimnasio, pero al revés. Y yo, que normalmente me caracterizo por mi audacia, perspicacia y agudeza, esta vez no me di cuenta de nada en absoluto.)

AMADOR (*enrojeciendo otra vez*): ¿Tú crees?

CIRA: Cuando pones esa cara de memo es porque estás enamorado.

AMADOR: ¿Tengo cara de memo?

CIRA: Y... déjame que adivine. Otra vez quieres que te ayude.

AMADOR: Me gustaría, sí.

CIRA (*resoplando*): Pues esta vez no sé si podré. No me veo con ánimos.

(De verdad que lo creía. Me sentía agotada. No hubiera podido ayudarle a ligarse a otra. Todo tiene un límite. Iba a decírselo, pero no fue necesario. Llegado este punto, y como si sobre Cira y Amador pesara una terrible maldición malaya que les impidiera terminar ni una sola de las conversaciones importantes que empiezan, mi madre hizo su entrada triunfal en el rellano de la escalera. Iba en camisón —uno que tiene más años que yo, y que es tan horrible como viejo— y es-

taba entre dormida y cabreada. Le preguntó a su sobrino qué hacía allí a aquellas horas, no escuchó nada de lo que le dijimos y se limitó a ordenar la disolución inmediata de aquella reunión nocturna y fundamental. Amador y yo nos miramos con cara de *quérabiasiempre nos pasalomismo*, y nos emplazamos para continuar la conversación al día siguiente en el cibercafé de siempre. Antes de marcharse me sorprendió sacando de alguna parte mi bolsa, igual que hubiera hecho un mago que hace aparecer un conejo en una chistera: «Toma», dijo, «te la olvidaste en la cafetería esta tarde». Le di las gracias bajo la mirada furibunda de mi madre y entré en casa refunfuñando.)

FIN DE LA ESCENA

Soy torpe, pero no imbécil. En cuanto revisé el contenido de mi bolsa, en un gesto mecánico, o en un intento por mirar algo que no fuera el camisón de mamá, descubrí allí mi cuaderno rojo y empecé a sospechar qué motivo había traído a Amador hasta mi puerta a aquellas horas. De todos modos, ni por un instante se me ocurrió que yo podía ser aquella chica de la que Amador decía estar enamorado. Es una gracia que tenemos las feas: estamos tan resignadas a que nadie intente ligar con nosotras que el día en que alguien por fin lo intenta no nos damos cuenta. Es la falta de costumbre. A ingenuas no nos gana nadie.

Aquello, claro, no terminó así. Dormí fatal, despertándome cada media hora para mirar el reloj. Tuve

la sensación de que ese día el amanecer tardaba más en llegar, que alguien estaba estirando las horas para que cundieran como nunca. Me levanté una hora antes de que abrieran el ciber, me di una ducha, me tomé un zumo de algo poco identificable y salí de casa a toda prisa. Los de *Laluna.com* me encontraron sentada en la puerta cuando llegaron a abrir, llaves en mano.

—Qué madrugadora —dijo uno de ellos.

«Y más lo hubiera sido si no abierais tan tarde», pensaba yo.

Dos minutos después había leído el correo de mi primo. Tuvo un efecto entre sorprendente y devastador (os lo confieso porque hay confianza): una descomposición de tripa que me hizo encerrarme en el váter del cibercafé durante media hora. Gastroenteritis amorosa, podría ser el diagnóstico.

Bandeja de salida

De: Amador

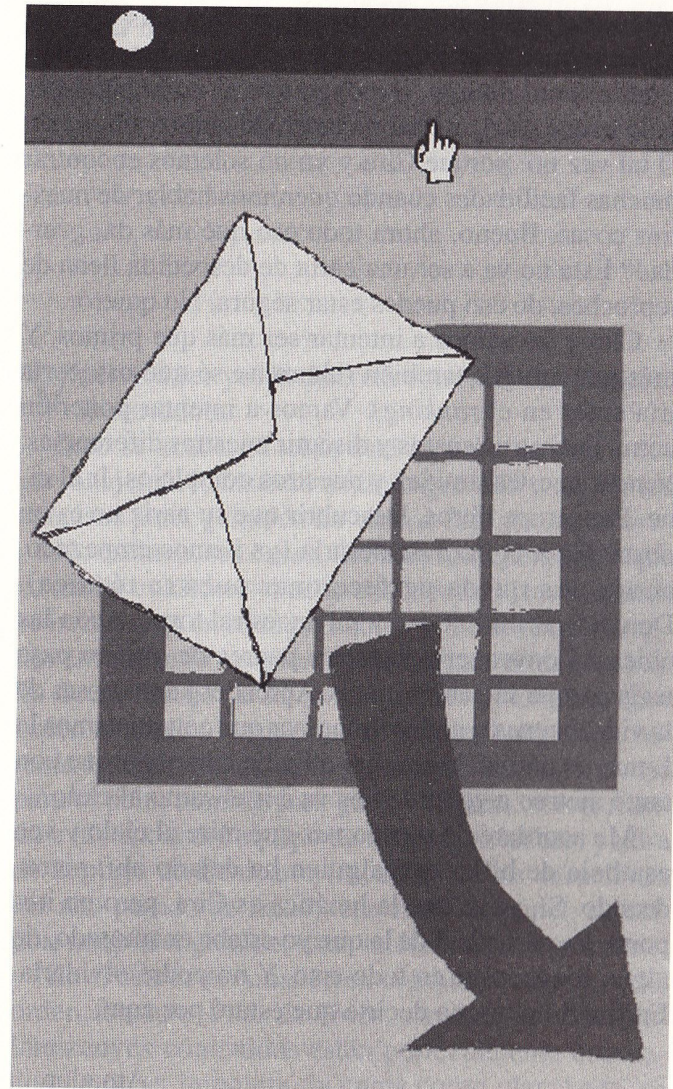
Para: lunascrecientes@yahoo.es

Asunto: Estaré por aquí

Fecha: 18 de diciembre de 2004

Cristina, Cristi, Cris... Te escribo para despedirme. Te dije que nunca más iba a salir con otra chica. Hoy quiero decirte que no voy a poder cumplir esa promesa. Era sincero cuando te la hice, hace ya más de un año, pero en este tiempo han pasado muchas cosas, algunas sorprendentes, y he descubierto aspectos de mí mismo y de la vida que desconocía. Por ejemplo, que puedes estar enamorado de alguien sin tener ni idea. Y que puedes ir por ahí buscando a tu chica ideal y en realidad tenerla delante de las narices (sé de una que me mataría por esta frase) y no haber reparado en su presencia. A menudo, ver las cosas sólo depende de saber mirar. Yo aún estoy aprendiendo a mirar.

También quería decirte que lo sé todo. Sé que tú nunca me escribiste uno solo de aquellos correos. Ni uno solo. Qué fuerte. Cuando me enteré no podía creerlo. Tenía ante mis ojos las evidencias, en forma del cuaderno rojo de mi prima, y seguía sin dar crédito. No te puedo negar que el engaño me dolió un poco. Supongo que a todo el mundo le duele darse cuenta de que le han tomado el pelo, y más durante un tiempo prolongado. Te diría que me va a costar mucho, tal vez años, volver a confiar en ti, pero supongo que ahora ya no tiene sentido. No puedo imaginar, de verdad,



cómo te dejaste convencer, cómo llegasteis a aquel acuerdo tan extraño Cira y tú, y cómo pudisteis mantenerlo tanto tiempo. Supongo que si no hubiera pasado lo que pasó, me habría enterado tarde o temprano. O tal vez no, porque Cira y yo no solemos encontrar muchas facilidades cuando queremos hablar de nuestras cosas. Bueno, ahora todo eso qué más da, ¿verdad? Ésta no va a ser una carta de despedida llena de reproches, de eso puedes estar segura. No quiero.

Cira y yo vamos a intentar ser más que primos. Y más que amigos también (ahora no sé qué categoría iría antes en el *ranking*). Vamos a intentar poner en común nuestros gustos y discutir nuestras diferencias. Vencer nuestra timidez y nuestros complejos. Ir al cine. Prestarnos libros. Descubrir que su nariz no es un obstáculo a la hora de besarla (ya hemos empezado, ahora nos queda perfeccionar nuestra técnica). Domesticar mi timidez y mi ancestral torpeza con las chicas. Convencer a nuestros padres de que no pasa nada porque salgamos juntos. Aprender juntos cosas de la vida, buenas y malas. Imaginar que conquistamos la Luna, yo que sé. Y aprobar a fin de curso, porque con tanto ajeteo a ver si se nos va a ir el santo al cielo.

Me acordaré de ti cada vez que mire al cielo y vea esa bola de billar que alguien ha dejado ahí, merodeando. Sí, ya sé que la lunática es Cira, pero no importa. La parte de ti de la que yo estaba enamorado, de algún modo, vive en todo esto. Y no podré olvidarla. En fin. Sólo quería decirte que estaré por aquí.

Amador

Ahora sí, un epílogo

Vuelvo a ser yo, la discreta entrometida. Es decir, la narradora.

Esto se acaba, el telón está a punto de caer y los personajes de la historia tendrán que salir a recibir los aplausos pero, ¿alguien ha visto a Cira y a Amador?

No están en sus casas. El cuarto de Cira está lo que su madre considera «hecho una leonera»: los vaqueros se encuentran en su lugar habitual (siempre que no están enfundando las piernas de nuestra protagonista). Es decir, debajo de la cama. Sobre la mesa hay (por orden alfabético): aspirinas, bloc rojo, bolígrafos, bote de insecticida, calcetines, carpeta del *insti*, cintas para el pelo, comida para gato, cucharas, fotos, mando a distancia del equipo de música, peluches, piedra de la playa de Benicarló (recuerdo de las vacaciones del año pasado de Irene), servilleta de papel, sujetador, tampón higiénico, taza, teléfono, tetera y tiritas.

En el cuarto de Amador, en cambio, reina la paz del orden absoluto. Pilas de libros, carpetas de varios colores cuyos contenidos están perfectamente ordenados, la mesa impoluta, la cama como planchada, ni

una prenda fuera del exacto sitio en el armario que le corresponde. Como siempre, más o menos.

Tampoco se les ve por los pasillos del *insti*. Las clases han terminado hace más de una hora. El teatro está hoy cerrado con llave. El próximo ensayo del grupo de teatro, con Cira readmitida como directora, será dentro de tres días. En el patio entrenan un par de equipos de baloncesto, pero allí nadie sabe de ellos.

Los cines. Revisemos hilera por hilera, sala por sala. Hay poca gente a estas horas de un día laborable, pero ninguno de los espectadores son quienes andamos buscando. La película está casi en el desenlace. Si empezamos a preguntar si alguien los ha visto, seguro que nos echan a patadas.

Se me ocurre preguntar en el bar del *insti*.

—Hace mucho que no les veo —dice el encargado—, creo que prefieren otros lugares menos concurridos —me guiña un ojo, como si yo fuera cómplice de lo que quiere decir—. La que sí está es su amiga del alma. Allí —señala a una mesa, en el rincón.

Aquí tenemos a Irene —muy guapa, por cierto— acompañada por un chico. Le doy dos besitos en las mejillas y le pregunto cómo le va todo. Responde que sería largo de explicar, que tal vez en otra ocasión pueda hacerlo con calma, pero que me ve con cara de tener prisa. Le pregunto por Cira y por Amador. Su respuesta tiene el mismo tono que debía de usar Sherlock Holmes para decirle a su fiel Watson su famosa frase:

—Seguro que están en el cibercafé de siempre. *Laluna.com*. ¿Sabes dónde está?

—Por cierto —pregunto, antes de irme—, ¿sigue Cira con su mismo mal carácter?

Se ríe.

—Hay cosas que no cambian nunca —contesta.

Cuando llego a *Laluna.com* me sorprende una música demasiado alta. *And if it's going to be my destiny / I don't want to wait till it come to me*, canta alguien que no conozco. Busco entre los usuarios de los ordenadores. Después de un primer vistazo, no logro dar con ellos. Ya estoy a punto de irme cuando oigo unas risas. Allí, frente a la pantalla del último ordenador hay dos cabezas tan juntas que podrían pertenecer al mismo bicho bicéfalo. Pero no. Son ellos, Cira y Amador, que se desternillan de risa mientras mantienen las frentes unidas, como si estuvieran participando en uno de esos juegos de habilidad en los que dos personas deben sostener una pelota con la cabeza sin que intervengan las manos. Frente a ellos, en la pantalla, reluce la esfera de una Luna llena enorme.

Iba a comunicarles que por fin he encontrado un final para la historia, pero algo me dice que éste no es el momento.

Agradecimientos

Durante el proceso de escritura de esta novela fueron fundamentales algunas ayudas. Las más importantes, las de aquellos chicos y chicas que, sin apenas conocerme, se prestaron a contestar a mis preguntas vía correo electrónico y a participar en un foro sobre los grandes temas de la vida. Esta novela es, desde mucho antes de que existiera en formato de libro, tan mía como suya. Ellos son Darkverzight, o Mamen, o Carmen Villalba Ruiz; Miwok, o Laura Antúnez Castillo; Kairit o Andrea; Irene Núñez; Rosa; Almu Grau Rodríguez; Ricard Castellà; Alejandra González Sainz y Sergio del Pino. A todos ellos: Gracias.

También le debo mucho al primer *Cyrano de Bergerac* de mi vida: aquel que, a partir de una magnífica traducción al catalán de Xavier Bru de Sala, encarnó Josep Maria Flotats en el escenario del Teatro Poliorama de Barcelona y que representó también mi despertar al teatro y mi primera fascinación por este personaje único.

La autora te invita a visitar su página web:
www.caresantos.com